LO QUE PROVOCAS EN MÍ

Vega Manhattan

LO QUE PROVOCAS EN MÍ

Vega Manhattan

Lo que provocas en mí.

©Vega Manhattan.

1º Edición: Octubre, 2021

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin el previo permiso del autor de esta obra. Los derechos son exclusivamente del autor, revenderlo, compartirlo o mostrarlo parcialmente o en su totalidad sin previa aceptación por parte de él es una infracción al código penal, piratería y siendo causa de un delito grave contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes y sucesos son producto de la imaginación del autor.

Como cualquier obra de ficción, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia y el uso de marcas/productos o nombres comercializados, no es para beneficio de estos ni del autor de la obra de ficción.

Agradecimientos

En mi corazón. Siempre.
Os lo debo todo. Nunca me cansaré de decirlo.

¡¡¡GRACIAS!!!

Candybeth Cruz, Esther Navarro Prieto, Cristina Martinez, MCarmen VL, Begoña Segura Alfonso, Alba Cabrera, Silvia Sabater, Margarita Barba Palomeque, Sandra Perez, Maria Jose Ruiz Moyano, Yesy Hernandez, Maria José Povedano, Macu Siverio Castro, Lourdes Gonzalez, Sonia Diaz, Anna Fernandez, Eli Rodriguez, Carme Castillo, Ingrid Aragon, Frella Lucia, Ana Di Como, Raquel Álvarez Ribagorda, Silvia Garcia, Vanesa Figueras Fuentes, Emi Trigo Llorca, Carmen Entraigas Marteau, Yolanda Ramil Basoa, Marta Olmos, Vanessa Palafox, Marisa Brioa Coronado, Ana Maria Lopez Viegas, Keila Otero, Juana Palacios Garcia, Rosa Oliver Sastre, Vanessa Esteban, Maria Angeles Talavera Lopez, Vanessa Lopez Sarmiento, Ale Osuna, Vane Morcillo Marin, Vanessa Aguasca Vila, Laura Morcillo, Ariadna Rodriguez.

Fátima Perdiguero (lecturasdefaty), Sylvia Ocaña Villanueva (sylviaocanavillanuev), Mily Landrau (marta.landrau), Luisa Ruiz Lucas (borcla5_27), Romina Gramajo (romigra1978), Perdida entre páginas (perdidaentrepaginasmx), Pili Iglesias Ludeña (pilary78), Mela Lettera (melalettera), Rut Ester Bautista Diaz (rutesterbautistadiaz), Alicia Rubiño Tapia (aliciarubino), Ascension Sanchez Pelegrin (ascensionsanchezpelegrin), Mariola Serrano (mariola_serrano), Mery (merypajo).

Y tantos más…

Introducción
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Epílogo
NOVELAS

A ti, siempre, gracias.
Espero que disfrutes con esta historia especial que se ha ganado un hueco en mi corazón. Ojalá también se marque a fuego en el tuyo.
Por muchas historias más.
Por siempre.

“El corazón nunca se equivoca.”

Introducción

Lo que provocas en mí…

Del verbo provocar… Palabra interesante donde las haya, ¿no te parece?

Porque puede significar una gran variedad de cosas. Y de cosas dispares, además.

Y te lo demuestro.

Y lo haré porque te conozco y sé exactamente lo que ha pensado esa mente calenturienta al leer el título de la historia.

…

¿Ves? No puedes negarlo. Qué daño hicieron las cincuenta sombras, ¿eh?

Como decía, para ayudarte a abrir la mente, he buscado en el diccionario de la Real Academia Española de la Lengua sus significados (sí, soy muy pedante y, además, sabía que tú no lo ibas a hacer. ¿Cómo podría explicarme entonces?)

En fin…

Provocar, del latín *provocāre* (lengua muerta que, por alguna razón que se me escapa, se sigue estudiando) tiene, nada más y nada menos, que cinco significados.

Significado número uno: Producir o causar algo.

Y en ese algo entra todo lo que te puedas imaginar y haz el favor de dejar de pensar en lo otro que no es su turno. Piensa en cosas como tristeza, nerviosismo, enfado, malestar, emoción, alegría...

Por ejemplo, todos hemos vivido eso de que la película del sábado por la tarde nos provoque tristeza. Y no por lo mala que es, que también, sino porque es inevitable no sentirse triste cuando ves a la protagonista llorar porque la ha traicionado su mejor amiga y al final termina provocándote lágrimas a ti. Aunque bueno, la situación también te provoca un poco de indignación porque dices “hija mía, si

es que se veía desde el principio la clase de elemento que era, ¡¿cómo no te has dado cuenta?! Y llega hasta a provocarte enfado, ¿o no?

Pero no todas son emociones negativas, también las hay positivas. Como la satisfacción que te provoca ver cómo el o la que te engañó y te hizo sentir tan miserable es ahora el portador o la portadora de semejante cornamenta.

Bien… La verdad siempre por delante. Eso no solo provoca satisfacción, no. ¡Provoca felicidad plena!

Y risas. ¡Muchas risas! Como carcajadas te provoca el encontrarte con el dueño del micropene que te jodió aquella noche. Y no precisamente de buena manera.

Y te provoca risas con el tiempo, porque en ese momento en el que pensabas que ibas a vivir el mejor momento de tu vida sexual y te encontraste con la triste realidad de que ni el meñique lo superaba, lo que te provocó fue el trauma de tu vida.

Menos mal que el tiempo lo cura todo, ¿eh?

Significado número dos: Buscar una reacción de enojo en alguien irritándolo o estimulándolo con palabras u obras.

El claro ejemplo aquí del petardo o la petarda de turno que aún no entendió eso de “solo amigos” y que no deja de insistir. E insistir.

E insistir…

O el o la que no entiende un “dejémoslo aquí, no voy a discutir más” y sigue erre que erre.

Ese tipo de ser tocapelotas te está provocando. A ti. Simple y llanamente.

Está buscando desatar todos tus demonios y que pienses “qué sopapo tienes…”

Significado número tres: Excitar en alguien el deseo sexual.

El tuyo, adjudicado.

Mente calenturienta…

Significado número cuatro: Vomitar lo contenido en el estómago.

No la voy a explicar porque entonces voy a quedar yo como la mente calenturienta principal.

Que cada quien vomite lo que quiera.

O que se lo quede dentro.

Significado número cinco: Incitar el apetito, apetecer, gustar.

…

¿No podías pensar en “me provoca un Donut”? ¿Se te tenía que venir a la mente precisamente eso? ¿Desde cuándo no…?

Por Dios, ¡calenturienta es poco!

En definitiva, para lo que da una palabra, ¿eh?

Y lo que nos puede llegar a provocar eso a lo que llaman amor.

Capítulo 1

Paula

—¡Maldita desgraciada!

Cierro los ojos con fuerza, aprieto la mandíbula para no maldecir y levanto la mano para limpiarme la cara. Noto la viscosidad y aprieto con más fuerza mis dientes.

Joder, está por todos lados.

¿En serio me está pasando esto a mí?

¡¿A mí?!

—¡No se preocupe, tendrá para la lavandería con todo lo que nos ha robado, zorra! —exclama un "señor", suena furioso.

Vaya, hombre. Gracias. Qué consuelo...

¿Y para la peluquería no me da? Porque falta me va a hacer, sobre todo cuando noto cómo otro huevo impacta sobre mí, en mi cabeza.

Enfadada, tras limpiarme, como puedo, la cara, abro los ojos y observo al pequeño grupo de personas que tengo enfrente. Gente normal y corriente que me mira con sus ojos inyectados en ira.

Lo que, siendo sincera, también es algo normal y corriente…

Lo que no es normal ni corriente es que tengan cartones de huevo en las manos y que, además, esos huevos terminen sobre mi cuerpo.

La gente, generalmente, no suele amarme. Eso es cierto. No es que yo sea odiosa, sino digamos que…
¿Demasiado clara y sincera?
¿Demasiado brusca?
¿Demasiado fría como dicen algunos?

Quizás. Y quizás por eso tengo pocos amigos.

Vale, solo tengo una amiga y aún no sé por qué sigue a mi lado. Pero ese no es el tema.

No es que la gente me odie… Creo. Es solo que, digamos… No suelo

caer demasiado bien y no es algo que me importe, la verdad. Vivo mejor desde que todos se mantienen alejados.

Sufro menos.

Lo que quiero decir es que aún con todo esto, que me tiren huevos no es algo normal. Pero tampoco debería de pillarme por sorpresa porque más de una vez me han amenazado con ello. Aunque nunca pensé que llegasen al extremo de demostrarme, con la práctica, que no era una amenaza vacía.

Suspiro pesadamente. Huevos… ¡Huevos! Con lo mal que dejan el pelo, ¡por Dios! Que una vez, por hacer caso a las pamplinas que nos venden en internet, me puse una mascarilla casera de huevo, hecha por mí misma, en el pelo.

Suavidad extrema decían…

Una mierda suavidad. Mi pelo terminó pareciendo estropajo puro y a punto estuve de raparme porque eso no había quien lo mejorara.

No me quiero ni acordar de lo mal que lo pasé.

Y de nuevo lo mismo.

—Señores, por favor —el guardia de seguridad del edificio donde trabajo aparece.

Por fin.

Ya podía haberlo hecho antes y haber evitado que los dichosos huevos reventasen en mi cara, pero no, el capítulo de la telenovela turca que seguramente veía mientras debía estar mirando las cámaras de seguridad seguro que era más interesante que salir a averiguar por qué un grupo de gente con cartones de huevos estaba esperando fuera.

Que yo me di cuenta cuando ya los huevos volaban hacia mí, ¿pero él?

En fin…

Aunque tarde, se acerca a la pequeña multitud reunida frente a las puertas del edificio y tras entender lo que ocurre y mirarme con cara de espanto (o de miedo porque prometo que le va a caer una buena encima), intenta poner orden.

A su manera.

—Señores, por favor —tartamudea— ¡Seamos civilizados!

Sin poder evitarlo, pongo los ojos en blanco.

Por cosas así, por mostrar naturalmente lo que siento cuando lo siento, no tengo amigos (por eso y por lo rencorosa y mala pécora que puedo llegar a ser si me hacen daño).

Y es que sé, demás, que eso será todo, que el desgarbado señor que tengo enfrente con pelo postizo y bigote descuidado y que lleva consigo una porra de juguete que no usará en la vida porque el tembleque no lo dejará ni atinar a cogerla, no tendrá sangre para nada más que para pedir orden.

Y le tiembla la voz al hacerlo, con eso te lo digo todo.

A saber si ni siquiera avisó a mi jefe o, lo que sería mucho pedir, a la policía.

Es decir, que ha salido para nada. Sería más útil si siguiera viendo series turcas y reseñándolas en las redes para ayudar a la gente con su opinión.

Si se dedicara a eso, sería el mejor en su trabajo, te lo aseguro.

Pero no, se tiene que dedicar a no hacer el huevo. Y nunca mejor dicho.

—¿Civilizados? —grita otro "señor"— ¿Con esta perra?

Enarco las cejas y resoplo.

¿Yo? ¿Perra? ¿Primero zorra y ahora perra? Pero qué manía con insultarme.

¡A ver quién es el que se está comportando como un animal aquí! Por Dios, ¡si hasta me han tirado huevos!

¡¡¡Huevos!!!
¿Debería de coger uno y estampárselo en la calva?

La imagen del huevo cayendo por esa nariz aguileña que tiene me consuela un poco.

—¡Nos ha robado! —grita, a todo pulmón, una "señora" de mediana

edad con el pelo canoso a la que no le vendría mal una mascarilla capilar.

¿Le estampo un huevo a ella y así será ella quien tenga que raparse? Porque entre como tiene el pelo y el huevo…

Robado dice. Ya…

No soy una simple perra, soy una perra ladrona. ¿Qué será lo siguiente?

— Maldita picapleitos chupasangre. ¡Vas a pagar por esto! —me amenaza un "señor" que debe estar cercano a la jubilación, que suda demasiado y que tiene una prominente barriga. "Señor" al que parece que se le va a salir la vena del cuello cuando grita.

Suspiro, de nuevo, pesadamente, porque sé que se puede meter en un problema aún más grave por esas palabras y aunque debería de desear que eso ocurriera, no es así.

No soy tan mala persona y en el fondo, muy en el fondo y aunque nunca lo diga en voz alta, puedo llegar a entender lo desesperados que se sienten. Pero no por ello entiendo que se comporten así; jamás justificaré ningún tipo de violencia.

Son gente normal y corriente que en situaciones normales y corrientes no le harían daño ni a una mosca. Y sé que lo que están viviendo no es algo normal ni corriente para ellos.

Puede que para mí sea mi pan de cada día, porque veo cosas así casi a diario, pero para esas cinco personas que tengo delante, lo que están viviendo es algo excepcional.

Y seguro que un infierno.

Y sé cómo puede cambiar alguien cuando vive lo que les ha tocado a ellos vivir. Y hasta la persona más inocente del mundo se puede convertir en lo peor.

Lo sé por experiencia.

Pero maldita sea, ¿mi culpa? ¡Ni de coña! No tengo la culpa de nada de esto.

Y si ellos no lo quieren entender, no es mi problema. ¡Ni tengo que

aguantar que se desahoguen conmigo!

¡Yo solo cumplía con mi deber!

Yo venía feliz… Vale, yo nunca estoy feliz, pero venía tranquila…

Oh, ¡está bien! La tranquilidad tampoco es algo que derroche.

La cuestión es que desde que el juez había dado el mazazo, yo me sentía muy orgullosa de mí porque lo había conseguido.

Bueno… Tampoco para tanto porque sabía que lo iba a hacer desde el principio y no me había impresionado lo más mínimo, pero me estás entendiendo, ¿no?

Con mi triunfo a cuestas, iba hacia el despacho y allí, con premeditación y alevosía, me estaban esperando estos locos. Una panda de neuróticos preparados para atacarme porque mi victoria significaba su fracaso.

Y podía entenderlos hasta un cierto punto: que me pitasen los oídos porque hablasen mal de mí o algo, incluso que me hicieran vudú. Pero llegar a esto…

No, jamás. Nunca. La agresión y la violencia nunca están justificadas.

Y no, no pienses en que más de uno y de una se merecen un buen sopapo que me vas a hacer darte la razón y voy a quedar muy mal (como mi hermano lea esto, voy a quedar aún peor).

Volviendo a la escena…

El señor que acaba de amenazarme y que rebusca algo en el interior de su chaqueta, comienza a sacar la mano lentamente y todas mis alarmas se encienden. Me da la sensación de que todo se va a complicar.

Espero equivocarme.

Instintivamente, mi cuerpo se pone en tensión y me preparo para… La verdad es que no sé ni para qué, solo que me preparo para algo que no me da buena espina.

—Pagarás por esto —jura, de nuevo, el hombre que tiene los ojos inyectados en sangre. Hasta ese punto lo domina el odio y la ira.

Con incredulidad y con impotencia veo cómo lo que saca del interior

de su chaqueta es una pistola.

Espera, ¿qué? ¡¿Una qué?!

Pero no me da tiempo a asimilar la situación, ni a reaccionar, ni siquiera a pestañear, cuando alguien se coloca delante de mí.

—¡¿Pero qué hace, hombre?! —gruñe el hombre que se ha interpuesto entre la pistola y yo— Maldita sea, ¿quiere arruinarse la vida?

Hombre, pues creo que en este momento en lo que piensa es en joderme la mía y que la suya le importa más bien poco.

Mi salvador coloca la pistola en el bolsillo trasero de su pantalón con un ademán que denota práctica y con la otra mano forcejea con el dueño del arma.

—¡Suéltame! —grita este— ¡La vida ya me la ha arruinado ella!

Y dale…

Cuando mi cuerpo y mi mente son capaces de reaccionar, aliviados, vuelvo a respirar.

No han pasado más de unas pocas milésimas de segundos desde que vi el arma hasta que dejé de hacerlo y juro por Dios que lo he sentido como si hubiese sido eterno.

Qué momento más malo, ¿eh? Aún siento que el corazón se me va a salir por la boca.

Un arma, joder, ¿me apuntaba con un arma? ¿En serio?

Por un instante, los ojos de mi protector se posan en mí. Levanto la mirada al notarlo y lo miro, pero apenas me encuentro con ellos cuando un gemido de dolor del agresor separa nuestras miradas.

Seguidamente noto la calidez de una mano sobre la mía. Tirando de mí y acercándome a él, manteniéndome cerca y haciéndome sentir, después de todo, protegida. Me está dando lo que no sabía que necesitaba en este momento. Seguridad.

Y esta sensación no me gusta.

Esta sensación me provoca más temor que la de encontrarme con un arma de fuego apuntándome y todo mi cuerpo se pone en tensión.

Y que mi corazón lata más fuerte me gusta aún menos.

—Quieto —gruñe quien se ha convertido en mi guardaespaldas.

Noto cómo aprieta mi mano, recordándome que está aquí, protegiéndome.

Como si se me fuese a olvidar o algo.

No me gusta. Juro por Dios que no me gusta nada sentir algo así y lo único que quiero es salir corriendo de aquí.

—¡Déjelo! ¡No hizo nada! —gritan, entre otras cosas, al corrillo, los demás y uno de ellos agarra al hombre y tira de él para intentar que mi protector lo suelte.

Pero él no cede ni un milímetro. No va a soltarlo.

Como tampoco va a soltarme a mí, lo sé por la fuerza con la que me aprieta la mano (morada la tengo que tener ya).

Y no sé si agradecerle o maldecirlo por ello.

—Las explicaciones a aquellos de allí —dice con voz segura el hombre que me protege, con su cuerpo, de la multitud.

Miro hacia el frente, hacia donde señala su mano y veo cómo dos parejas de policías se acercan a nosotros a toda prisa.

Y creo que solo en este momento soy plenamente consciente de todo. De las sirenas, de los huevos estallados sobre mí, de que una pistola ha estado apuntándome.

Pero, sobre todo, soy consciente de esa mano que me sujeta y que me mantiene segura.

Y soy más consciente aún de que eso no me gusta nada.

Capítulo 2

Julen

—¿Hasta cuándo vas a estar haciendo el tonto?

Trago el último bocado de bocadillo y respondo con otra pregunta.

—¿Trabajar es hacer el tonto? —le doy un gran sorbo a la lata de refresco y la dejo sobre el banco en el que estoy sentado.

Es media mañana, la hora del almuerzo. Después de lo dura que está siendo la jornada, se agradece un descanso y llenar el estómago.

—En realidad naciste tonto —dice mi amigo al otro lado de la línea, haciéndome sonreír; él suspira—. Sabes a lo que me refiero.

—Entonces también sabrás que te ignoraré.

—Lo cual se te da muy bien. Ya en serio, Julen. ¿Hasta cuándo?

—Pues tendré que trabajar hasta que me jubile —lo hago resoplar y yo sonrío otra vez.

—¿Limpiando cristales? ¿Arreglando tuberías?

—¿Por qué no? ¿Qué tiene de malo limpiar cristales? ¿O arreglar tuberías?

—Nada. Ningún trabajo tiene nada de malo. Pero trabajaste muy duro para tirarlo todo por la borda.

Todo eso quedó en el pasado.

—Estoy bien así.

Y es verdad, no me va mal. Siempre tengo trabajo, nunca estoy parado.

Y tampoco lo gano mal.

No me da para ahorrar y la mayoría de las veces llego a fin de mes justito, pero no me quejo. No necesito mucho más para vivir.

¿Podría ganar más? Siempre. ¿Pero para qué? También trabajaría mucho más. Interminables jornadas laborales y cero vida personal.

Como muchos de los que trabajan en el edificio donde estoy trabajando, quienes, incluso, duermen ahí. Y lo sé porque esta mañana me encontré con un abogado dormido sobre su escritorio con la ropa que llevaba el día anterior.

Es mi segundo día trabajando allí y soy bastante observador por naturaleza, nada me pasa desapercibido.

Ahí va una así, pienso cuando veo, a lo lejos, a una mujer que camina, con paso seguro, hacia el edificio donde trabajo, donde hay desde abogados hasta vendedores de seguros.

No, esa mujer no creo que sea una teleoperadora. Ni una charlatana que intenta venderte sus productos.

Hmmm… ¿Entonces abogada?

Sí, eso parece cuadrar más.

¿Lo será? ¿Habré acertado?

De ser así, ¿qué será de ella? ¿Será feliz con su vida?

¿Le compensará ganar tanto dinero cuando seguramente echa una barbaridad de horas extras? ¿O cuando, estoy casi seguro, tiene que defender a gente que sabe que no es inocente?

Pero es su trabajo. Es su vida. Y lo que ella elige hacer.

Y yo, lo que elegí hacer es estar, en este momento, tomando el sol mientras como algo antes de volver a desatascar algunas tuberías. Y esta noche estaré haciendo algo muy diferente.

Y mañana a saber lo que me depara la vida. Y estoy bien así.

Estoy bien con ello.

—¿Por qué será que no te creo?

Me encojo de hombros.

—Ese es tu problema.

Yo digo la verdad, que me crea o no ya es cosa suya.

—Eso no es lo tuyo, Julen. Necesitas ayudar. Es innato en ti salvar a la gente.

Por eso aquella vez no pude hacerlo.

Carraspeo, desechando ese pensamiento de mi mente e intento bromear.

—¿Y no salvo a la gente limpiando cristales? ¿O arreglando tuberías?

Mi amigo vuelve a reír.

—Con los cristales limpios corren más peligro. A más de uno y de una hemos tenido que atender en urgencias por lesiones en su cara al golpearse con una puerta de cristal que no habían visto de lo limpia que estaba.

—Las limpiaré menos entonces.

Bufa.

—Con las tuberías no es muy diferente.

—¿Qué pasa con las tuberías?

Aunque me toque la moral muchas veces, la verdad es que es un tipo divertido. Siempre me hace reír.

—Dímelo tú. ¿Los salvas de que salga una rata del inodoro y los muerda?

—Entre otras cosas —sonrío.

—Y seguro que el mundo te lo agradece.

—Imagínate, nada como la tranquilidad de sentarse sin peligro en el váter.

—Serás… —suelta una carcajada—. Puedes bromear todo lo que quieras, pero esa no es tu vocación y los dos lo sabemos.

Suspiro.

Sigue con lo mismo. Insistente es, ¿eh? Lo cual puede ser tanto una buena virtud como convertirlo en un tocapelotas de primera.

Para mí es lo segundo.

—No digas tonterías.

—No lo hago. Es la verdad. Y no sé cuándo, pero volverás a ser lo que de verdad eres.

Cierro la boca y aprieto los dientes. No, nada será como antes.

Nunca.

Ni es mi misión en la vida salvar a nadie. Joder, la única vez que debí hacerlo no pude. Fallé.

¿No es eso prueba suficiente de que no sirvo para ello?
Además, ¿qué es esa tontería de la vocación, ya que estamos? ¿Acaso todo el mundo puede trabajar en lo que le gusta? ¿Todos tienen el trabajo de sus sueños o se pueden dedicar a lo que se le da bien?

Pues no. Lo mismo hay panaderos que adoran su trabajo que otros que lo hacen porque no tienen otra cosa y preferirían ser… Qué sé yo, cirujanos o futbolistas o políticos.

Lo mismo el cirujano plástico que crees que ama su profesión solo se dedica a ello por la presión familiar y él quería ser pintor.

A saber, ¿no?

—Insistiré lo que haga falta para tenerte de vuelta.

Resoplo y lo hago muy fuerte.

—Déjalo ya —digo de mala manera.

Me cansa hablar siempre de lo mismo. Sé que no me entiende; ni él ni nadie. Pero tampoco necesito que lo hagan.

Ni que se metan en mis asuntos.

Es mi vida y yo decido cómo vivirla.

—Está bien —acepta.

Es una tregua temporal, lo conozco y sé que volverá a insistir. Pero aunque sea así, se lo agradezco. Como en el fondo le agradezco que se preocupe por mí, aunque no tenga razones para hacerlo.

Porque estoy bien.

—¿De verdad que lo estás? —pregunta, como si me hubiera leído la mente.

O tal vez lo he dicho en voz alta sin darme cuenta.

—Perfectamente bien —afirmo.

Se queda unos segundos en silencio y suspira. Sé que no me cree, pero que lo dejará estar.

—Bien… —esa palabra pronunciada en tono condescendiente significa "lo dejo pasar por hoy, pero que sepas que no te creo ni un poco"— ¿Entonces nos vemos esta noche? Cenaré en casa, pero prometo no terminar muy tarde.

—¿Reunión familiar?

—Sí. ¿Quieres venir?

—No.

Sin saber por qué, continúo mirando a la supuesta abogada mientras camina con confianza. Fascinado, sin poder evitarlo, por ello. Porque no es fácil desprender semejante aura de seguridad.

—¿Por qué no? Sabes que siempre estás invitado. Le gustas a mi madre.

—Y a mí me gusta ella. Pero esta noche echaré una mano en el pub.

—Joder, tío. A esto me refiero. ¿No descansas?

¿Descansará la empoderada mujer a la que miro? ¿O será de las que duermen encima de su escritorio?

No, no creo. Puedo conocer a una persona mirándola unos segundos y ella no es de ese tipo.

"Tengo mucha clase para ello", eso saldría de su boca. Seguramente en un tono altivo.

Sonrío y niego con la cabeza. No la conozco y ya me imagino su personalidad y su vida.

—¿Me pregunta eso quien cubre tres guardias seguidas en el hospital?

—Calla, ni me lo recuerdes porque este fin de semana me toca maratón de turnos. Por eso disfrutemos hoy. Mañana seré un médico modelo por horas y horas.

Suena cansado y sé que lo está. No es para menos cuando se trabaja en urgencias. Lugar donde voy a acabar yo cuando me levanto de un salto de la impresión.

—Mierda —gimo cuando veo cómo la supuesta abogada se para delante de un grupo de personas que parecen estar esperándola y que la reciben tirándole huevos.

Mira que llevo un rato aquí y no me he fijado en ellos antes. De haberlo hecho, me habría dado cuenta de sus intenciones y quizás…

¿Qué? ¿Lo habrías impedido?

Vamos, Julen. Siempre buscando cosas para fustigarte, ¿eh?

Pues sí, así es mi mente, qué le voy a hacer.

—¡Maldita desgraciada!

¿Pero qué demonios…?

Un grupo de cinco personas, con cartones de huevo en las manos, contra una mujer.

—Sí, yo dije lo mismo cuando vi el cuadrante. ¡Mierda! —ríe mi amigo.

—Maldita sea —gruño al ver cómo la pobre mujer está, prácticamente, bañada en huevo.
—Cualquiera diría que eres tú quien trabajará sin descanso en el hospital —ríe, mi amigo, divertido.

—¿Qué? —pregunto desubicado, por un instante me había olvidado de la llamada.

—De todas formas nos vemos esta noche. Me pasaré por el pub. Sé que estás deseando verme.

—Me hace especial ilusión.

Mi amigo suelta una sonora carcajada por la ironía con la que le hablo.

—¡No se preocupe, tendrá para la lavandería con todo lo que nos ha robado, zorra! —exclama uno de los integrantes del grupo acosador.

Bufo.

La gente y su inexplicable forma de actuar. Porque qué ganan, qué tipo de satisfacción obtienen lanzando un huevo o un tomate o una lechuga sobre alguien es algo que nunca entendí.

Pero así es, más común de lo que parece.

Y para darme la razón, otro huevo revienta sobre ella.

No soy una persona que se asombre fácilmente. Por desgracia, en la

vida he visto muchas cosas y muy malas. Pero eso no significa que no haya cosas que me sorprendan. Y esto que estoy viendo, aunque no es lo peor que he visto, sí es algo que me asombra.

Y me da rabia.

Porque un corrillo contra una persona me resulta muy injusto. Y mi sentido del deber, mi ética o lo que sea que provoque mi indignación no permitirá que se cometa una injusticia delante de mis narices.

Y no importa si esa mujer es culpable o inocente sobre lo que sea que la estén acusando. Simplemente no es justo que la acosen de esa manera.

Ni a ella ni a nadie.

Los problemas se solucionan donde se debe, nadie tiene que tomarse la justicia por su mano.

—Tranquilo, no tienes que insistir. Me verás siempre que quieras —afirma, aún entre risas, mi amigo.

Pero no le hago caso. Mi atención está centrada en el conflicto que tengo frente a mí.

Cinco contra una. Increíble.

Miro a la mujer que está llena de huevo, esa que se mantiene firme frente a los agresores y frunzo el ceño. ¿Está bien?

Permanece estoica, aguantando el chaparrón. Ya había percibido, por su manera de caminar y por su postura que no es una mujer más.

Que ella es diferente.

Y no me he equivocado.

Aunque preferiría haberme quedado con la duda de saberlo y no tener que vivir este tipo de situación. Sobre todo odio que alguien tenga que vivir algo así y pasar miedo. Porque seguro que lo está pasando.

Como lo pasó…

Niego con la cabeza, dejando esa frase a medias en mi mente, olvidándola si es posible. Aquello es pasado. Aquello no es el ahora.

Ella no es esta mujer.

Con ella no pude…

¡Joder!

Céntrate en el puto presente.

Y eso hago. Sin pensármelo (como si pensándolo mi decisión fuera otra), camino hacia ella para ayudarla y salvarla de ese infierno.

—¿Julen? ¿Estás ahí? ¿Nos vemos o no?

Emito un sonido parecido a un aja como respuesta a mi amigo, respondiendo a saber a qué, porque no me he enterado de lo que me ha dicho y cuelgo la llamada.

El guardia de seguridad del edificio tarda más de lo que debería en aparecer y viendo cómo actúa…

Resoplo. Si es que…

Deberían de controlar más a quiénes contratan cuando de seguridad se trata.

—Intimidación, acoso y agresión en la Avenida de Moratalaz 81, edificio Jazmín concretamente. Cinco contra uno —digo cuando me cogen la llamada.

Por un segundo, el agente que se encuentra al otro lado de la línea se mantiene en silencio. Lo escucho coger aire antes de hablar.

—Estamos de camino —responde y escucho cómo encienden la sirena del coche patrulla—. ¿Qué nos puedes contar?

—En plena calle. Tres hombres y dos mujeres con cartones de huevos en las manos que ya han usado. Entre los cuarenta y cinco y los sesenta y cinco años. La víctima es una mujer que no llega a los cuarenta. Hasta el momento agresión verbal y le han lanzado varios huevos. No sé si puedes escuchar los gritos y los insultos. El ambiente es tenso, estoy seguro de que irá a más.

—¿Civilizados? —le grita el señor que está más a la derecha al guardia— ¿Con esta perra? —señala a la mujer que está frente a él.

—¡Nos ha robado! —grita, a todo pulmón, una de las señoras del corrillo.

¿Robado?

Más puntos para que yo tenga razón sobre su profesión, ¿verdad?

—Parece la típica situación de gente que no está contenta con algo. Y viendo al edificio hacia el que iba, lo mismo es una agente de seguros que una abogada.

Podría jurar que es esto último, pero me lo guardo para mí.

—Bien, estamos cerca. Estamos llegando.

Cuelgo la llamada y vuelvo a meter el móvil en el bolsillo de mi pantalón.

Resoplo.

Qué panda de animales.

—Maldita picapleitos chupasangre. ¡Vas a pagar por esto!

Acerté, abogada. Con este insulto me lo ha dejado claro.

Qué crack soy.

Mis ojos, quienes ya han realizado un examen exhaustivo del lugar y de cada uno de los integrantes de la reyerta, se posan sobre el hombre que ha amenazado a la mujer que tiene frente a él y todos mis instintos se activan cuando veo el movimiento de su mano.

—Pagarás por esto —vuelve a jurar.

Esto ya se complicó.

¡Joder!

—¡¿Pero qué hace, hombre?! –gruño, interponiéndome entre la víctima y el loco que tiene un arma en la mano— Maldita sea, ¿quiere arruinarse la vida?

¿La gente piensa? ¿No se da cuenta de las consecuencias que pueden tener sus actos?

No me cuesta trabajo quitarle la taser y con un rápido movimiento la meto en el bolsillo trasero de mi pantalón mientras lo agarro del brazo, doblándoselo, para que no huya ni cometa ninguna tontería más. Lo giro para que no pueda verla y aprieto el agarre de su brazo con fuerza, manteniéndolo pegado a mi costado.

Ya escucho las sirenas de los coches policiales, están cerca. Por suerte

todo terminará pronto.

—¡Suéltame! —grita.

Claro que sí, ahora mismo te dejo libre.

—¡La vida ya me la ha arruinado ella! —continúa.

Giro un poco la cabeza y miro hacia atrás para asegurarme que la víctima se encuentra bien. El hombre que mantengo agarrado intenta mirarla también, aprieto fuerte su brazo doblado y lo hago gemir. Lo miro y le advierto con la mirada que no soy una persona muy delicada y que más vale que se quede quietecito si no quiere aullar de dolor.

Con el otro brazo tanteo atrás hasta encontrar la mano de la mujer, la cual agarro y tiro de ella, haciendo que se mueva hacia el lado contrario, casi pegada a mi otro costado.

Noto cómo su cuerpo se tensa y sé que debería de soltarla y de pedirle al guardia de seguridad que la saque de aquí, pero no lo hago. No es necesario. Necesario para mí es tenerla cerca y protegerla. No dejaré que nadie la toque ni permitiré que ese desgraciado que la amenazó y que la apuntó con un arma la mire por más que lo intente.

—Quieto —le ordeno al agresor, inmovilizándolo con más fuerza.

Dos coches de policía con las sirenas y las luces encendidas llegan al lugar.

Y aprieto un poco más la mano de la mujer que tengo entrelazada con la mía para darle seguridad.

Seguro que la necesita. Debe estar nerviosa. Por más fuerte que sea, seguro que ha pasado miedo.

¿Cuánto tuvo que pasar…?

Joder, Julen, ahora no. Aquí no.

—¡Déjelo! ¡No hizo nada! —gritan los demás y continúan insultando a la mujer que mantengo a mi lado mientras uno de los agresores agarra al dueño de la taser e intenta separarlo de mí.

Una mierda voy a permitir que se suelte el desgraciado.

Amenazas, insultos, agresión. Y si no llego a aparecer lo mismo esta mujer termina en el hospital. Y a saber si viva.

Si cree que voy a dejar que ni siquiera se mueva un poco es que no me conoce.

¿No hizo nada? Lo que me faltaba por escuchar.

—Las explicaciones a aquellos de allí —señalo a las dos parejas de policías que se acercan a nosotros con rapidez.

Por fin.

Y sé que solo en este momento ellos son conscientes del lío en el que se han metido.

—¿Qué tenemos aquí?

Suelto al agresor y lo empujo, haciendo que uno de los policías lo agarre. Saco la taser del bolsillo y se la entrego a otro de los policías.

—Vaya, esto es meterse en un problema —dice mientras la coge y la mira.

No irá a la cárcel, pero una buena multa sí va a llevarse. Y, con suerte, unas cuantas horas en el calabozo.

Qué menos, ¿no?

Poco es.

—¿Se encuentra bien? —le pregunta el policía a la mujer que tengo agarrada de la mano.

Dejo todos mis pensamientos a un lado, giro mi cabeza y por primera vez miro a la pobre mujer que ha tenido que vivir un momento tan desagradable y lo que me encuentro no es, para nada, lo que esperaba encontrarme.

Porque el rostro que me encuentro muestra algo muy diferente.

La mujer de pelo corto y rasgos comunes que imaginé ver con los ojos abiertos como platos por el susto o llorando por miedo de encontrarse con lo que debió pensar era un arma de fuego está, sin embargo, con la barbilla levantada, mostrándome una entereza impresionante.

Diría que hasta se muestra algo altiva.

Y común, lo que se dice común… Una vez que la miro a los ojos no puedo describirla así.

—¿Estás bien? —esta vez soy yo quien se lo pregunta.

Parezco más agitado y preocupado yo que ella.

Entonces mueve la cabeza y, por primera vez, nuestros ojos se encuentran y me muestran, de nuevo, una entereza increíble.

Pero hay algo en ella…

Frunzo el ceño, ¿la conozco? Hay algo familiar en su rostro. ¿La he visto en alguna parte?

No lo sé, en este momento no estoy seguro. La única seguridad que tengo es que me quedo completamente hechizado al mirarla tan detenidamente. Porque, al parecer, no tiene nada de miedo.

¿Pero en el fondo es así? ¿Es eso posible?

¿Esa seguridad que irradia es real?

—¿Estás bien? —insisto.

Ella pestañea un par de veces y parece salir del trance. Sus ojos marrones fijos en mí.

De verdad que yo he visto a esta mujer en algún lado.

La miro a conciencia. En sus ojos encuentro la verdad. Aunque intenta ocultarlo, está asustada.

Porque me lo dicen sus ojos y estos no mienten.

—Bien, gracias —dice con frialdad.

Y me hace querer sonreír. Porque ya lo entiendo.

No va a admitirlo, ¿verdad? Que tenía miedo.

Sigo observando sus ojos y confirmando lo que ya creo saber, que su actitud no es más que una fachada y que está asustada. El temblor y el brillo de sus iris no pueden engañarme.

No a mí.

Este muro de seguridad que mantiene a su alrededor no le sirve conmigo. Seguramente engañará a muchos, pero yo no soy como todos.

Yo puedo ver mucho más allá.

—Estoy bien —repite lentamente y casi deletreando las palabras.

—Me alegro —sonrío.

Ella enarca las cejas y un gracioso mohín se forma en sus labios.

—Y estaría mejor si me soltases.

Bajo la mirada hasta nuestras manos, esas que aún continúan unidas y suelto la suya como si me quemase al darme cuenta de que está morada por intentar deshacerse del agarre.

Vamos, que ni cuenta me di de que quería que la soltase y yo ahí, apretando.

Por Dios, Julen, ¿pero qué haces?

—Señora, necesito que me confirme quiénes la han agredido lanzándole huevos —la señala de arriba abajo—. Quiénes la han increpado, insultado, amenazado y a quién pertenece el arma eléctrica.

Ella no dice nada, se mantiene en silencio.

El policía me mira y me encojo de hombros.

—¿No es evidente quiénes son los agresores?

—Sí, claro —carraspea el policía—.¿Me puede confirmar, entonces, —vuelve a dirigirse a ella— que el dueño de la taser es el señor de la camisa azul?

—Sí —respondo por ella, segundos después, al ver que tampoco tiene intención alguna de responder a eso—. Y la amenazó con ella.

El policía toma nota de lo que le digo, pero sigue mirando a la abogada.

Pero la mujer que viste un traje de chaqueta azul y que tiene, por cierto, una bonita figura (no puedo evitar fijarme en ello), no tiene intención ninguna de hablar.

—Está en su derecho de denunciar. Tendría que acompañarnos…

—No voy a interponer ninguna denuncia —interrumpe al policía.

Hasta que por fin habla.

Y para lo que ha dicho más le valía haberse quedado callada.

La miro de nuevo, mis cejas enarcadas por lo que acaba de decir.

Ella me mira de soslayo, pero no directamente.

—¿Perdón? —pregunta el policía, poniendo voz a la misma palabra que ha pasado por mi mente.

—He dicho que no voy a denunciar.

—¿No va a denunciar? —pregunta el policía, extrañado.

Y con razón.

—Eso mismo he dicho que no haré.

¿Su tono suena a mofa?

¿Le han tirado huevos, la han insultado, la han amenazado con palabras e incluso la han apuntado con un arma y ella tiene el coraje de usar el sarcasmo?

—Señora… —el policía espera que ella termine esa frase por él, es decir, que le diga su nombre y su apellido. Y sé que ella lo sabe por cómo enarca las cejas, pero no suelta prenda. Así que el agente carraspea— Supongo que no es necesario conocer su nombre si nadie va a denunciar.

—Supone bien —dice ella con toda la cara dura del mundo.

Tiene que ser abogada para echarle tanto morro al asunto y que el simple uniforme policial no la haga achantarse en lo más mínimo.

El agente me mira y suspira. Yo hago lo mismo. Sabrá quién es ella por los demás, seguramente por el guardia de seguridad. Porque por ella es evidente que no.

—Bueno… Bien… ¿Entonces…? —el policía señala, un poco descolocado, al grupo de personas al que están identificando sus compañeros y no sé si reírme o sentir pena por él. Se nota que no tiene experiencia.

Ella se encoge de hombros.

—No sé, sabrá usted mejor que yo qué es lo que debe hacer, ¿no? ¿O le tiene que explicar una simple abogada que si no hay denuncia no hay sanción?

Sí, ¡acerté! Confirmado.

En otro momento, en una situación así y con esta respuesta yo habría soltado una carcajada. Pero no me sale ahora y lo único que quiero es poner mis manos sobre los hombros de esta insensata y zarandearla hasta que entre en razón y entienda que es necesario que ponga la maldita denuncia.

No es tu problema, Julen. Recuérdalo. Tú solo has hecho lo que debías, lo que cualquier ser humano debe hacer cuando ve a otro en peligro y lo has hecho bien. Ahora vete, no hay nada más que hacer aquí si ella no quiere denunciar.

Y lo que esta mujer elija hacer es su problema.

Pero la cosa no es tan simple, porque algo dentro de mí sigue quemándome y todavía tengo un nudo en la boca del estómago.

Joder, que lo estoy pasando yo peor que ella, para qué lo voy a negar. Yo no soy capaz de fingir que estoy bien como ella hace.

Porque no lo estoy.

Porque podía haber ocurrido una desgracia si la hubiese atacado con la taser.

La podía haber freído. ¡Se podía haber quedado pajarito, por Dios! ¿Es que no lo entiende?

Habría acabado igual que ella.

No, esto es el presente, Julen, no rebujes las cosas.

Pero aun así, aunque sepa que no hay nada parecido, no puedo evitar temer que el desenlace podía haber sido el mismo. Y no podría perdonármelo.

Así que aunque sepa que no es mi problema por todas las razones que ya expuse antes, ignoro a mi mente racional y cojo a la mujer del brazo.

—Espérenos un segundo —le digo al oficial, quien confirma con un movimiento de la cabeza.

Tiro de ella, separándola un par de metros del policía.

Por qué lo he hecho es algo que no entiendo del todo. Así que cuando

la pongo frente a mí, dejo libre su brazo y la miro a los ojos, no sé ni qué decir.

Aparte de Joder, tío, ¡estás loco! ¿Para qué te metes?

Con lo poco que me gusta un lío y siempre acabo metido en uno.

Porque en mi cabeza está todo muy claro, tengo que hacerle entender que, a veces, es necesario tomar medidas porque hay líneas que no se deben cruzar.

Pero claro, en mi cabeza también está la vocecita que me está preguntando por qué me estoy metiendo en lo que me importa poco o nada de alguien que no conozco y que también me importa poco o nada.

Pero me quema, me quema mucho el asunto y no puedo controlar mi reacción.

—¿Pero qué haces? —está sorprendida.

Normal, yo también lo estoy.

Y yo también me estoy preguntando a mí mismo qué es lo que estoy haciendo, por qué me meto en lo que no me importa, porque de verdad no lo entiendo.

—Disculpa… Solo por curiosidad… —cierro los ojos, carraspeo y aprieto el puente de mi nariz con los dedos antes de mirarla— ¿Has dicho que no vas a denunciar?

Ella me mira como si estuviese pensando en algo así como “qué inteligente eres, ¿eh?” En plan irónico, claro.

—Eso dije sí. Y si me disculpas…

Va a marcharse, pero la paro cuando pasa por mi lado, agarrándola, de nuevo, del brazo.

—¿Pero qué…?

La vuelvo a poner frente a mí y pongo las manos en mis caderas.

—¿En serio no vas a denunciar?

Ella enarca las cejas.

Yo habría entendido que me hubiese dado una patada en las pelotas

desde el primer momento.

—¿Con qué derecho me preguntas algo así?

En realidad con ninguno, ni siquiera debería de interesarme. Es cosa de la policía, no mía. Pero aquí estoy, enfadado sin razón lógica alguna porque lo vas a dejar pasar.

Totalmente incomprensible.

En mi defensa puedo decir que razones ilógicas tengo muchas.

—Solo responde.

—Pero bueno —bufa—, ¿quién eres tú?

Que ¿quién soy yo? ¡¿Quién soy yo?!

Un loco, eso parece que soy.

¿Y tú? ¿Quién demonios eres tú? ¿De qué te conozco? ¿Dónde te vi que no caigo?

Porque lo hice, mi mente lo sabe aunque no sea capaz de recordarlo con claridad.

Y a lo mejor es por eso, por lo que no puedo recordar, por lo que me estoy comportando como un imbécil.

¿Quién sabe?

—La persona que ha evitado que salgas herida, ese soy yo. Ese al que ni siquiera le has dado aún las gracias, por cierto. Además —parloteo sin sentido, otro síntoma de que no estoy bien de la cabeza—, ¿por qué a mí me tuteas y a él lo tratas de usted? —señalo al policía – Soy mayor que él, ¿sabes?

Espera… Fui yo el primero que le habló y que la tuteó, ¿no?

La mujer que está frente a mí se ríe después de mirarme de arriba abajo. Pero no una risa bonita, no. Sino con esa típica risa que tiene alguien que te quiere estampar su puño en el estómago para que cierres la boca.

Y lo entiendo, claro que lo entiendo. Si me lo estamparía yo a mí mismo si pudiera por las gilipolleces sin sentido que estoy diciendo y haciendo.

—Gracias —escupe sin ganas—. Si me disculpa…

Va a marcharse de nuevo. Y debo dejarla y terminar con toda esta locura de una vez.

Pero se lo impido. Otra vez.

—Tienes que denunciar —le ordeno.

Tuteándola e ignorando lo que yo mismo estaba diciendo hace un segundo.

Y ya ni siquiera la aconsejo. No. Casi le ordeno.

Lo mío es de camisa de fuerza, lo tengo claro.

Ella resopla. Está enfadada.

Normal…

—Y tú tienes que meterte en tus asuntos —yo pienso exactamente igual, pero aquí estamos—. Y no creo ser uno de ellos —lo mismo que me digo a mí mismo, pero no hay manera de que lo entienda.

Porque en realidad no es tan fácil.

—No puedes dejarlo pasar —insisto.

Se suelta de mi agarre y me mira de mala manera.

—No sé quién eres ni a qué viene todo esto. Te agradezco tu ayuda, de verdad. Pero terminó allí —señala el lugar donde estábamos, antes, cogidos de la mano—. Lo demás no es de tu incumbencia.

Lo sé, sé que es así. Pero…

—¿Y si vuelve? Ese tipo te puede coger en otro momento y quizás no haya nadie cerca para ayudarte. Joder, si no llego a estar podría haberte matado de una descarga.

¿Es que no lo ves?

Joder, mírate. Todavía tienes huevo en la cara, en el pelo, en la ropa… Y no ha ocurrido una desgracia porque lo he impedido.

Sé que estoy exagerando, pero no puedo evitarlo.

Ella me mira fijamente.

—Desde luego espero que no seas tú el que estés cerca porque me

estás dando miedo —y lo dice en serio—. No voy a denunciarlos a ellos porque es suficiente con lo que van a tener que lidiar a partir de hoy, pero puedo hacer una denuncia si lo deseas. ¿Quieres ser tú al que denuncie por acoso?

Y entonces reacciono. Por fin lo hago.

Dejo salir el aire de mis pulmones en un sonoro suspiro, levanto las manos en señal de rendición y me alejo un poco de ella.

—Discúlpame —le digo—. De verdad, lo siento. Es solo que…

¿Qué?

¿Qué le voy a explicar?

¿Por qué me he comportado de esa manera si ni yo mismo puedo explicármelo?

Tras un gran suspiro, sin una sola palabra y sin mirarme, pasa por mi lado.

—Solo una pregunta —me muevo para mirarla. Ella se para, pero no se gira. Es evidente que no quiere verme—. ¿Te conozco?

Tenía que preguntárselo.

Más altiva que nunca, levanta su barbilla, gira la cabeza y posa su mirada sobre la mía. Me mira de arriba abajo y un mohín se forma en sus labios a la vez que arruga la nariz.

—Gracias a Dios no. Y espero no hacerlo nunca.

Y se va, dejándome ahí con esa respuesta que es ofensiva, ¿no? O sea, que es una demostración de asco, ¿no?

Si es que te lo mereces, por imbécil.

Con paso seguro y como la que no ha vivido una situación desagradable y está bañada en huevo y, además, ha vivido una situación dramática en la que la han agredido, amenazado y apuntado con un arma, se acerca al agente con el que hablaba antes.

—¿Hay algo más que deba hacer aquí?

—Si no va a presentar una denuncia, no podemos hacer mucho más que multar a uno de ellos por posesión de un arma, siendo ilegal.

¿Está segura que no quiere denunciar?

—Con lo que tienen es más que suficiente.

Y así, con esa frase, nos deja a todos atrás y camina hasta la puerta del edificio para, seguidamente, entrar en él.

Y ya está, para ella todo se acabó. Y yo sigo aquí…

Definitivamente soy subnormal.

Con las manos en las caderas, me muerdo el labio inferior mientras la veo desaparecer.

¿Quién es esa mujer? ¿Dónde la vi? ¿Por qué he reaccionado así?

¡¿Qué demonios pasa contigo, Julen?!

¡¿A qué ha venido eso?!

—Dichosos los ojos que te ven —uno de los policías pone la mano en mi hombro. Fue al primero que vi aparecer y me puso más nervioso saber que él estaba aquí. —. Debes de tener decenas de llamadas mías, ¿no las viste?

Se para frente a mí y puedo vislumbrar que está molesto. Y lo entiendo. Hace meses que lo ignoro.

Sigue igual. Algo más fuerte, se habrá hartado de ir al gimnasio. Con su pelo bien recortado, su uniforme impecable y esa misma cara de inocente de siempre.

Es un bonachón, siempre lo fue. Una persona fiel a la que di de lado sin razón. Solo porque me recordaba…

—¿Cómo estás? —le pregunto.

—¿No soy yo quien debería de preguntarte primero? No, espera, lo hice durante meses, pero ni una respuesta de tu parte.

Es un justo reproche, no puedo negarlo.

—Lo siento —digo con sinceridad.

No fue fácil nada de aquello y aún no estoy bien.

Él me observa con esos inteligentes ojos azules y asiente con la cabeza, con comprensión, como si supiera lo que pienso.

—Mi compañero me ha informado de que la víctima no va a presentar

una denuncia —lo sé, lo sé bien—. ¿Sabes por qué? ¿O qué ocurrió aquí? —niego con la cabeza a ambas preguntas— ¿La conoces?

¿La conozco?

—No.

Arquea las cejas ante mi rotunda y rápida respuesta negativa.

—Ya veo…

No, no ves. Créeme que no ves. Que lo que seguramente se te está pasando por la cabeza no tiene nada que ver con lo que en realidad está ocurriendo aquí.

Vamos, con decirte que ni yo mismo sé lo que ocurre con esa mujer.

Pero si tú crees saberlo, pues allá tú. Así tienes menos preguntas que hacer.

El agente me mira de arriba abajo antes de volver a mirarme a los ojos.

—¿Mantenimiento?

—Entre otras cosas.

—Ya veo. ¿Te va bien? —carraspea— ¿Estás bien?

—Sí —dijo demasiado rápido.

Retiro la mirada cuando noto la suya fija, buscando las respuestas a tantas preguntas. Pero no le pone voz a ninguna de ellas.

—Te echo de menos —dice emocionado. Pone la mano, de nuevo, sobre mi hombro y me da un leve apretón antes de marcharse.

Aprieto los labios con fuerza e intento que las emociones no me sobrepasen. Porque yo también lo hago, yo también lo echo de menos.

Y más de lo que se imagina.
No ha sido fácil para mí y muchas veces lo he necesitado a mi lado, pero…

Siento cómo mi corazón se acelera y cómo se forma un nudo en mi garganta.

Me da miedo expresar lo que siento. Me da miedo recordar. Me da miedo sufrir de nuevo.

Y me da miedo hacer sufrir a alguien más. Pero…

—Alberto —digo, tras carraspear, cuando pasa por mi lado y suelta mi hombro. Veo, por el rabillo del ojo, cómo se para un poco más atrás.

—Julen —la emoción sigue en su voz.

Giro la cabeza, lo miro y espero a que me mire para hablar.

—¿Una cerveza para empezar?

Una sonrisa se dibuja en su cara. Y sé que ya no existen los reproches entre nosotros.

—Pagas tú.

Asiento con la cabeza y sonrío.

—Hecho —confirmo.

Se gira, sonriente.

—¡No tardes en llamarme! —grita mientras se aleja y me hace sonreír de nuevo.

Pestañeo varias veces, intentando que las lágrimas no salgan. Demasiados recuerdos. Y algunos muy dolorosos.

Levanto la cabeza, miro al cielo y suspiro profundamente. ¿Podrá volver a ser algo como antes?

—Chico, ¿qué pasó aquí? —mis compañeros llegan hasta mí y se paran a mi lado— Nos alertaron los gritos y cuando llegamos vimos que estabas metido en la refriega. ¿Por qué le tiraron huevos? ¿Quién es esa mujer? —pregunta Benito.

Otra vez la preguntita.

—Ni idea —me encojo de hombros—. Vi lo que ocurrió por casualidad y solo intentaba ayudar.

Benito y Manolo, como yo los llamo porque además de dedicarse a las chapuzas como los protagonistas de esa serie son iguales físicamente, miran alrededor.

—Te dije que no era su novia —dice el falso Benito. Un bajito y delgado solterón sin sentido de la moda.

—¡¿Mi qué?! —exclamo.

—Nada. Este —señala al falso Manolo, quien, para colmo, también se llama así—, que se ha creado una telenovela en la cabeza. Sigues viendo Televisa con tu mujer, ¿no?

Manolo, un hombre de estatura normal, con una buena barriga cervecera que siempre usa un mono para trabajar. Y siempre el mismo. No sé si no lo lava o qué.

—¿Que yo dije qué? ¡Si fuiste tú!

—Morirá viendo telenovelas —resopla Benito— y distorsionando la realidad.

—Anda y que te den —resopla el otro.

—Vosotros y vuestro gusto por el drama —suspiro antes de iniciar la marcha, habrá que volver al trabajo.

—¿Entonces de verdad no sabes quién es? —insiste Benito, ignorándome.

No, no lo sé.

Pero créeme, me gustaría saberlo.

Y ni yo mismo puedo explicar hasta qué punto.

Dejo a un lado la curiosidad. No voy a preguntar su nombre ni a Alberto ni al guardia ni a nadie.

Nuestro encuentro termina aquí y no en muy buenos términos. Así que si la vida tiene la intención de que nos volvamos a ver y de que sepa algo más sobre ella, pues así será.

—Esa mujer es la que nos va a poner de patitas en la calle si nos ve vagando.

—Oh, vamos, Julen. La tenías agarrada de la mano. Así —Manolo coge la mano de Benito.

—¿Pero qué haces? ¡Suelta! —se queja este y yo me río.

Vaya par…

—Por esto sigues soltero —Manolo niega con la cabeza.

—Sigo soltero porque quiero —indignado.

—Claro que sí…

Mientras desvarían me dejan en paz.

Los conozco desde hace un tiempo y estoy acostumbrado a ellos. A sus excentricidades y a sus discusiones.

Mientras estén así, no me preguntan lo que no puedo responder.

Así también me olvido yo de esa mujer.

Capítulo 3

Paula

Todo lo que tiene de guapo lo tiene de imbécil.

¡¿Quién se cree que es?!

¿Cómo se atreve a hablarme así? ¡Ni que me conociera el gilipuertas este!

—Niñato de los demonios —refunfuño—. ¿No le enseñaron a respetar a sus mayores o qué?

Porque que es más joven que yo es evidente. Y que por eso mi mal humor haya empeorado al darme cuenta, también. Porque si ya quería salir huyendo al sentir que la mano de un hombre me estaba dando seguridad (después de todo lo que he pasado por culpa de estos especímenes del demonio), al ver que ese hombre debe de tener la edad de mi hermano pequeño ni te cuento lo que me ha entrado por el cuerpo.

Aún me sube y me quema, ¿eh?

¿Que qué edad tiene mi hermano? Ni treinta, veintisiete añitos recién cumplidos. Y no pongas cara de "pues no lo entiendo". Que yo estoy cerca de los cuarenta, por Dios.

¡Y el mocoso ese se atreve a tratarme así! ¡Y se cree con el derecho de decirme qué debo hacer!

Que se pensará él que el haberme ayudado con esa panda de neandertales ya le da algún tipo de derecho y se puede comportar conmigo como otro neandertal más.

¡Ja! Habrase visto…

Si hubiera sido mi hermano, la colleja se la lleva. Por subnormal.

"Tienes que denunciar" dice. Sabré yo lo que tengo que hacer, que soy mayorcita, ¿no?

Metomentodo de los demonios.

Entro en el edificio del bufete donde trabajo y siento que voy a explotar cual olla a presión. Debo de estar echando humo por las orejas. Y todo por culpa de ese idiota.

Que dirás tú "pues hija, lo normal es que estés así por el batido de huevo que llevas encima". Pues también es verdad. Pero como el otro ha sido la gota que colmó el vaso, pues es a quien le van a pitar los oídos.

—¡Abogada Noriega! —ay, no— ¡¡¡Abogada!!! —la chirriante voz de mi jefe es lo que necesito para que mi mal humor empeore— ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

A buenas horas la preocupación.

Lo ignoro y casi corro hasta pulsar el botón de llamada del ascensor, haciéndolo dar la vuelta y seguirme.

—¡Abogada! —derrapa y se para a mi lado. Noto cómo esos pequeños ojos que tiene están puestos sobre mí y mi mala leche aumenta— ¿Eso es huevo?

Respira, Paula. Recuerda que es tu jefe.

Y consigo no soltarle una fresca, pero no puedo evitar mirarlo con mi cara de orto. Él da un salto atrás, asustado.

Cuando lo miro así porque me pide echar horas extras y no quiero hacerlo no se asusta, ¿eh? Así que es todo exageración pura y dura.

—Es huevo —confirma el dueño de otra de las voces que tan poco me gusta. Porque cada vez que lo escucho, me provoca una úlcera estomacal.

Me muerdo el labio inferior por dentro y evito ponerme a gritar como una loca.

—¿No te viene mejor subir por las escaleras? —lo miro, miro lo que ya sobresale de su pantalón y quiero sonreír al ver cómo carraspea y se abotona la chaqueta del traje con rapidez.

Me refería a la barriga, ¡no malpienses!

Por Dios, ¡qué asco!

—Tú necesitas una ducha porque lo que desprendes… —el cuarentón

de pelo ondulado hace un gesto con la mano, como acercando algo a su cara. Mi olor. Y pone una mueca de disgusto en ese rostro moreno artificial que luce— Por Dios, jefe, ¿el aseo personal no es algo necesario en el bufete?

—Si no te piden a ti un mínimo de neuronas para trabajar… —dejo la frase a medias y sonrío lo más falsamente que puedo mientras entro en el ascensor.

—No es momento para vuestras puyas —el bajito de mi jefe entra después y se coloca a mi lado. Para mi desgracia, el otro ser se coloca al otro y pulsa el botón de la planta once—. No me lo podía creer cuando me avisaron, pensé que estaban bromeando. Huevos. ¡Huevos! —como si yo necesitara que me lo recordara— ¿Quién te hizo esto, Abogada Noriega? ¡Dímelo porque yo mismo interpondré la demanda!

Esta es una de las pocas veces en las que el ser despreciable y yo estamos de acuerdo en algo. Y es en mirar a mi jefe con cara de "¿de verdad crees que nos vamos a creer eso?"

Porque mi jefe puede ser el abogado más antiguo del bufete, pero no ha ganado un caso en su vida. Ni tampoco lo ha perdido. Por la sencilla razón de que no ha ejercido nunca. Jamás de los jamases.

Y tampoco tiene intención ninguna de hacerlo.

Recuerdo cuando intentaba reclutarme para que trabajase con él y le pregunté el porqué nunca ejercía su profesión y respondió que por qué habría de hacerlo si había mejores abogados que él que necesitaban ser contratados. Él tenía el dinero para poder montar el bufete y esperar a que diera beneficios. Y de lo único que tenía que preocuparse era de contratar a los mejores para levantar un imperio.

Y lo hizo bien, los negocios son lo suyo, de eso no hay duda.

Olmo Abogados es el mejor bufete de la ciudad. El más conocido y el más solicitado porque gana casi el cien por cien de los casos.

Así que ese ser pequeñín de casi sesenta años, con solo unos pocos pelos en la parte superior de su cabeza y que tiene voz de gato pisoteado no tiene nada de tonto. Lo ha hecho muy bien.

Pero es eso, una buena cabeza para los negocios. Cuando de la

abogacía se trata…

—No me miren así, no ejerzo porque no quiero —refunfuña.

—Lo sabemos —decimos el abogado insoportable y yo a la vez.

—De hacerlo sería el mejor.

—Aja…

—¡Tan bueno que jamás me tirarían huevos! —exclama viniéndose arriba.

Se va a librar porque las puertas del ascensor se han abierto y no quiero cometer un crimen delante de otras personas.

Salgo a toda prisa. Lo dejaré vivir por el momento.

—Abogada, ¡espera! ¡¡¡Me tienes que decir quién te hizo eso!!!

Lo ignoro a él y las caras de horror de las dos secretarias que me ven pasar. Entro en mi despacho y le doy un manotazo a la puerta para que se cierre.

—¡Joder! —exclama el abogado tocapelotas— ¿Quieres romperme mi preciosa nariz o qué?

Entre otras cosas, sí. Porque me amargas la existencia.

Y lo de preciosa no lo tengo muy claro, ¿eh?

—¿Qué quieres? —pregunto desesperada. Dejo el bolso sobre mi escritorio y me encaro con los dos seres que me están llevando al límite.

—Supongo que no se han tomado muy bien el veredicto, ¿no? —pregunta con mofa.

—¿Fueron ellos? ¿Los empleados de la fábrica? —mi jefe, como siempre, no se entera de nada. Sus neuronas solo funcionan cuando de dinero se trata, con lo demás es que no da para más— Se les ha dado más de lo que les correspondía.

Intente hacerle entender eso a personas que se han quedado sin trabajo y casi sin indemnización.

Sé que tiene razón y que mi cliente les ha ofrecido un trato más que justo, ¿pero la justicia es ética?

—Es evidente que ellos no lo ven así —dice el no tan tonto abogaducho insoportable.

—¿Los has denunciado? —pregunta mi jefe.

—No y no lo haré.

—¿Por qué no? Sería el cierre perfecto del caso. Y mejor sería el titular —levanta la mano y hace una señal en el aire, por encima de su cabeza, como si tocase un cartel invisible que mira con ojos emocionados. El símbolo del Euro en ellos—. "Abogada es agredida por civiles tras conocerse el veredicto del juez. ¿Hasta qué punto están protegidos los abogados?" o "Jugarse la vida en el trabajo. Las amenazas y agresiones que los abogados tienen que soportar por cumplir con sus obligaciones laborales". Y es aquí cuando comienzan las entrevistas y la discusión de cómo los pobres letrados son juzgados por hacer lo que deben. "¿No es más que un trabajo?" "¿Por qué tienen que cargar con la culpa de alguien más?" "Si es un juez el que da el veredicto, ¿por qué siempre se carga contra el indefenso abogado que solo se basa en la ley para salvar a su cliente?" "Clientes culpables y abogados. ¡¿Dónde está la ética cuando de abogados se trata?!" —exclama, en la otra parte de la oficina, emocionado.

Ha llegado hasta ahí pegando saltitos.

Me dejo caer en mi silla, agotada.

—El debate de siempre —le recuerda el abogaducho.

—No —niega mi jefe inmediatamente—. Es "wow, cuánta publicidad para el bufete".

—Disfrútala en tu mente porque yo no voy a hacerla realidad. Y no, tampoco puedes —le advierto.

Mi jefe resopla, pero sé que me hará caso. Y no porque quiera, sino porque soy la mejor abogada que tiene y no se jugará el perderme.

Es mi as bajo la manga.

—Deberías mirar más por la empresa, Abogada Noriega —me recrimina tras chasquear la lengua.

Y tiene morro para decirme eso.

—Nunca lo hará como lo hago yo, jefe —el abogaducho aprovecha la oportunidad para lucirse, como siempre—. Y le falta encanto, usted me entiende.

Me cruzo de brazos y levanto la barbilla, altanera.

Sí, me fallarán las formas, no seré lo suficientemente agradable ni haré la pelota como tú. Pero ¿sabes lo que hago mejor que tú? Ganar casos. Nadie es, en este bufete, más productiva que yo.

—Tú… Hablando de casos… —mi jefe lo señala y frunce el ceño— ¿Cómo va el caso de la productora?

Sonrío al ver cómo el abogaducho se pone blanco.

Esto te pasa por rastrero.

Nosotros, como abogados, elegimos los casos que queremos llevar. Cuando un cliente viene a vernos y nos explica la situación, le explicamos lo que puede ocurrir. Si puede demandar, si no. Si debe hacerlo, si no. Si puede ganar o no. Si en el caso de ser una demanda contra él puede ganar o no.

Y teniendo una visión clara, como abogados, podemos elegir si vamos a representarlo o no.

De aquí mi gran tasa de éxito porque sé muy bien qué voy a ganar y qué no y no suelo defender lo que sé que es un caso perdido.

Aunque también sé que en muchas ocasiones puedo conseguir un resultado positivo en un caso que cualquier otro daría como perdido.

Y en el riesgo radica mi éxito.

El caso por el que estoy bañada en huevo, por ejemplo, es de los típicos casos que casi ningún abogado aceptaría. Pero yo vi algo que ellos no y supe cómo ganarlo.

Y por eso estoy así.

Pero, a veces, mi jefe mete la pata y acepta casos que se nos convierten en un dolor de cabeza y hace que la media de nuestras victorias baje. Porque son casos que no ganaría ni Dios. Y como yo suelo negarme a casi todos y el abogaducho es un bocazas y siempre quiere competir, termina aceptándolos.

Vamos, que siempre la caga.

Y el caso de la fábrica al que se refiere mi jefe es un gran fracaso. Por eso va a huir.

—Abogada Noriega, no olvides lavarte concienzudamente —dice el abogaducho antes de salir corriendo a toda prisa del despacho.

Si es que lo conozco bien.

—Abogado, ¿adónde vas? ¡Te estoy preguntando por el caso! —grita mi jefe mientras sale corriendo tras él.

Suspiro de alivio, por fin sola.

Abro el cajón del escritorio y cojo el informe por el que venía. Para eso me había acercado a la oficina, para llevármelo a casa y estudiar el caso durante el fin de semana.

Lo meto en mi bolso y cojo, de paso, un par de toallitas húmedas para limpiarme la cara.

Pero con esto no será suficiente, pienso cuando rozo mi pelo.

Necesito una ducha a la de ya. Y tres kilos de mascarilla en mi cabello. Porque hoy tengo cena familiar y lo que menos me apetece es que mi madre y mi hermano sepan lo que me ha pasado.

Capítulo 4

Paula

—¿Entonces trabajas todo el fin de semana?

—Mamá… ¿Crees que por preguntármelo más veces mi respuesta va a ser diferente?

Mi madre me da un manotazo en la mano, pero cojo la aceituna con la otra y me la meto en la boca mientras ella me mira con ganas de asesinarme.

—Es que no comprendo que en el último mes no hayas descansado ni un solo día.

—Porque es mentira —dice mi hermano mientras entra en casa. En este momento, la que mira a alguien con ganas de asesinarlo soy yo, pero a él le importa poco—. Hola, mamá —se acerca a ella y le da un abrazo y un beso.

Y ella feliz de la vida por ver a su niño en casa. Lo adora.

—¿Qué es mentira? —por más feliz que esté, mi madre no deja pasar nada de lo que le interesa.

—Que él esté saliendo con nadie —digo yo, devolviéndosela.

Mi madre, sin pensárselo, le da un cate en la cabeza.

Siempre que veo algo así me río, porque mi madre no es demasiado alta, es más baja que yo, que tengo una estatura media, no llego al metro setenta. Mi hermano, sin embargo, mide un metro noventa y dos y ver a esa pequeña mujer saltando para llegar a darle en la cabeza me hace mucha gracia.

—¿Por qué eres así? —refunfuña mi hermano, odiándome en este momento.

Me encojo de hombros.

—Tú empezaste.

—¿Os he enseñado yo a mentir, es eso? ¡¿En qué momento?!

Es la reina del drama por excelencia. Ni mi jefe, que ya es decir.

—Tuvimos que aprenderlo solitos cuando empezaste a meterte en nuestra vida sentimental.

—Yo no me meto en la vida de nadie —me rebate, indignada—. Solo intento ayudar.

Con la mesa ya puesta, nos sentamos a cenar.

Mi hermano es bastante más pequeño que yo, soy once años mayor y cuando me fui de casa él era un adolescente.

Me costó un poco más adaptarme a estar sola por él, porque estaba acostumbrada a tenerlo rondando a mi alrededor todo el día. Mi madre había días en los que llegaba tarde a casa, tomaba una ducha y se iba a dormir para volver a levantarse temprano e irse al trabajo.

Así que yo también era una niña cuando ese renacuajo llegó a nuestras vidas y a veces tuve que tomar el papel de madre para él.

Volvería a hacerlo, porque lo adoro, pero eso no quita que me toque muy pronto las narices.

—¿Ayudar a quién? —resopla Leo— Mamá, obligarnos a conocer a los hijos —me señala— y a las hijas —se señala a sí mismo— de tu interminable listas de amigas no sé en qué crees que nos ayuda. Por cierto —continúa antes de que mi madre pueda responder—, ¿cuántas amigas tiene? —pregunta mirándome a mí— ¿Esa lista no se acaba nunca?

Lo mismo me pregunto yo.

—¿Entonces qué hago? —indignada es poco.

—¿Dejarnos a nuestro aire? —mi hermano usa el tono de "¿no es evidente?"

—Tu hermana tiene canas y los treinta le van quedando cada vez más lejos.

Un sonido de indignación sale de mi garganta.

—¡Mamá! —me quejo.

Menos mal que aún no me he metido nada en la boca porque me habría ahogado.

—¿He dicho alguna mentira?

—Ya vamos a empezar —resopló—. Los tiempos cambian. Además, si algo me has enseñado es que estar sola no es malo.

Mi madre no tiene pareja, en el amor no ha tenido suerte. Mi padre nos abandonó nada más que se enteró que la mujer que para él solo había sido el polvo perfecto de un fin de semana estaba embarazada.

Desde el momento en que ella se lo fue a decir, ya no supo nada más de él. Así que mi madre, con ayuda de mis abuelos, siguió adelante con el embarazo.

Después de eso y de dejar el pueblo cuando yo era pequeña para intentar darme una mejor educación, nos mudamos todos a la ciudad. Mis abuelos fallecieron en un terrible accidente y mi madre se encontró sola y con una hija a la que criar.

Lo hizo bien y siempre se lo digo. Como le agradezco todo lo que ha sacrificado por mí.

Nunca quiso saber nada más de los hombres hasta que un día se enamoró de su jefe. Y la historia volvió a repetirse.

Esta vez no era el tonto del pueblo como fue mi padre, un donnadie que trabajaba en los cuatro chapuces que le salían y se la pasaba fumando porros (y aún sigue así, lo sé porque lo he visto un par de veces, mi madre me llevó hasta él), sino que el hombre que había concebido un hijo con ella era un respetable médico privado. Casado y con hijos.

Mi madre no elige bien, lo sé. Pero ¿qué se le va a reprochar?

Si mi padre le dio la patada, este segundo hombre ya la destrozó. Pero aun así luchó por nosotros, siempre, sin lamentarse un solo día por su decisión. O eso dice ella.

Y es por todo lo que ella ha pasado que Leo y yo no sabemos decirle que no y como un día accedimos, por contentarla, a conocer a…

Le dimos la mano a la Aurora y nos cogió el brazo entero.

Eso sin contar que por contentarla a ella, lloré yo.

—Malo no es, pero que a ti te agria el carácter…

Dejo el tenedor sobre el plato. A este paso no comeré. Mi hermano ríe y yo bufo.

—¿Te dio por mí hoy?

—No veo que os cueste tanto trabajo hacer lo que os pide vuestra madre después de todo lo que ha hecho por vosotros —habla de sí misma en tercera persona, dramatizando.

Bebe un poco de su copa de vino y mira al techo. Si eso no es ser la reina de la tragedia…

Además, tiene cara de eso, de dramática. Siempre haciendo mohines y arrugando la nariz cuando no le gusta algo.

La vida no la ha tratado bien y aunque a ella siempre le ha gustado cuidarse, los años, el estrés y la paliza laboral que se ha llevado su cuerpo han hecho mella en ella.

Sigue siendo guapa, siempre lo ha sido. Tiene una nariz fina y perfecta, unos rasgos delicados y unos preciosos ojos azules que ya podía haber sacado yo en vez de los marrones de mi progenitor.

La verdad es que ni mi hermano ni yo nos parecemos mucho a ella. Ni en el blanco de los ojos.

Ella es rubia. Nosotros morenos.

Ojos azules. Ambos con ojos marrones.

Pero sí hay algo que compartimos y es el sentido del deber y de la familia. La lealtad es algo sagrado para todo nosotros.

Y quizás, por eso, sufrimos tanto.

—Y obviando que eso es chantaje emocional de primera, te lo agradecemos mucho. Pero tengo una vida, él tiene otra. ¿Es mucho pedir que nos dejes encargarnos de ella? ¿O vas a estar toda la vida presionándonos para vernos con alguien que, a lo mejor, nos puede hacer infeliz solo para que tú te sientas mejor al saber que no estamos solos?

—No es eso.

—Pues eso es lo que estuvo a punto de ocurrir, ¿o no te acuerdas?

No me gusta hablar de ello y menos aún que parezca que la estoy

culpando por algo, pero cuando se pone cansina con el tema de emparejarnos a mi hermano y a mí, no tengo más remedio que usar todas mis armas.

Sé que me ha entendido y que no le ha gustado nada lo que ha oído porque su rostro se pone blanco.

—Eso es un golpe bajo —me recrimina.

—No, no lo es. Solo te lo digo para ver si de una vez por todas entiendes nuestra postura.

—Paula tiene razón, mamá. Estás un poco intensa con el tema.

Mi madre se queda en silencio, sé que está pensando y también sé que sabe que tenemos razón.

Pero la conozco como si la hubiera parido y eso no le va a impedir nada. Porque como a mi madre se le meta algo en la cabeza, más nos vale arrancarle la cabeza porque la idea siempre estará ahí.

—Está bien, vosotros ganáis, no volveré a hablar sobre ello.

Mi hermano y yo nos miramos a los ojos, ambos con las cejas enarcadas. No la creemos.

—¿Nunca? —pregunto.

—Jamás —asegura ella.

—¿Para la eternidad? —pregunta Leo.

—Sí.

Ya…

Me pregunto cuánto tardará en volver a hablar del tema. Yo creo que no me va a dar tiempo ni a tragar el pedazo de carne y champiñones que me acabo de meter en la boca.

¡Se admiten apuestas!

—¿Entonces trabajas este fin de semana?

¿A tragar? Ni tiempo me dio a masticar.

—Mamá —resoplo.

Otra vez la burra al trigo.

—Es solo porque me preocupo por ti, no malpienses.

—Aja…

—Y porque ya que estamos —carraspea y pasa la mirada de mi hermano a mí varias veces— ¿Ahora cómo le digo a mi compañera de croché que su hijo no…? —mira a mi hermano al ver mi cara de mala leche— ¿No podrías hacerlo por mi compañera de pintura? La pobre está perdiendo visión y no va a poder pintar pronto, tiene una depresión… —dice mirando a mi hermano— Y son tan buenos chicos…

Yo suspiro, no cambiará en la vida.

Y ahí comienza el suplicio de siempre. Nos toca escuchar qué dechado de virtudes son los personajes que nos ha buscado esta vez.

—¿Estás bien?

—Podría salir rodando, pero bien.

Cada vez que como en casa de mi madre termino igual, llenísima y sintiéndome como una vaca de gorda.

—No me refiero a eso y lo sabes.

Caminamos tranquilamente de camino a mi casa. No es tarde, pero mi hermano insistió en acompañarme.

“De todas formas me coge de camino”, había dicho. Y no me negué, me gusta pasar tiempo con él.

—Tengo mucho trabajo como para pensar en nada más.

—¿Ganaste el caso del que me hablaste?

—Sí. Te dije que lo haría.

—Siempre lo haces —coge mi mano y la entrelaza con su brazo.

—La abuela siempre hacía eso —le recuerdo.

Él sonríe. No llegó a conocer a los abuelos que me criaron cuando era

pequeña, pero siempre le he contado cosas sobre ellos y casi podría decirse que él las vivió también.

—También sabía cambiar de tema cuando le interesaba, ¿no?

Chico listo.

—¿Qué quieres saber exactamente?

—La verdad. Y no me vengas con que todo está bien. No lo estás y no eres la misma de siempre.

—¿Te trato diferente? —frunzo el ceño.

—A mí no, ¿pero eres igual con la gente? —niega con la cabeza— Todo aquello te cambió demasiado.

Me paro y miro a los ojos del atractivo hombre en que se ha convertido quien hace nada era un niño que corría tras de mí o que se quedaba dormido sobre mis piernas mientras yo estaba sentada en el sofá, estudiando.

—¿Me tiene que importar la gente? —suspiro largamente— ¿Qué quieres que haga?

—Quiero verte bien.

—¿Y no lo estoy? —señalo, bromeando, mi cuerpo serrano.

—No lo estás —me mira con seriedad a los ojos. Vuelve a colocar mi mano entrelazada con su brazo y volvemos a caminar—. ¿Te acuerdas del día que cogiste de los pelos a Vanesa?

Gimo. ¿Por qué me tiene que sacar a la luz momentos vergonzosos?

—Se lo merecía.

Mi hermano ríe a carcajadas.

—Solo me dio un beso en la mejilla.

—Era mi amiga y estaba corrompiéndote —no tanto así, pero joder, era mi hermano y quise matarla. Sabiendo que él estaba loquito por ella… Loca del demonio.

—En realidad me besó como consuelo tras rechazarme.

Me paro y lo miro con los ojos abiertos de par en par.

—¿En serio?

Él ríe y yo lo quiero golpear.

—Pero después de cómo te pusiste, no tuve el valor de decirte que habías malinterpretado la situación. No tenía ganas de ser el siguiente en llevarme una paliza.

—Debería dártela ahora —resoplo.

—Eres abogada, sabes que eso ya prescribió.

Lo miro malamente y él sigue riendo durante un rato. Hasta que la risa se le corta y vuelve a estar serio.

Leo es un bromista por naturaleza, le encanta el humor y hacer reír a la gente. Y odia ver a nadie llorar. Por eso sé que, muchas veces, le cuesta su trabajo, porque en él hay más lágrimas que risas.

El día que me dijo que de mayor quería ser médico, no me lo creí. Y me reí cuando me imaginé a mi hermano llorando a la vez que el paciente.

Pero lo hizo, lo logró. Se convirtió en el gran doctor que es hoy en día y aprendió, o al menos lo intenta, a manejar sus emociones.

Lo ha pasado mal en muchos momentos, sobre todo cuando no ha podido hacer nada por algún paciente. Sé que ha sido muy duro para él. Pero también lo he visto llorar de alegría cuando, en alguna ocasión, me ha contado cómo ha salvado a alguien. Y son esos momentos los que lo compensan todo.

Se ha convertido en un gran hombre y estoy muy orgullosa de él.

—Casi lo mato, ¿sabes?

Me paro y frunzo el ceño. ¿Leo? ¿Haciéndole daño a alguien?

—¿De qué hablas?

A mi hermano le cuesta mirarme, pero lo hace.

—Esa noche fui a buscarlo y lo golpeé. Lo dejé medio inconsciente, ni siquiera tuvo la oportunidad de defenderse.

Abro los ojos de par en par. No puedo creer lo que estoy escuchando.

—Leo, por Dios…

—Si Julen no llega a interferir lo habría matado.

—¿Julen?

—El manitas. Te hablé de él. Lo conocí esa noche, ¿sabes?

Ah, sí, recuerdo haber escuchado sobre él y sé que más de una vez ha comido en casa de mi madre. Y ella lo adora, además. Pero aún no hemos coincidido. Y tengo ganas de conocerlo porque sé que es un gran apoyo para Leo. Y me gustaría darle las gracias por estar ahí por y para él.

No soy tan mala persona como aparento, ¿no?

Aunque solo se lo dejo ver a quienes mantengo cerca. Y a ti, que me lees y me conocerás, quiera yo o no.

—Por eso no apareciste los siguientes días.

—Lo habrías sabido al ver mis nudillos.

—Joder, Leo —no me lo puedo creer.

—Sé que no debí hacerlo, pero en ese momento no pensé. Odié ver cómo te hizo llorar y me sentía impotente viéndote sufrir. Así que estamos a mano. Por el tema de Vanesa, digo —sonríe con picardía.

—Serás —le doy con la mano en el brazo.

Me coge la mano de nuevo, la coloca y seguimos caminando.

—No podía dejar que se fuese de rositas —susurra.

Le doy un apretón en el brazo.

—Tenemos que dejar todo aquello atrás.

—¿Serás capaz de hacerlo?

—¿Qué te hace pensar que no lo hice? —frunzo el ceño al mirarlo— Tengo una carrera exitosa, mira este cuerpo —me señalo de arriba abajo.

Soy una mujer normal y corriente, pero conozco mis virtudes. Y aunque no soy perfecta, como nadie lo es y aunque tengo mis complejos, no estoy del todo disconforme con mi cuerpo.

Claro que la edad hace estragos, pero nada grave aún.

Siempre me han dicho guapa y yo me miro en el espejo y me gusta lo que veo. Mucha gente me ha etiquetado de creída por ello, pero nada

que ver.

Ojalá todas nos mirásemos en el espejo y viésemos lo que valemos. La mujer necesita seguridad y nadie mejor que ella misma para dársela. Y todas, cada una de nosotras, vale. Y deberíamos de decirnos eso a nosotras mismas y a las demás.

Tengo una estatura normal y un cuerpo normal. Sé sacarme partido con la ropa y destacar mi pecho o mi trasero y ocultar las cosas que me gustan menos como mis muslos, más rellenitos de lo que me gustaría.

Y aunque por pedir, siempre pediría mejorar, seguiré mirándome en el espejo y creyéndome que yo lo valgo.

Como debes de hacer tú, porque lo vales y eres la primera que se lo tiene que creer y no permitir que nadie, nunca, te haga creer lo contrario.

—Os tengo a mamá y a ti —continúo—. ¿No te parece que dejé lo malo atrás?

—Mamá, cuando no está buscándonos pareja, está en clases de croché o de pintura o de baile.

Sonrío. Mi madre es un manojo de nervios, un torbellino, nunca para quieta.

Y me alegro. Trabajó demasiado, ahora que Leo y yo somos mayores y nos valemos por nosotros mismos, ella tiene tiempo para sí misma.

Que lo gaste como quiera.

—A ver si se apunta a más actividades y se queda sin tiempo para organizarnos la vida.

—Sería al contrario, Paula. Porque a cuantas más se apunte, más gente conocerá. A este paso conoceremos a todos los solteros de la ciudad —gime.

Suelto una carcajada.

—Eso es verdad. ¿Y si la internamos?

—Créeme, aún no se puede. Pero estaré pendiente para cuando llegue el momento.

Lo dice tan serio que tengo que reírme. Él hace lo mismo. Si es que lo adoro. Ha conseguido eliminar, en un rato, toda la tensión que aún se apoderaba de mi cuerpo después del día que tuve.

Nada más pensar en ello, me hace tensarme otra vez.

Recordar los huevos estallando sobre mí, el susto que me dio ver el arma que, aunque eléctrica, acojona igual.

Ese imbécil tocapelotas.

Mi hermano me mira, su cara preocupada. Debe de haber notado mi cambio de actitud.

—¿Quieres que nos emborrachemos?

Me río. Sé que está bromeando, pero me hace gracia.

—¿No habías quedado?

—Con Julen —afirma—. Lo puedo dejar tirado o te puedes apuntar con nosotros. Así os conocéis de una vez.

—Ni una cosa ni la otra.

—¿Por qué no? No nos vendría mal después de oír las virtudes de los nuevos candidatos de mamá.

Llorando de la risa estoy.

Es el mejor, de eso no hay duda.

Sobre todo el mejor animándome y espero que siempre sea así, que no cambie nunca.

También espero que sea feliz. Que conozca a alguien y que nunca sufra. Que el corazón no se le convierta en piedra después de rompérsele en pedazos y lo convierta en lo que yo soy ahora.

Suspiro y Leo carraspea un par de veces antes de hablar.

—Si te ocurre algo, puedes contármelo. Eso lo sabes también, ¿verdad?

Sonrío. De verdad que es el mejor, aunque a veces quiera estamparle el puño en la cara.

—Estoy bien.

—¿Hay alguien, Pau? O de verdad no te apetece conocer a nadie.

¿Pareja, yo?

Ni de coña.

—¿Vas a parecerte a mamá? —gimo.

—Nooooo —ríe—. Solo pregunto por curiosidad. No me meteré en tu vida, tranquila.

—Bien, porque no puedo con una, imagina con dos.

—Es intensa, ¿eh?

—Mucho —río sin poder evitarlo.

—Pero en el fondo tiene razón.

—Leo —le advierto.

—Es verdad.

—¿En qué? —pregunto unos segundos después, al ver que se quedará en silencio hasta que lo haga. Y es un silencio tenso e incómodo, además.

—En que tienes canas y la treintena queda lejos, ¿eh? A este paso olvídate de ser madre.

Un grito ahogado sale de mi garganta y le doy con la mano abierta en el brazo.

—¡Serás capullo! —estoy indignadísima y él muriendo de la risa— A mí, al menos, no me salieron las canas hasta los treinta, ¡pero tú naciste con ellas! —exclamo.

—Y me quedan súper bien, ¿no crees? Todas me dicen que es sexy.

—¿Y en mí no?

Me mira el pelo, un mohín en sus labios y arruga la nariz, como hace mi madre.

—Yo creo que un par de años de tregua te dan.

Leo suelta una sonora carcajada cuando le doy más fuerte y pone su brazo alrededor de mis hombros. Me da un beso en la cabeza.

—Es broma.

—Lo sé —me río—. Pero eres un capullo.

—Pero te hago reír.

Eso es verdad.

Y agradezco esos momentos con él, me dan vida.

Pero se acaban pronto.

Y tengo que despedirlo y volver a mi oscura y solitaria vida.

Y entonces, solo por un fugaz instante, echo de menos esos momentos en los que llegaba y había alguien en casa, esperándome. Ya fuera mi madre, mi hermano o él.

Quien me rompió el corazón. Él, quien junto a ella me convirtió en el ser desagradable y desconfiado que soy con la gente. Esos que me rompieron en mil pedazos al traicionarme de la peor manera.

Esos a los que jamás podré perdonar.

Suelto de mala manera el pequeño oso de peluche que tengo en las manos y me limpio, con rabia, las lágrimas que caen por mis mejillas.

Odio llorar. Y lo odio aún más cuando lo hago por culpa de ellos.

Esta soy yo, alguien que odia la soledad tanto como la ama. Alguien que odia el ser fría, directa y desagradable tanto como lo necesita para vivir.

Alguien que muestra todo lo contrario a lo que en realidad siente.

Alguien que muestra ser quien en realidad no es.

Capítulo 5

Julen

—¡Un whisky seco aquí, por favor!

Esa voz me llama la atención. Miro hacia allí y me quedo a cuadros.

Así que volvemos a vernos.

Termino de servir a mi cliente y le quito la botella a mi compañero.

—Yo le sirvo.

Sin rechistar, se va a atender a otro cliente.

Ella resopla, señal de que me ha reconocido y no se corta en mostrar cuánto le desagrada verme.

A mí no me desagrada en lo más mínimo.

¿Me sorprende? Sí. ¿Pero disgustar, incomodarme, molestarme o alguno de los sinónimos de desagradarme?

No.

Al contrario, no puedo decir que me hace ilusión después de cómo terminamos esta mañana. Me trató como a la mierda. Pero me hace sonreír el tenerla, de nuevo, frente a mí.

Soy idiota, ¿no?

Se ha cambiado de ropa, como es normal. Ya no viste como la típica abogada, ahora luce más informal. Un jersey y unos vaqueros.

Le sienta bien este estilo.

Pongo un vaso sobre la barra, frente a ella y lo lleno.

—Estás en todos lados —coge el vaso y se lo bebe de un sorbo.

Enarco las cejas, casi me llegan al nacimiento del pelo. Vaya, sí que es dura.

Tras arrugar la nariz y poner cara de asco, mueve el vaso que tiene en la mano, pidiéndome, en silencio, que vuelva a llenarlo.

Y debería hacerlo, también, en silencio.

—¿Toleras bien el alcohol?

Esto no es lo que tienes que hacer, Julen.

En esta ocasión, es ella la que enarca las cejas.

—¿Es ese tu problema? Pensé que un camarero solo tenía que limitarse a servir lo que el cliente le pedía. ¿O no te han enseñado que hay una línea que no se puede cruzar?

Y yo la he cruzado con ella más de una vez.

¿Por qué? A saber.

Aprieto los labios y vuelvo a servirle, pero esta vez la mitad de lo de antes. Una sonrisa irónica en sus labios.

—No debes de tenerle mucho aprecio a tu trabajo si te lo juegas de esta manera.

Viendo que no le respondo, coge el vaso, lo agita un poco y le da un sorbo pequeño. Lo suficiente para mojarse los labios y saborearlo. Una mueca de asco y deja el vaso sobre la mesa.

No está bien, eso es evidente. Además, la gente no va a beber sola porque esté celebrando algo. Va porque quiere olvidar algo.

Y siendo ella, sé qué es.

—Si te pido que dejes la botella no lo harás, ¿verdad? —levanta la mirada para encontrarse, de nuevo, con la mía— Ya —ríe—. Tranquilo, no la quiero. Ni siquiera quiero emborracharme, solo olvidar un poco —le da otro pequeño sorbo y deja el vaso sobre la mesa, pero no lo suelta. Al contrario, lo tiene agarrado con las dos manos.

¿En qué piensa?

Está así por lo que ocurrió esta mañana, ¿verdad?

Le afectó más de lo que, seguramente, ella misma quiere reconocer.

Se queda observando el vaso, quizás mirándolo sin mirar, solo dejando divagar a su mente.

—Julen, ¿todo bien? —pregunta el compañero que atiende, conmigo, detrás de la barra.

—No le sirvas nada, yo me encargo de ella —señalo a la mujer que, por alguna razón, la vida vuelve a ponerme delante.

Mi compañero la mira y me mira a mí después.

—Bien —acepta, encogiéndose de hombros. Sin preguntar. Sin rechistar.

Y lo agradezco. Porque si tuviera que responder con la verdad a las preguntas que seguramente me haría, me denunciaría por loco. Porque es lo que parezco.

Pero esta mujer…

¿Qué demonios me pasa con ella?

Dos horas después, me sigo preguntando lo mismo.

Sentado en una de las mesas, tomándome un descanso, permanezco pendiente a ella. No he dejado de mirarla ni un segundo.

Lleva tiempo ahí, con un pequeño oso de peluche que es un llavero en una mano y con el vaso de whisky que le serví por segunda vez sin terminar en la otra.

Su mirada pasa del vaso al llavero, suspira y vuelve a encerrarse en su mundo.

—¿Me esperaste mucho?

Leo se deja caer en el taburete de enfrente y le hace señas al camarero que pasa por aquí.

—Un whisky seco, por favor.

Vaya, otro igual. No recordaba que él siempre pide eso.

Casualidades de la vida.

—¿Crees que tuve tiempo? —con el vaso de refresco que tengo en la mano, señalo el lugar.

Es tarde y aún hay gente. Y no parecen tener intenciones de irse. Así

que, como ocurre siempre, nos tocará “obligarlos” a marcharse cuando cerremos.

—Es un lugar de moda, ¿qué esperas?

—Que siga así mucho tiempo —lo gano bien aquí— ¿Qué hay de ti? ¿Por qué tan tarde? ¿Se alargó la cena familiar?

—Acompañé a mi hermana a casa —tras un gracias al camarero, se bebe medio vaso de una sentada y vuelve a recordarme a esa mujer a la que no pierdo de vista—. Insiste en que está bien, pero no sé.

—¿Mal como para destrozarte los nudillos de nuevo?

Ese día conocí a Leo. Yo iba de camino a casa después de trabajar y me encontré a un hombre en el suelo, sobre otro, golpeándolo sin parar. El otro apenas podía moverse y me costó la vida separar a Leo de la víctima.

Escupiendo sangre y con la cara hinchada, el hombre se marchó como pudo mientras Leo lo amenazaba de muerte. Ese mismo Leo que, rato después, se dejó caer en el suelo y comenzó a llorar como un niño pequeño.

Me quedé con él, lo curé y lo escuché. Y desde entonces ambos hacemos lo mismo por el otro.

El hombre con la cara destrozada, quien me enteré después que había sido su cuñado, no presentó cargos y el tema quedó ahí. Pero ninguno de nosotros dos ha olvidado el incidente.

—No, mis nudillos valen mucho más que ese desgraciado.

Menos mal que lo entiende. Las manos lo son todo para un doctor.

—Tú y tu excesiva preocupación por tu hermana mayor.

—¿Tú crees? —pone una mueca de disgusto.

Y yo frunzo el ceño. Algo me resulta familiar.

— Puede ser —continúa—. Gajes del oficio de ser hermano.

Será… Todos los hermanos son iguales, al parecer.

Yo soy hijo único. Mi madre falleció de cáncer cuando yo era pequeño y mi padre nunca se volvió a casar. Tenía sus devaneos, ¿pero algo

serio? Ni siquiera como para presentarme a nadie.

Se dedicó en cuerpo y alma a su trabajo.

Así que nunca pude experimentar lo que es tener a un hermano o a una hermana a quien proteger, a quien ayudar o con quien pelearme.

Ni siquiera sé lo que es una familia. Desde que mi madre murió, la soledad se convirtió en parte de mi mundo.

—Y, para colmo, mi madre tiene nuevos candidatos.

Me río, esa mujer es todo un personaje. Siempre intentando emparentar a sus hijos y no me ha intentado emparentar a mí porque no me ha visto demasiado, sino me convertiría en otro objetivo para ella. De eso estoy seguro.

—Es su hobby, ¿qué os cuesta darle el gusto?

—No me toques la moral que le recuerdo que estás solo.

—Y una mierda, es tu madre, a mí me dejas fuera.

—Ponme a prueba y verás.

Levanto las manos en señal de rendición.

—Te apoyo en todo.

—Más te vale —ríe—. Aunque pensándolo detenidamente…

—No —le advierto.

Lo piense como lo piense, a mí no me mete nadie en esos jaleos.

Para eso ya está Leo, quien por mucho que proteste, como es un picaflor, terminará accediendo a conocer a cualquier mujer soltera disponible y dispuesta.

Yo, en eso, soy diferente. Yo necesito mucho más. Espero mucho más.

Quizás demasiado.

Mis ojos se posan en la mujer que sigue sentada en la barra y me pregunto qué tipo de mujer es en este sentido.

¿Busca a alguien?

¿No lo hace?

¿Desencantada del amor?

¿Huye del amor?

Que esté aquí sola puede ser la respuesta.

¿O pelea de enamorados quizás?

¿A mí qué me importa, ya que estamos?

Vuelvo a mirar a mi amigo y junto mis cejas.

—¿Qué?

—¿Qué de qué?

—¿Por qué me miras así?

—¿Cómo te miro?

—Así —me señala con el dedo y pone cara de horror.

Pongo los ojos en blanco.

Exagerado.

—Pensaba en tu hermana —miento.

—¿Por qué deberías de pensar tú en mi hermana?

Pongo los ojos en blanco al escucharlo a la defensiva.

—¿Por qué habría de hacerlo? Me refiero a por lo que tanto te preocupa de ella.

—Ah… —aliviado.

—Dale un poco de espacio y de tiempo. No la conozco, pero por lo que sé es una mujer fuerte. Confía un poco más en ella.

—Que sea tan fuerte es lo que me preocupa —bufa—. No se permite caer.

Miro por encima de su cabeza a la mujer que está en la barra y aunque no la conozca, es como si la describiera a ella.

—Pero lo hace, como todos —bebo un poco de mi vaso.

—Me preocupa, eso es todo. Lo ha pasado muy mal y me gustaría verla feliz, con alguien que la valore de verdad.

—Pues viendo cómo actúas solo al escuchar que alguien piensa en ella, no sé yo hasta qué punto la quieres ver con alguien y no eres el hermano neandertal controlador.

—Eso es porque me asustaste porque eres tú. No puedes pensar en mi hermana.

Enarco las cejas.

—¿Y por qué no, si puede saberse? —voy a picarlo un poco.

—Joder, tío, porque eres mi mejor amigo, sería raro.

—¿No soy un buen tío o qué? ¿O lo soy pero no tanto como para ser digno de ella?

Leo rueda sus ojos.

—No he dicho nada de eso. Sería extraño, nada más. Además, mi hermana te saca más de una década, no seas degenerado.

—Me gustan mayores —sonrío, burlón.

—Que te den.

—Ya me dio curiosidad. ¿Cuándo dices que la voy a conocer?

—Jamás —dice rotundo.

Suelto una carcajada. El hermano protector en toda su esencia.

—Me hieres —me quejo.

—¿Por ser sincero?

—Por tenerme en tan baja estima.

—Por tenerte en alta es que sería algo que me daría miedo. Porque ¿qué sería de mí cuando dos de las tres personas que más me importan en la vida se peleen? Que no, tío, que a ti no podría romperte la cara y tendría que estar siempre del lado de mi hermana —suena muy estresado.

Y me está haciendo reír como nunca.

—Cualquiera diría que ya habías pensado en esa posibilidad.

—Eres el mejor tipo que existe, claro que lo hice —escupo el refresco porque lo está diciendo en serio—. Pero… —niega con la cabeza— No sé, yo seguramente terminaría loco y no me compensa.

—Loco estás ya —llorando de la risa estoy—. No te preocupes, que no me interesa tu hermana.

Y, sin poder evitarlo, miro fugazmente a esa otra loca que me está desestabilizando mentalmente a mí.

—Menos mal. Porque también me preocupo por ti. Y mi hermana muy normal no está. Déjalo, no quiero verme en una encrucijada.

—No te pondré en ella. Con aguantarte como amigo es suficiente.

—Somos algo más. Eres mi bro y te quiero por ello.

—Bromuro es lo que te voy dar — él suelta una carcajada.

Vuelve a poner esa mueca que me llama la atención.

—¿De nuevo qué? —enarca las cejas.

—Pon esa cara otra vez.

—¿Qué cara?

—La que pusiste antes —intento hacer lo mismo, pero no me sale—. Algo así.

—¿Qué haces? —mira al techo y suelta otra carcajada.

—Vamos —me levanto un poco para poder coger su cara entre mis manos y se le corta la risa. Pero es que hay algo en ese gesto que me llama la atención y no sé qué es—. Hazlo otra vez.

—Quita, coño —me da un manotazo en cada mano para que lo suelte—. Me vas a arruinar la noche.

Miro al cielo. El ligón de turno no cambia. Para relaciones serias no, pero para rollitos de una noche sin compromiso es el primero, ¿eh?

Pongo la palma de mi mano en su mejilla y lo miro pícaramente.

—Ponla o te la jodo de verdad.

—¡¿Pero qué haces, hombre?! —se levanta de un salto y yo no puedo evitar reír. Mira a la chica a la que sé que le había echado el ojo y resopla. Seguramente porque ya no lo mira— ¿Contento?

Sonrío al ver de nuevo esa mueca, conseguí lo que buscaba. Pero mi mente no es capaz de recordar por qué me está llamando la atención. Es algo que he visto muchas veces en él, ¿y en quién más?

—¿Te vas?

—Vuelve al trabajo y déjame ligar en paz —refunfuña mientras se

marcha.

Riendo, me termino el refresco y me levanto. Adiós a mi descanso, es hora de volver a trabajar.

Miro a la mujer de la barra, esa a la que he mirado más de lo que debería.

Desde que la vi desaparecer por las puertas del edificio donde trabajo, intenté quitármela de la cabeza.

Complicado. O imposible.

Lo intenté con todas mis ganas, pero parecía ser que su imagen se había grabado a fuego en mi memoria. Y eso me hizo estar tenso todo el día.

También me pregunté si la volvería a ver. El trabajo en ese edificio no terminó, por lo que puede ser posible que nos encontremos, ¿no? Esa es la conclusión a la que llegué mientras le daba vueltas y vueltas a la cabeza y esa irritante mujer seguía en mi mente durante todo el día.

Menos mal que por la tarde parecía que mi mente volvía a relajarse y que no estaba pensando en escenarios supuestos.

Y justo cuando pensé que ya ella se me había borrado de la memoria y justo cuando estaba seguro de que nuestros caminos, quizás, no se volverían a cruzar jamás…

Aquí está ella. Cerca de mí. Hasta hace poco frente a mí, bastante cerca.

Y volviéndome loco. Porque ¡no sé qué demonios me provoca esta mujer!

¿Me convierte esto en un degenerado, como dicen Leo? Porque esta mujer es bastante más mayor que yo y aquí estoy, pensando en ella.

¿Exactamente de qué manera?

Joder, ni yo lo sé. O, mejor dicho, ni yo me quiero reconocer a mí mismo que llama mi atención de una manera diferente.

Dejo mis pensamientos a un lado y centro, de nuevo, toda la atención en ella, que sigue mirando al vaso.

Mirando a la nada.

Suspiro. ¿Hasta cuándo va a estar así?

Pongo la mano en mi nuca, muevo el cuello hacia un lado, hacia el otro y siento un alivio intenso cuando cruje un poco. Mi cuerpo está tenso y cansado y necesito tumbarme en la cama ya.

Y un masaje. Un masaje me vendría muy bien.

Últimamente estoy trabajando demasiado y me está pasando factura. Aunque prefiero el dolor físico, así mantengo a mi mente a raya.

Acelero un poco el paso, qué ganas tengo de llegar a casa. Estoy un poco lejos, pero no demasiado como para utilizar algún medio de transporte diferente a mis piernas.

Vivo alquilado en un pequeño piso en un barrio obrero desde hace un tiempo. Desde el día en que metí algunas de mis cosas en la mochila y me fui de casa.

Pasé por momentos difíciles, pero hoy en día todo es más llevadero.

“Tiempo” me decía Leo desde que le conté mi historia. Y yo pensaba que era idiota, que ya había pasado un año desde aquello y que nada había cambiado.

Todo seguía siendo una mierda.

Pero desde hace unos meses hasta ahora entiendo que tenía razón.

El tiempo no te hace olvidar lo que te ha marcado en la vida, pero sí suaviza un poco las emociones. No vas a olvidar un amor, pero sí podrás seguir sin llorar cuatro veces diarias (a lo mejor solo lloras tres). No podrás olvidar al ser querido que perdiste ni cuánto te duele esa pérdida, pero sí conseguirás sobrellevarla un poco mejor.

No es fácil y parece imposible, pero se consigue. Por lo menos se aprende a vivir con ello sin destruirse por completo a uno mismo.

Y aunque esas cuatro paredes entre las que vivo siguen sin sentirse como mi hogar, al menos ya puedo permanecer allí más tiempo que al

principio, cuando parecía que se movían y que terminarían aplastándome, asfixiándome.

Me di cuenta que la casa tampoco era el problema, sino yo. Y que cuando uno no está bien, nada lo está.

Conclusiones a las que uno llega cuando pasa una experiencia dolorosa solo con la compañía de su mente y de sus demonios internos.

Necesito un descanso en muchos sentidos.

El día ha sido largo y por culpa de cierta persona, mi mente ha estado alterada todo el día. Persona que, por cierto, de un momento a otro desapareció del pub.

Un segundo la perdí de vista mientras atendía a otro cliente y cuando volví a mirar, ya ella no estaba.

Había vuelto a desaparecer y sentí un nudo en la garganta al preguntarme si la volvería a ver. Porque parecía que la vida volvía a ponerla en mi camino, pero al final no. Volvió a quitarla de él.

El repiquetear de unos tacones llama mi atención segundos después cuando lo que se escuchaba como pisadas lentas se convierten en algo más rápido. Casi pareciera que alguien está a punto de correr.

Me pongo en alerta, todos mis instintos se activan y camino hacia donde proviene el sonido. Entro en un pequeño callejón y veo la sombra de una mujer pasar a toda prisa; no he podido salir de él cuando veo cómo alguien pasa tras ella y, seguidamente, el grito desesperado de una mujer.

Maldita sea.

Echo a correr, mi corazón latiendo con fuerza y toda clase de terroríficos escenarios formándose en mi mente.

Salgo del callejón y doblo la esquina. El lugar está oscuro, pero puedo distinguir que un poco más adelante hay una mujer agachada, tapándose la cabeza y gritando a todo pulmón.

Frente a ella, un tipo encapuchado que alertado por los gritos de los vecinos que se han asomado a las ventanas, sale corriendo.

Menos mal que ni tiempo ha tenido a tocarla.

—¡Hijo de puta! —exclamo y echo a correr para hacer desaparecer la poca distancia que nos separa— ¡Llamen a la policía! —grito a todo pulmón.

Sé que lo harán, seguramente alguno ya lo hizo e incluso bajarán para ayudarla. Por fortuna, en este mundo hay más gente buena que mala.

Corro tras el desgraciado que se ha atrevido a asustar a alguien de esa manera; salimos a la calle principal.

Tengo que coger a ese cabrón.

—¡Mierda! —grito cuando el claxon de un coche evita que termine bajo él.

Veo cómo el hombre huye y siento que me llevan los demonios. Respirando agitadamente, me giro. Golpeo el tronco de un árbol cercano y apoyo, un instante, mis manos sobre mis mejillas, agachándome un poco.

Joder, el hijo de puta se me escapó.

Me incorporo y vuelvo sobre mis pasos. No tardo en llegar donde está la mujer aún agachada. No grita, solo solloza.

Algunos vecinos, en pijama o con sus batas, llegan a la misma vez que yo. Les hago señas para que no se acercan demasiado y para que guarden silencio.

Ella necesita su tiempo para recuperarse del momento que acaba de pasar.

Respiro profundamente, dejando el enfado y la impotencia que siento a un lado. Necesito centrarme solo en ella.

Me acerco con lentitud y no tardo en darme cuenta de que hay algo familiar en ella.

Joder, conozco a esta mujer.

Un nudo se forma en mi estómago. ¿La vida me está gastando alguna especie de broma o qué?

¿Tengo que volver a encontrármela en una situación así?

Me agacho rápidamente, sobre mis rodillas y algo alejado de ella. Evito tocarla sabiendo que puede ser peor, aunque es lo único que yo necesitaría hacer en este momento.

—No voy a hacerte daño – noto cómo su cuerpo reacciona y chilla.

—¡Socorro! ¡Ayuda!

Maldito… ¿Cómo se ha atrevido a hacerle esto?

—Soy la ayuda. Créeme —intento hablarle calmadamente y con seguridad en la voz—. Ya nadie te persigue. Ahora estás a salvo. No estás en peligro; estoy aquí para ayudarte. Respira y mírame cuando te sientas segura. Somos muchos aquí y todos estamos para protegerte, no dejaremos que te hagan daño —cojo un poco de aire y uso el as que tengo bajo la manga—. No dejé que el loco de la pistola te hiciera algo. Sabes que puedes confiar en mí, yo no te haré daño.

Ella no tarda en levantar la cabeza cuando escucha eso y el alivio se apodera de mí.

Aun sabiendo que es ella, me quedo sin aire al verla. La sorpresa en su cara, igual que en la mía.

—Tú —susurra con los ojos llenos de lágrimas y las mejillas mojadas de ellas.

¿Es alivio lo que escucho en su voz? Porque eso es, exactamente, lo que siento yo al ver que está sana y salva.

Sí, soy yo. Afortunadamente soy yo y he llegado a tiempo.

Está temblando, lo veo. Y no puede controlar las lágrimas que salen de sus ojos. Siento que algo se me rompe por dentro.

—Conmigo estás a salvo —le prometo.

Un sollozo sale de su garganta y se deja caer, sentándose en el suelo. Se tapa la boca con las manos. Aprieto los dientes, maldiciendo al cabrón que la ha convertido en esto. Maldiciéndome a mí mismo por no haber sido capaz de coger al desgraciado que la ha asustado y que la ha puesto en este estado.

Sin pensar en lo que hago, me levanto y me acerco a ella.

—Conmigo estás a salvo —vuelvo a jurar.

Y le ofrezco la mano.

Ella levanta la cabeza y esos ojos marrones me miran de una manera que soy incapaz de describir. Como tampoco puedo explicar lo que siento cuando no tarda en poner su mano sobre la mía.

No ha dudado ni un segundo.

Sus ojos ya me habían mostrado que me cree. Cree en mí.

Y eso me hace perder el control.

Agarro su mano con la fuerza necesaria para tirar de ella, levantarla y rodearla con mis brazos. Noto cómo se queda tensa por la sorpresa, al fin y al cabo soy un desconocido para ella.

Alguien a quien no conoce la abraza después de vivir una experiencia de puro terror. Alguien que esa misma mañana también la vio pasar miedo.

Levanto una de las manos y la colocó sobre su cabeza, acomodándola, haciendo que la esconda entre mi cuello y dejo que llore todo lo que necesite.

Con la otra mano, la que tengo ahora alrededor de su cintura, la pego más a mí. La metería dentro de mí si pudiera.

Siento la jodida necesidad de protegerla.

No quiero soltarla nunca.

Las manos de ella permanecen inertes, caídas a cada lado de su cuerpo. Pero con la intensidad con la que llora sé que se aferra a mí.

Y esta mujer no se hace una idea de lo que eso provoca en mí.

—Estás a salvo —susurro y acaricio la parte baja de su espalda y su cabeza—. Respira.

Asiente y permanecemos así unos segundos. Hasta que hace el amago de separarse de mí y, aunque me cueste porque no quiero separarme de ella, dejo que lo haga, pero la mantengo cerca. Pongo mis manos en sus hombros y la miro a los ojos mientras lucho mentalmente por no tocar su rostro y limpiar yo mismo las lágrimas que lo mojan.

Lucho conmigo mismo por no deshacerme de esa lágrima que cae sobre sus labios.

Maldigo mentalmente, no es momento para este tipo de pensamientos.

¿Estoy enfermo o qué?

Vuelvo a concentrarme en sus ojos. Odio ver el miedo en ellos.

—No sé por qué estoy así —intenta hablar sin llorar—. No soy una mujer que llore por cualquier cosa.

Sonrío, no puedo evitarlo. Esa es la mujer que conocí horas atrás. Su extrema fortaleza volviendo a apoderarse de ella.

Lo que ha vivido no es cualquier cosa. Un tipo la estaba persiguiendo en una calle vacía y no demasiado iluminada.

Eso es terrorífico.

Y si a eso se le suma lo que le ocurrió horas antes… Porque ella puede lucir todo lo fuerte que quiera, pero debería de entender que no lo será menos por llorar o por demostrar miedo.

Eso también es un signo de valentía. Como lo es el pedir ayuda y el permitir que te protejan.

Quiso aparentar que lo de esta mañana no fue nada y que no le afectó, pero no es cierto. Y yo sabía que era imposible que lo fuera.

Es fuerte. Mucho. Solo hay que mirarla para saberlo. Pero es humana, ¿no?

Levanta la barbilla, convirtiéndose en la mujer que conocí esta mañana y yo sonrío aún más. Se separa un poco, pero no deja de mirarme a los ojos.

—¿Por qué sonríes? Es cierto, yo no suelo llorar.

Se limpia las lágrimas que mojan su cara con las manos rápidamente.

Entonces ya no sonrío, me río.

—¿Qué? —pregunta indignada— Un mal momento lo tiene cualquiera, solo eso.

Niego con la cabeza, ni siquiera ahora va a admitir en voz alta que está asustada.

—No tenías que liarla tanto para conseguir mi número. Con pedírmelo habría sido suficiente —abre los ojos de par en par, su cara

horrorizada y yo evito soltar una carcajada—. Nunca había llegado nadie tan lejos por mí, pero gracias —sonrío ampliamente—. Me siento halagado. Y no te preocupes —digo rápidamente cuando la veo abrir la boca para hablar, seguramente para mandarme a la mierda—, aunque la primera vez te haya visto bañada en huevo y en esta ocasión… —la señalo— Tampoco estés en tu mejor momento… Aun así te lo daré.

—¡¿Pero qué…?! —quito mis manos de encima de su cuerpo y las coloco detrás, a mi espalda, entrelazadas para evitar que, por voluntad propia, vuelvan a tocarla.

—Así la próxima vez que estés en peligro solo tienes que llamarme y no llegar a cosas tan extremas para llamar mi atención.

Los ojos se le van a salir de las órbitas y la barbilla le va a llegar al suelo.

Un grito de indignación sale de su garganta y se separa más de mí. La mano en el pecho, está completamente horrorizada por lo que acabo de decir.

Y es normal, porque no es algo que deba de decírsele a nadie en este tipo de situaciones. Pero ella no es nadie. Ella es alguien muy especial y que estoy seguro que prefiere algo así a sentirse avergonzada porque la haya podido ver sin la barrera con la que suele enfrentarse a la gente y al mundo.

No ayudaría ni a su orgullo ni a su dignidad.

Al menos es la impresión que yo tengo de ella con lo poco que la conozco, nada en realidad, y sé, casi con certeza, que no me equivoco.

—¡No te llamaría ni aunque fueras el último hombre sobre la faz de la tierra!

—¿Eso es un reto? —enarco las cejas, pícaro y divertido.

—¡¿Qué reto ni qué leches?! —descompuesta está— Yo… Yo… —solo entonces mira alrededor y ve la gente que se ha congregado allí y su cara pierde el poco color que tenía.

Me mira con ojos horrorizados.

—Sácame de aquí —enarco las cejas al escuchar su orden—. Por favor —casi suplica al ver mi gesto.

—Y sin haberte dado mi número de teléfono —bromeo y ella me mata con la mirada—. Bajaron a protegerte mientras yo perseguía a ese desgraciado —aprieto la mandíbula con fuerza—. No pude cogerlo —le confieso, enfadado conmigo mismo por ello.

—Gracias —dice para mi sorpresa y no es ironía, de verdad suena agradecida—. Ahora, por favor, sácame de aquí —suena aún más desesperada cuando las sirenas de los coches de policía se escuchan cerca.

—Esta vez tendrás que denunciar.

—¿Para qué? No sirve de nada. Créeme, lo sé muy bien.

Cuántas cosas habrá visto por su profesión. Las mismas que yo, quizás.

—A lo mejor sirve de mucho. A lo mejor cogen a ese cabrón y evitan que pueda hacerle esto a alguien más. A saber lo que te habría hecho si no llego a aparecer.

Me mira con los ojos anegados en lágrimas, esas que sé que no permitirá que salgan esta vez.

—Solo quiero irme a casa y olvidarme de todo.

—¿De verdad es eso lo que quieres? A lo mejor es el mismo tipo de esta mañana, ¿te arriesgarás a que haya una tercera vez y a ver si tu ángel de la guardia evita que te ocurra algo? ¿Eso es lo que quieres?

Nos quedamos así, mirándonos el uno al otro, hablando sin necesidad de palabras.

Entiendo lo que está pasando, pero ambos sabemos que esto no puede dejarse pasar. Tiene que denunciar tanto lo de esta mañana como lo de ahora.

Y ella lo sabe.

—Dejen paso —al parecer, la policía ha llegado—. ¿Qué ha ocurrido aquí?

Me giro para encontrarme, de nuevo, cara a cara con él.

Alberto me mira, sus cejas enarcadas. Mira a la mujer que ahora está a

mi lado y eleva sus cejas mucho más.

— Supongo que ahora sí os conocéis.

¿Podría decirse así?

Capítulo 6

Paula

En una comisaría de policía y no como abogada. Esto sí que es algo nuevo para mí.

Él tenía razón y yo lo sabía. Esta vez no lo podía dejar pasar. Esta vez tenía que tomar medidas. Así que aquí estoy, con la denuncia redactada en las manos para leerla y firmarla.

Leo con tranquilidad los hechos que detallé lo más precisamente posible y que han redactado a la perfección, plasmo mi firma en el papel y me levanto de la silla para marcharme después de despedirme del agente que se ha encargado de mí.

—La mantendremos al tanto de todo.

—Gracias —le estrecho la mano y salgo fuera de la comisaría.

Allí, fuera, está el hombre que ya me ha salvado del desastre dos veces. Con las manos en los bolsillos y mirando al frente.

Me quedo un momento tras él, mirándolo.

Es un poco más bajito que mi hermano, pero no demasiado. ¿Metro ochenta y ocho o así? Delgado pero atlético y con un aura de seguridad que no he visto en mucha gente.

Mueve la cabeza y puedo mirar su perfil. Una delgada y fina nariz en el rostro de un hombre adulto con rasgos aniñados. Tiene la mandíbula apretada y sus labios, esos que he visto sonreír de manera burlona al meterse conmigo están, también, apretados con fuerza.

¿Qué le ocurre? ¿La tensión y el cansancio?

Está más guapo cuando sonríe, aunque sea burlonamente.

¿Más qué? Espera, ¡¿qué?!

Paula, por Dios, céntrate y deja las estupideces a un lado que es un niño.

Me paro a su lado y noto cómo se envara. ¿Por qué tan tenso de

repente? Esta vez no he sido desagradable, al contrario. Además, le he hecho caso y he puesto la denuncia, ¿no? ¿Entonces por qué esa actitud en vez de usar el sarcasmo, la ironía o de tocarme la moral?

Quizás está hasta el cogote de mí, lo cual sería comprensible.

Pues también es verdad.

Además, tampoco me he comportado del todo bien con él, las cosas como son. Puedo ser la persona más insoportable del planeta, pero sé ser objetiva y sé reconocer cuando fallo.

Que pida perdón por ello ya es otro tema, porque no todos merecen escuchar esas palabras saliendo de mis labios.

Pero él no es todos.

—No he sido del todo justa contigo y me disculpo por ello —trago saliva, nerviosa—. Te estoy muy agradecida, me salvaste dos veces. No cualquiera lo haría por una desconocida.

Lo miro de hito en hito cuando hablo y noto cómo al final de mi frase aprieta más la mandíbula.

A este paso se rompe los dientes, mínimo.

—Lo haría por cualquiera —me dice.

Supongo que sí, que será cierto. Pero no sé por qué no me gusta escucharlo en este momento. O con ese tono.

—Aun así gracias de nuevo.

Voy a bajar las escaleras de las afueras de la comisaría cuando él me para. Su mano sobre mi brazo.

—¿Cómo irás a casa?

Me giro para mirarlo de frente. Entonces me encuentro con sus ojos color miel. Solo por unos segundos, porque parece evitar mi mirada.

¿A qué viene esta actitud?

Aunque bueno, tampoco es que me importe, ¿no?

—¿Vas sola? Porque después de todo…

Después de todo te vuelves a preocupar por mí y no tienes por qué. Además, tampoco parece que te agrade hacerlo, así que…

¿Y qué me molesta? ¿Por qué me importa si le agrado o no?

¿Acaso me golpeé la cabeza o algo en el incidente y no me acuerdo? ¿O la estoy perdiendo por completo?

—Avisé a mi hermano, está de camino.

Me suelta como si quemara y yo enarco las cejas.

—Bien, entonces… —carraspea— Ya nos veremos por ahí. Supongo.

¿Quién sabe? De no haberlo visto en la vida me lo he encontrado tres veces en el mismo día. Así que a saber si no lo veo nunca más o si la vida nos la vuelve a jugar.

—Espero que no —digo con sinceridad—. Cada vez que te he visto has tenido que ayudarme.

Espero no necesitarte nunca más, termino de decir en mi mente. Seguramente él lo ha entendido.

—Tranquila, no tienes ninguna deuda que pagar ni nada que agradecerme, no te preocupes.

¿En qué momento se volvió el ambiente tan tenso?

—¿Crees que eso me preocupa?

—No lo sé, pero a mí sí —frunzo el ceño sin entender de qué habla—. A mí sí me preocuparía verte de nuevo.

Levanto la cabeza, altiva. Dolida en mi orgullo por ese comentario.

¿Tan mala pécora le parezco como para decir algo así?

—No fui yo quien te pidió ayuda —le recuerdo—. Y no soy yo quien tiene la intención de volver a necesitarla. Tampoco soy yo quien hará porque nos encontremos de nuevo.

Por si tiene la estúpida idea de que yo pudiese ir de nuevo al pub donde sé que trabaja o algún sinsentido así, si por casualidad es eso lo que está pensando.

No soy una mujer buscando la atención o los favores de un hombre, por Dios. Y de hacerlo, no lo buscaría a él.

¡Podría ser mi hermano pequeño!

—Yo tampoco forzaré el encontrarte. Pero si la vida vuelve a ponerte

en mi camino, entonces no sé si podré volver a marcharme primero.

¿A qué viene eso? ¿Por qué ese tono? No entiendo qué quiere decir.

—¿A qué te refieres?

—Te lo explicaré si eso llega a suceder. Si no, o hasta entonces… Cuídate, Paula.

Es la primera vez que pronuncia mi nombre e instantáneamente se me ha formado un nudo en la garganta.

¿Pero qué demonios me pasa con este chico? ¿Por qué me hace sentir cosas tan raras?

Y tan dispares. Porque lo mismo me enfurece que un segundo después necesito agradecerle toda su ayuda.

Me golpeé, seguro.

Lo veo bajar las escaleras y desaparecer de mi vista. Sus palabras quedan suspendidas en el aire, quizás en algún momento las entienda.

O él me las explique si lo vuelvo a ver.

Que espero que no porque me da la impresión de que ese hombre podría ser un enorme dolor de cabeza para mí.

—¿A quién tengo que dejar sin dientes?

Quien pronuncia esta frase sí que es un dolor de cabeza para mí cuando quiere.

Giro la cabeza para ver cómo mi hermano se acerca a mí en plan vengador.

—Joder, Paula, ¿estás bien? —pone las manos en mis hombros y me mira de arriba abajo— ¿Qué te hicieron? ¡¿A quién mato?! —grita.

Pongo los ojos en blanco y resoplo.

—A ti te voy a matar yo si no bajas la voz y dejas esos comentarios. ¡Que estamos en una comisaría de policía, por Dios! Y quiero irme a casa, no quiero pasar más tiempo aquí porque denuncien a mi hermano por idiota.

—¿Pero estás bien? He hablado con Chema, está de guardia. Te está esperando.

—¿Qué Chema? ¿Tu compañero Chema? ¿El médico?

—¿Quién más? ¿Cuántos Chemas conoces?

Y tiene el morro él de sonar irónico.

—¿Y para qué me debería de estar esperando un doctor?

A ver si así lo entiende.

—¿Cómo que para qué? ¡Pues para revisarte y controlar que todo esté bien y que no te ha ocurrido nada!

No, no lo entiende.

—¿No te vale con que yo te diga que todo lo está y que nadie me tocó ni un pelo? —resoplo— Solo quiero ir a casa. Y te he llamado para eso. Así que, por favor, ¿me acompañas? Necesito descansar y olvidar toda esta pesadilla.

—Pero antes tendrán que explicarme —y va él muy dispuesto a entrar en la comisaria.

—Te lo explicaré yo —y lo que me interese, además. Porque del incidente de los huevos no voy a decirle nada. Lo que menos necesita es ponerse más histérico. Así que unas pinceladas ahora y ya le explicaré mañana, o algún día, algo más—. Solo ha sido un susto mientras paseaba —porque tampoco le voy a decir que estaba bebiendo en un pub. Sola. Después de haberlo rechazado a él como compañía para alcoholizarme.

—¡¿Se puede saber qué haces paseando sola de noche?!

Esto no va a ser fácil, ¿verdad?

Capítulo 7

Julen

La veo desaparecer tirando del brazo de Leo y me apoyo en la pared del edificio que tengo a mis espaldas.

Joder, esto sí que es un lío.

Paula Noriega. Esa es la mujer que lleva todo el día jodiéndome la mente y, por qué no decirlo, la vida.

Es la persona que jamás debería ser.

¿No es gracioso?

No, no lo es. Un desastre, eso es lo que es.

Joder, nada más y nada menos que la hermana de mi mejor amigo. ¿Cómo no me di cuenta antes?

Porque no se parecen una mierda en realidad. Cada uno es hijo de su padre y de su madre solo han sacado el carácter y el dichoso gesto ese del mohín con la nariz arrugada.

Sí, ya todo está claro en mi cabeza. Ya sé, también, por qué esa mujer me ha resultado conocida desde el primer momento.

¡Porque la he visto decenas de veces en fotos, joder!

Mierda de mente, ¿por qué no te aclaraste antes? Porque un poco más y es Leo quien te aclara el asunto cuando estampe su puño en tu cara al darse cuenta de que has pensado en esa mujer más de lo necesario.

Casi me da algo cuando escuché su nombre y casi me da algo cuando vi aparecer a Leo.

La vida y sus gracias.

Me dejo caer en el suelo, doblo las rodillas y apoyo la cabeza en la dura pared. Cierro los ojos e intento normalizar mi agitada respiración.

La mujer que, por la razón que sea ha inundado hoy mis pensamientos es la única que no debería hacerlo.

Ahora es cuando yo tengo que intentar pensar racionalmente en cosas como ¿y si la ayudé porque, instintivamente y aunque mi mente no me lo aclarase del todo, sabía que era ella y por eso me comporté de forma más irracional, casi como lo haría su hermano?

Gimo. Dios, como Leo no puedo ser.

Pero esa pregunta me hace pensar porque puede ser posible, ¿no? Mi inconsciente podía haber tomado partida en esto y como en el fondo sabía que la conocía, de ahí esa necesidad tan fuerte de protegerla.

Sí, tiene todo el sentido del mundo, ¿no te parece?

¡Por supuesto que sí!

Por eso estaba tan pendiente a ella y tenía tastas ganas de abrazarla.

Y de tocarla.

Por eso quise levantar la mano cuando la vi llorar y quise limpiar las lágrimas que mojaban sus mejillas.

Y sus labios…

Gimo.

He estado a punto de meterme en un problema.

Con la hermana de Leo, ¡para matarme!

Tenía que haber preguntado su nombre desde el principio, pero no. Jugué.

O al menos eso pensé, que era yo quien jugaba un poco con la vida. Podía haber conocido su nombre desde el primer momento. O por la policía o por el guardia de seguridad, pero no pregunté.

Se lo dejé al destino.

Y me dije a mí mismo que si debía de conocerlo, sucedería.

Joder, era la vida quien jugaba conmigo. Y me lo dio a conocer cuando ya esa mujer se me había metido en la cabeza.

Si eso no es jugar sucio…

Por eso lo que le he dicho antes de irme. Me retiro, quizás todo termine aquí y hago lo que debo hacer, desaparecer.

Pero si la vida vuelve a poner a esa mujer en mi camino…

No sé si seré capaz de irme de nuevo por mi propia voluntad.

Capítulo 8

Paula

Ni las ocho de la mañana y ya me van a poner de mal humor. ¿A quién se le ocurre venir tan temprano?

No creo que sea mi madre, le advertí a mi hermano que no le dijese nada. Además, le hice chantaje del duro con una de sus ex, así que sé que cumplirá su promesa.

Y él, el pesado de Leo, se acaba de ir porque ha dormido en mi casa. No había manera de que se fuera.

Si es él de nuevo, porque no se queda tranquilo dejándome sola, me lo cargo.

Sea quien sea me lo voy a cargar igual.

Joder, que me han hecho dejar mi ducha mañanera a medias.

Miro por la mirilla y no, no voy a abrir la puerta.

—Abre, sé que me viste —dice la pesada al otro lado.

Maldigo en cinco idiomas diferentes y abro la puerta.

—¿Qué haces aquí? ¿Y qué se supone que es eso? —señalo a la maleta que trae consigo.

—¿Qué manera es esta de saludar? Quita, déjame entrar —enarco las cejas, ni de coña. Ella resopla—. Vengo a quedarme contigo y esta es la maleta donde traigo mis cosas.

—No, gracias —voy a cerrarle la puerta en las narices, pero ella me lo impide. Tiene fuerza, ¿eh?

—Quita —entra por toda la cara y cierro, enfadada—. Prefiero morir en tus manos que en las de tu hermano. Con el odio que me tiene, lo mismo me mata descuartizándome viva y como que no.

—¿Mi hermano te llamó?

No me lo puedo creer, ¿hasta ese punto llegó?

—Increíble, ¿verdad? —la guapa rubia de ojos azules y cuerpo de

escándalo que disfruta jodiéndole la vida a mi hermano cuando puede y que se supone que es mi mejor y única amiga deja la maleta en medio del salón y se deja caer en el sofá— Además, me interesa que me deba algo, así podré cobrármelo cuando me haga falta.

—Lo que te hayas gastado en los taxis te va a deber.

—Ah, no, si solo cogí uno —elevo mis cejas—. Ah, ¿el de vuelta dices?

—El de vuelta a tu casa, sí. No sé por qué la gente piensa que las rubias guapas sois tontas, lo pillaste a la primera. Aunque algo tonta sí eres por haber venido, pero bueno.

—Estás en peligro, ¿cómo no iba a venir?

—Qué peligro ni qué ocho cuartos —resoplo. Voy hasta mi cuarto para vestirme—. Un episodio aislado no es estar en peligro.

—Eso díselo al bruto de tu hermano, no a mí. Por cierto, mala amiga eres, ¿eh? —aparece en mi habitación y se apoya en el marco de la puerta. Cruza sus brazos y me mira de mala manera— ¿Te pasa algo así y no se te ocurre llamarme? ¿Para qué sirvo yo entonces, Paula? ¡¿Qué soy en tu vida?!

Mi Dios, ¿por qué todo el mundo a mi alrededor tiene afición por el drama?

—Quizás porque lo único que quería era llegar y dormir y pensé en llamarte por la mañana.

—Ah, bueno —se calma un poco—. ¿Estás bien? —me mira de arriba abajo mientras estoy abrochando mi sujetador. Hace un gesto con el dedo para que me gire y, aunque resoplo, lo hago— Sí, ni un moratón —dice aliviada—. Y de la cabeza tampoco es que estemos muy bien ninguna de las dos, así que otro trauma más tampoco nos va a dejar peor.

Me tengo que reír aunque no quiera.

Es como mi hermano, igual. Tiene el mismo carácter y el mismo sentido del humor. Será por eso que se odian, por ser tan parecidos.

La enemistad entre ellos ha existido casi siempre. Conozco a Laura desde primaria y aunque siempre hemos sido polos opuestos, nos

hemos llevado bien.

Pero Leo y Laura…

No sé qué es lo que ocurre con ellos, pero nunca han podido estar juntos más de cinco segundos sin discutir.

En fin, ellos y sus cosas.

—De mi hermano me encargo yo. Ya puedes coger la maleta y volver a casa.

—Ya, verás. Sobre eso…

Ah, no, que me la conozco.

—No —digo rápidamente—. Te vuelves a casa.

—Pero Paula. Lo pasaste mal, te asustaste. No sería una buena amiga si te dejo sola con el miedo que debes de haber pasado.

Me abrocho el pantalón y cojo una camisa.

—Más miedo me das tú.

Laura es mi única amiga, la única persona con la que quiero contar. Pero somos polos opuestos y terminaría matándome con ella.

Además, yo me fui de casa porque quería independencia y soledad. Y lo sigo queriendo.

El susto de anoche no va a condicionar mi vida. Es algo puntual.

—Mi madre vino de visita y me he peleado. ¿No puedo quedarme aquí una noche?

Resoplo.

—No.

—Mala amiga.

—Lo sería si te dejara quedarte por algo así. Después me tocaría aguantarte llorando porque eres una mala hija y que para una vez que viene a visitarte, la tratas así y se ha ido enfadada y no soportas estar lejos de ella y bla bla bla.

—Eso solo me pasa cuando no tengo novio, que me siento sola y me da la pena.

Termino de abrochar mi camisa y me pongo la chaqueta.

—Lo que viene siendo casi siempre. Recuerda que nadie te aguanta.

—Pero al menos tengo vida. ¿Porque se puede saber adónde vas tú un sábado a las ocho de mañana? ¿Acaso trabajas hoy?

Frunzo el ceño y me dejo caer en la cama.

Estoy mal. Muy mal.

—Me lo temía —chasquea la lengua—. ¿Ves por lo que me tengo que quedar? Como para fiarse de ti.

—No te vas a quedar.

—Ya veremos…

Ya veremos no. Después del desayuno, arreando que es gerundio.

Capítulo 9

Paula

Dejo caer la cabeza sobre el escritorio. Estoy hasta el cogote del papeleo. Siempre es igual, siempre que tengo un nuevo caso, papeleo.

¿Que termino un caso? Más papeleo todavía.

¿Que hay papeleo? Pues papeleo del papeleo.

Y así...

Cualquiera diría que estudié administración en vez de abogacía.

Pero todo esto es mi culpa, que yo sea la única idiota que queda en la oficina a estas horas también es solo culpa mía. Porque como nunca acepto la ayuda de ninguna asistente o de ninguna secretaria (o asistente o secretario), pues así me va. Y mientras mis compañeros deben de estar ya tomando una ducha para tumbarse relajados en el sofá de su casa y beberse una copa de vino después de la cena, yo estoy organizando papeles.

En mi defensa puedo decir que podía haber acabado antes si el día hubiese ido como siempre. Pero sufrimos varios apagones por una avería eléctrica y eso me retrasó muchísimo.

Aun así, voy a tener que cambiar de idea y contratar a alguien que me ayude con lo básico porque está claro que, al final, la única que sale perdiendo soy yo.

No siempre trabajé sola, he contado, a veces, con ayuda. Pero como para mí nadie hace nada bien si no lo hago yo… Terminaban sacándome de quicio y todos de patitas en la calle.

Por eso decidí quedarme sola aunque tuviese que echar horas, pero todo estaría bien, a mi manera. Y en otro momento no me hubiese importado, pero hoy estoy terriblemente cansada. Apenas dormí el fin de semana por culpa de Laura.

Sí, es eso mismo que piensas, no conseguí echarla de mi casa. Ni con agua caliente, vaya.

Y se pasó el fin de semana hablando y hablando e inventando juegos y ¡volviéndome loca!

No sé cómo llegué viva al lunes y no me tiré de un puente o me corté las venas.

Pero vamos, que si no me he muerto antes, moriré ahora mientras grito como una loca desquiciada porque todo se ha quedado negro.

La oscuridad.

El abismo.

Un castigo divino que me ha dejado ciega, no lo sé.

¡Pero no se ve una mierda!

¡Otro apagón no!

Me levanto de un salto y golpeo mi rodilla con el escritorio. Aúllo de dolor. Joder, lo que me faltaba.

Gimo cuando, al girarme, golpeo mi cabeza con algo y se escucha, seguidamente, un golpe sordo en el suelo.

Me cago en todo, qué dolor más grande.

Siento que me voy a marear por el golpe y como no veo, no sé a dónde agarrarme.

Gracias a Dios, se hace la luz y mi corazón respira, aliviado, al darse cuenta de que estoy sola aquí.

¡¿Sola?!

Sí, hombre, para que se vaya la luz de nuevo y a ver qué hago yo.

No es que me dé miedo la oscuridad, pero tampoco es que me guste no ver qué es lo que ocurre a mi alrededor. Y después de los dos sustos con los locos que tuve días atrás, estoy un poco más susceptible respecto a algunos temas. Si es miedo o precaución no lo sé.

Quizás ambas cosas.

Al ver la lámpara de pie tirada en el suelo entiendo qué es lo que me ha golpeada en la cabeza y resoplo. Con lo bonita que era, pero qué dolor más grande me ha dejado, por Dios.

Decidida a marcharme, suena el teléfono y vuelvo a gritar. No me lo

esperaba. Lo miro con horror; una luz señala que es una llamada interna del edificio, así que lo cojo.

—¿Sí?

—Buenas tardes, Abogada Noriega. Soy Pablo, el guardia de seguridad del edificio Jazmín.

Como si no lo supiera, el enganchado a las series turcas. Claro que ahora lo entiendo, será de los pocos que trabaja tantas horas al día y por eso lo mantienen aunque haga más bien poco y se la pase pendiente a la televisión, ¿no?

Porque mucha gente que trabaje todo el día no hay, ¿eh?

A saber lo que le pagan al pobre, seguro que una miseria. ¿Debería investigar?

No.

Vale, pues nada.

—Sí, dígame.

—Disculpe, nos dijo el señor Olmo que usted terminaría tarde y como todavía no bajó y es la única persona que queda en el edificio, le comento que la avería eléctrica no está aún arreglada y que los técnicos intentan solucionarlo. Como ha podido ver, nos hemos quedado sin electricidad hace un momento y puede que ocurra más veces. Hasta que lo solucionen.

¿Lo de que soy la única persona en el edificio ha sonado a reproche? ¿Qué le importa a él si yo sigo aquí o no? Ni que él tuviera que estar allí mientras haya alguien. Porque eso no es así, ¿verdad? De serlo denuncio a la empresa, ¿eh?

—Está bien, estaba recogiendo para marcharme en este momento.

—Muy bien, Abogada. Vaya con cuidado y no utilice los ascensores, por seguridad.

Cuelgo el teléfono. Por estas cosas caigo mal a la gente, seguro. Ni un gracias, ni un adiós.

Tampoco me sirvieron de mucho en el pasado, me clavaron la puñalada por la espalda igualmente.

¿Así que para qué fingir modales?

Recojo la lampara del suelo (menos mal que no es de cristal y que no se ha roto en pedazos, podía haberme cortado), cojo el bolso, apago la luz de mi despacho, cierro la puerta y salgo.

La oficina donde trabajo es grande. Está en el undécimo piso de un edificio de oficinas (allí trabajan desde agentes de bolsa, corredores de seguros, teleoperadores, abogados…). Nada más llegar, se ve una enorme sala donde se encuentran los escritorios de las dos secretarias que trabajan para todo el bufete y algunas zonas de espera para los clientes con sillas, sofás y mesas.

Después, cada uno de los abogados tenemos nuestro despacho propio, no tan grande como el del presidente de la firma, pero para nada pequeño. Y contamos, también, con una sala donde nos reunimos y debatimos cualquier cosa que tenga que hacerse en grupo.

Estoy pasando por la sala principal y el sonido de cristales rotos me para. Frunzo el ceño. ¿Cómo se ha podido caer algo cuando estoy sola?

Seguro que estoy exagerando, todo es sugestión. Como cuando alguien cree ver un fantasma solo por hablar de él y cualquier sombra se lo parece.

Pero entonces escucho como el sonido del movimientos de hojas o folios y un escalofrío me recorre desde los pies hasta la nuca.

Salgo corriendo y nada más abrir la puerta del bufete, me doy de bruces con alguien.

El grito que meto se escucha hasta en China, con eso te lo puedes imaginar.

—Cuidado —escucho que dice una voz que me resulta conocida pero como yo estoy ya perdiendo la cabeza, no creo a mi mente.

Estoy a punto de caerme de bruces y ese hombre lo impide, agarrándome por la cintura.

—¡Suélteme! ¡¡¡Socorro!!! —grito a toda voz sin atreverme a levantar la cabeza y mirarlo.

No quiero quedar traumada para toda la vida.

Él no tarda en taparme la boca.

Dios mío, voy a morir.

—Ouf —lo escucho resoplar mientras me hace callar—. Tenías que ser tú.

Esa voz…

Levanto la mirada rápidamente y todo mi cuerpo se desinfla al verlo.

—¿Puedo? —mira su mano, para hacerme entender— ¿O me vas a dejar sordo nada más que te suelte?

Niego con la cabeza y lleno de aire mis pulmones cuando quita la mano de mi boca y se separa un poco de mí.

—¡¿Pero se puede saber qué haces?! —todo el aire que he utilizado para llenarlos me ha ayudado a gritar más fuerte que nunca.

Él pone los ojos en blanco y se tapa una oreja.

—Chillar como una loca es lo que no hago —resopla. Mueve la mano desde la altura de su cuello hasta su cintura, señalándose—. Estoy trabajando, ¿o es que no lo ves? ¿Qué haces tú aquí la hora que es?

—También estaba trabajando —él enarca las cejas a modo de reproche, pero como no tiene derecho a hacerlo, lo ignoro.

—¿Sola?

—¡¿Con quién más?! —voy a perder la poca paciencia que tengo.

Él mira al cielo y mueve los labios. No sé si está rezando, maldiciendo, pidiendo ayuda divina o cagándose en todo lo que se menea.

—¿Y qué haces sola, ya que estamos? —conteniéndose, parece que estaba conteniéndose.

Ignoro, de nuevo, lo que parece una bronca.

Y entonces me acuerdo.

—Hay alguien ahí —susurro ahora.

Joder, que nos va a escuchar. Anda que como para ser polis, ¿eh?

Él frunce el ceño.

—¿A qué te refieres con alguien? ¿No decías que estabas sola?

—De eso se trata —digo en tono de "¿es que no das para más?"— Yo he escuchado ruidos y algo romperse y… —trago saliva— La única en la oficina soy yo. Pero ahí hay alguien más.

Su cara ha cambiado por completo. Tiene la mandíbula apretada con fuerza y sus ojos se han oscurecido.

Es como si fuese otra persona.

Da miedo.

Bueno, a mí no, pero a cualquier otra persona se lo daría.

Justo entonces, escuchamos cómo algo cae, de nuevo el sonido de los cristales dentro del bufete.

—Escúchame. En cualquier momento volverá a irse la luz, pero las de emergencia funcionan. Baja por las escaleras rápido mientras puedas y si la luz se va, mantente quieta donde te coja, con la espalda pegada a la pared y no te muevas hasta que la luz vuelva a iluminar todo. ¿Me entiendes?

—Sí.

—Bien. Abajo están mis compañeros y varios trabajadores de la compañía eléctrica que intentan arreglar la avería. Solo confía en los míos.

—¿Y cómo sé quiénes son los tuyos?

—¿Recuerdas a Benito y Manolo?

—¿La serie? —pregunto desubicada.

—Sí.

—Pues de ellos te puedes fiar. Llega abajo y diles que avisen a la policía. Tira —con la mano me señala el camino para que me vaya.

—Pero…

—No tardaré en bajar.

Trago saliva, nerviosa y niego con la cabeza.

No puedo hacerlo.

No puedo irme.

No puedo dejarlo allí solo.

¿Y si le pasa algo? No podría perdonármelo nunca.

—No me iré sin ti.

—Joder, Paula. No es el momento para una declaración de amor —resopla y yo pongo los ojos en blanco—. Vete.

—No.

—Por favor.

Niego con la cabeza de nuevo.

—No.

—Joder —pone sus manos en mis hombros y me zarandea un poco—. Si hay alguien ahí, vino a por ti y no voy a ponerte en peligro.

Un ruido extraño se escucha en el interior del bufete.

—¿Y crees que, por tercera vez, puedo ponerte en peligro por mí?

Julen responde a esa pregunta de la manera que menos me esperaba. Coge mi cara entre sus manos y me besa. Un beso duro y un poco desesperado. Un beso de labios en el que nuestras lenguas ni siquiera han podido rozarse.

—Ahora sí tengo todo el derecho de correr el peligro por ti —susurra sobre mis labios.

Abro los ojos y me encuentro con unos iris más claros, más brillantes.

—Por favor —casi me suplica y me suelta.

Asiento con la cabeza, no puedo hablar. El aire se me ha atascado en los pulmones y mi cerebro no es capaz de reaccionar.

Estoy aturdida.

Bajo las escaleras y escucho cómo la puerta se cierra tras de mí y eso me saca de mi ensoñación.

—¿Crees que un simple beso te da el derecho a nada? —refunfuño y vuelvo a subir.

Espero un momento antes de abrir la puerta del bufete y entro sin hacer ruido.

Miro alrededor y veo a Julen entrando en el despacho del jefe. Tiene la puerta abierta, como siempre.

—¡Oh, mierda! —exclama.

Y todo pasa muy rápido. Y yo actúo casi sin pensar.

En un segundo estoy al lado del hombre que me ha salvado dos veces del desastre gritando como una loca y atizando a no sé quién con un palo de golf.

—¡Joder! —exclama Julen— La mataste.

¿La maté? ¿A quién? Ay, Dios, ¡no me digas eso!

Siento un frío por el cuerpo que nunca antes he sentido.

—Mírame —Julen me gira y hace que lo mire a él—. Paula, mírame —lo hago, pero mi cabeza se siente extraña.

—¿He matado? —tartamudeo— Ay, ¡no me digas eso! —grito— ¡¿A quién?!

—A nadie, relájate.

—¡¿Cómo me voy a relajar si he matado a alguien?!

Julen coge mi cara entre sus manos.

—No has matado a nadie. Créeme. Respira, Paula —dice con seriedad, intentando calmarme.

—Pero tú has dicho…

—Pero la pregunta no es a quién, sino a qué. Es una muerte justificada de un ser que no es necesario.

—¿Qué? ¿Qué ser? ¡¿De qué hablas?! —neurótica perdida estoy ya.

—De una simple rata —pone cara de asco.

Yo siento que me voy a desmayar allí mismo.

—¡¿Que aquí hay qué?!

Vueltas. Todo me da vueltas.

Capítulo 10

Julen

—¡¿Pero qué haces aquí, loca?! —gritarle eso es lo primero que hago cuando veo que por fin ha reaccionado.

—¿La rata? —tartamudea.

Me incorporo y me siento a su lado, en uno de los escalones.

—Muerta. Con el golpe que le has dado como para seguir viva. ¿Se puede saber de dónde has sacado el palo de golf?

—A mi jefe le gusta —sigue sin color en su rostro.

—Bueno… No creo que use ese palo más.

—Ni yo —susurra.

—Joder. No sé si reírme por lo rocambolesco de la situación o enfadarme por lo que hiciste.

Ella frunce el ceño y me mira con odio. Parece salir de su trance particular.

—Te salvé, ¿cómo demonios te vas a enfadar?

—¿No te dije que te fueras?

—¡¿Y qué derecho tienes tú a decirme lo que hacer?! —enarco las cejas y ella entorna nos ojos— Un simple beso no te da derecho a nada.

—¿Un simple beso?

Ya va cogiendo color…

—A eso ni beso se le puede llamar —termina carraspeando y yo evito sonreír.

—¿Tan soso fue?

—Cosas de críos —bufa—. Básicamente eso es lo que eres.

Perdona, ¿qué?

—¿Soy un niño? Quiero decir, ¿me ves como un niño?

—A mi lado lo eres.

—Ah, perdóneme, señora octogenaria, porque no haberme dado cuenta.

—Octogenaria tu abuela.

—Básicamente eso es lo que es —uso la misma frase que ella.

Me mira con ganas de asesinarme.

Un beso de críos dice.

De crío tengo yo poco.

Resopla, desvía la mirada y la posa sobre sus manos, las que tiene entrelazadas sobre sus rodillas.

Yo respiro y le pregunto lo que de verdad me importa.

—¿Estás bien? —susurro.

Ella vuelve a mirarme a los ojos y asiente con la cabeza.

—¿Y tú?

Hago el mismo gesto que ella.

—Gracias. Esta vez soy yo quien te las tiene que dar.

—No me debes nada —repite las mismas palabras que yo le dije aquella noche en la puerta de la comisaria—. Tranquilo, el contador está a cero.

Se levanta y comienza a bajar las escaleras y yo la sigo.

—¿Tú crees? —pregunto, poniéndome a su lado.

Y como si una divinidad superior manejara nuestro mundo, volvemos a quedarnos sin luz. Y las luces de emergencia no funcionan.

De puta madre, ¿eh?

Ella grita mi nombre y siento que el corazón se me va a salir del pecho al escucharlo.

—¡Julen!

—Estoy aquí. ¿Recuerdas lo que te dije? Apóyate en la pared.

—Vale.

Estamos en un descansillo, ella más cerca de la pared que yo. Solo

tiene que tocar con la mano a su espalda y la encontrará.

Me giro para quedar justo frente a ella.

—Ya —dice, suena nerviosa.

Y muy cerca.

—Estira la mano.

Lo hace y toca mi abdomen. La agarro antes de que, por inercia, la baje y me acerco más a ella.

Entre la mano y su voz, sé exactamente dónde está y me pego un poco más a ella.

Entonces las luces de emergencia, como por arte de magia, se encienden e iluminan ese rostro que quedó grabado en mi memoria desde el primero momento.

Me encuentro con sus ojos, que me miran primero con sorpresa, después con cautela. Entrelazo mi mano con la de ella y la otra la pongo en su cadera.

Y, por unos instantes, me pierdo en esos preciosos ojos que tanto brillan.

Separa sus labios y noto cómo hincha el pecho, llenando sus pulmones de aire. Seguro que si pongo los dedos en su cuello, notaré el corazón a mil por hora.

Y no se siente así por lo que ha pasado antes. Es por lo que sea que ocurre entre nosotros.

Se siente como una conexión especial.

Algo hay entre los dos desde el primer momento en que nos vimos. Por eso no puedo quitármela de la jodida cabeza.

Por eso no puedo no sentir la necesidad de protegerla.

Y todo eso me da un miedo horrible, bien lo sabe Dios. Pero no voy a huir. No voy a dejar que se me escape algo bonito si la vida me lo trae.

No me voy a cuestionar si lo merezco o no. Seguro que no lo hago. Pero si soy un cabrón con suerte, por una vez en la vida lo voy a

aprovechar.

Y si ella me lo permite, la protegeré siempre.

Todo esto es lo que ella provoca en mí. Además de un miedo atroz que no va a impedirme que haga lo que deseo.

Lo dije. Se lo dije. Que si la vida volvía a ponerla en mi camino…

Esto es una señal, estoy seguro de que lo es. Y no voy a perder la oportunidad de conocer hasta dónde nos puede llevar.

Inclino la cabeza y me acerco a ella con lentitud, dándole tiempo a negarse si es lo que desea.

Lo respetaré de ser así.

Pero no lo hace. Al contrario, su boca se entreabre y sus ojos se cierran. Tiene tantas ganas de que la bese como yo tengo de besarla y no voy a hacernos esperar más.

Junto mis labios con los suyos y un gemido sale de mi garganta.

¿O es de la ella?

¿Tal vez de la de los dos?

No lo sé y la verdad es que no me importa. No me importa nada más allá del escalofrío que recorre nuestros cuerpos en el instante en que juntamos nuestros labios.

La beso con tranquilidad, con reverencia y gimo, sin poder evitarlo, cuando nuestras lenguas se encuentran. Aprieto su cadera y el agarre de su mano para que no note cómo estoy temblando.

Juro por Dios que lo estoy haciendo.

Nunca antes había sentido nada así. Nunca había sentido, con un solo beso, que el corazón se me iba a salir del pecho.

Nunca, nadie, me había provocado lo que ella.

La devoro con tranquilidad aunque no sea eso, precisamente, lo que siento. Por mí la devoraría sin control. La desnudaría aquí mismo y la poseería. Entraría en ella y me adueñaría de cada parte de su cuerpo.

La poseería en cuerpo y alma.

Separo mis labios de ella antes de perder el control al notar cómo su

mano se posa sobre mi nuca. Si no me controlo, haré lo que estoy imaginando. Apoyo mi frente sobre la suya un instante, esperando a que las agitadas respiraciones de los dos se calmen.

Solo entonces me separo de ella y la miro a los ojos.

Dios mío, no quiero que ese brillo lo vea nadie más.

Y es por esto por lo que me doy cuenta de que esta mujer podría hacer de mí lo que quisiera.

Y me dejaría hacer.

Y tanto que me dejaría hacer…

Veo el momento exacto en el que el brillo desaparece de sus ojos y en el que el miedo o el pánico por lo que acaba de pasar se apodera de ella.

—No hagas esto —le suplico.

Ella niega con la cabeza, pone la mano que tenía sobre mí en mi pecho y hace el amago de empujarme.

Me está pidiendo que la suelte y aunque no quiera hacerlo porque sé que entonces huirá, lo hago.

—Nosotros no podemos…

Entonces soy yo quien niega con la cabeza.

—No lo digas. No digas algo de lo que te puedes arrepentir. No en este momento, cuando aún tengo tu sabor en la boca. Cuando aún me tiembla el cuerpo por haberte tocado —traga saliva, nerviosa—. Así que por favor, hoy no lo digas. No termines con algo que ni siquiera ha comenzado.

Sé que está sorprendida por lo que le he dicho, pero es la verdad. Me dolería mucho que se arrepintiera de lo que ha ocurrido entre nosotros y yo también tengo miedo, no se imagina cuánto.

—¿Bajamos?

Ella asiente nerviosamente con la cabeza y hacemos eso, bajamos en silencio, sin decirnos nada. Sin que ninguno emita ningún sonido.

Cuando llegamos abajo, agradezco que no haya nadie cerca.

—Le diré al guardia que se ocupe del bicho y que le explique mañana a tu jefe lo que ocurrió. Sino yo mismo lo haré.

—Gracias. Julen, yo…

Niego de nuevo con la cabeza. No quiero escucharla. No quiero que arruine un momento así con una disculpa o quitándole importancia.

No quiero que hable desde el miedo que le provoca lo que ha sentido. Porque sé que eso es lo que le pasa.

—¿Te sentirías más segura si te acompaño a casa?

Niega con la cabeza.

—Necesito pensar. Además, no voy a casa. Cenaré antes con una amiga —termina explicándome, como si yo le hubiese preguntado.

Quería hacerlo, claro, porque los celos son una cosa mala, pero no soy tan cabrón.

—¿Me dejas tu móvil?

Rápidamente lo saca y me lo da.

—Toma, ahí tienes mi número —le devuelvo el móvil tras llamar al mío, después guardaré su número.

—Julen.

—Lo que sea, Paula. Cualquier cosa que necesites. Ya sea que te dé miedo un coche aparcado a dos kilómetros o que simplemente quieras hablar, por favor, llámame.

—¿Por qué? —pregunta en un susurro.

Me encojo de hombros y la miro intensamente a los ojos.

—Porque hace mucho que no me sentía vivo. Y eso es lo que siento cuando estás cerca. No quiero dejar de sentirme así.

Noto cómo sus ojos se llenan de lágrimas y siento la terrible necesidad de abrazarla.

Pero está en sus manos. Al menos por ahora. Porque no sé el tiempo que seré capaz de esperar a que sea ella quien dé el paso.

Si es que soy capaz.

Capítulo 11

Paula

—Joder, mamá, me asustaste —no esperaba encontrármela en casa.

Está en la cocina con el frigorífico abierto. Seguro que me lo va a llenar de tuppers de comida.

Pongo los ojos en blanco, dejo el bolso sobre la mesa y me acerco a ella para darle un beso.

—¿Quién iba a ser si no?

Tras darle un beso, cojo una botella de vino, un par de copas y me siento fuera de la cocina, al otro lado de la barra americana. Lleno las dos copas y tomo de la mía.

—Tu hermano no entra sin avisar. Y no hay un hombre en tu vida, ¿no?

—Ni hay un hombre ni tampoco habrá una madre. Al menos no habrá una madre que tenga llaves de mi casa. No puedes entrar sin avisar.

—Lo hice, solo que no cogiste mi llamada.

Frunzo el ceño y cojo el móvil.

—Mamá, no tengo ninguna llamada perdida.

—Pues por eso, porque está perdida es que no sale.

No te rías, por favor, estoy por darle con la botella en la cabeza.

Me bebo la copa de vino de una sentada y me echo un poco más. Pero mi madre llega hasta mí y me la quita de las manos para bebérsela ella.

Resoplo y voy a coger la suya, pero ella se me adelanta y se la bebe también.

—¡Mamá!

—Esta era la mía, ¿no?

¿Cómo puede lucir tan angelical y ser un maldito demonio?

—¿Has venido para sacarme de quicio y así poder dormir en paz?

Me lleno otra vez la copa y lleno la suya. La que sea que sea suya que ya ni lo sé. Ella toma asiento frente a mí, al otro lado de la barra americana.

—He venido a asegurarme de que te alimentas. Si no vienes a casa a comer, tendré que asegurarme de que lo haces. Y por Dios, Paula, haz un poco de tiempo para ir a comprar, no tienes ni un maldito paquete de arroz.

—No suelo comer en casa.

—Pues mi comida bien que desaparece. No la tirarás, ¿no? —ya va a indignarse ella sola.

—Jamás. Soy mala, pero hay sacrilegios que ni yo cometo.

—No digas eso, no eres mala. Solo estás herida.

¿Será? Vino para adentro y a llenar la copa otra vez.

No la lleno demasiado, no te creas, que lo mismo tres mías son una normal tuya. Yo la lleno como si fueran chupitos de vino.

—Toma, te sentará bien —se levanta y me sirve un poco de sopa de la olla que estaba en el fuego—. Apagué la hornilla, solo tienes que esperar a que se enfríe para guardarla. Ahí te dejé los tuppers vacíos.

—Mamá, ¿cuántos tuppers tienes en casa?

—Menos de los que me gustaría —me da una cuchara y vuelve a sentarse—. Vamos, come. Y no me vengas con que comiste en el trabajo, no me lo voy a creer. Os pensáis que las madres somos tontas —refunfuña.

—Hmmm… —la pruebo y suspiro, está rica. Como todo lo que cocina ella.

—Paula, Robert volvió.

Joder, casi muero engollipada.

—Mamá —está hablando un gato pisoteado no yo.

—Hija, cuidado.

—¿Pero tú crees que puedes decirme algo así mientras como?

¡¿Quieres que muera o qué?!

Ella pone el típico mohín con sus labios y arruga la nariz.

—Quiero que muera él, en todo caso. ¿Debería darle algo de sopa?

—Mamá… —no sé si reír o llorar, esta mujer es increíble— Dale lo que quieras y que lleve cianuro.

—Eso deja mucho rastro, hay venenos que no se notan al mezclarse con las comidas.

Lo dice tan segura, cómo no hacerlo cuando es una experta en los documentales de asesinatos, que porque es mi madre, pero hasta a mí me da miedo, ¿eh?

Suelto la cuchara.

—Pero si no has comido nada —se desinfla.

—Más tarde, ahora no me entra.

Y hablando de venenos, menos.

—Bueno, pero cómetela, ¿eh? —asiento con la cabeza— Lo que te decía, ese hijo de la gran perra ha vuelto.

—Pues muy bien.

—Y se va a casar.

Me quedo en silencio un instante.

—¿Con ella?

Mi madre me mira con pena y asiente con la cabeza.

—Sí, la boda será el próximo mes.

—No me mires así —bufo—. Ese hombre ya no es nada mío y no me interesa si se casa o si se pierde.

—¿Estás segura?

—Lo estaría más si dejaseis de comportaros así conmigo cuando de este tema se trata. No soy una cría para llorar por el pasado todo el tiempo. Dejadme dejar las cosas atrás.

—Solo nos preocupamos por ti —se refiere a Leo y a ella—. No queremos que lo pases mal.

—¿Más mal que en ese entonces? No siento nada por él y aunque me duela el orgullo créeme, ya no me hace daño.

Ella coge mi mano y le da un apretón.

—Eres una mujer muy fuerte y estoy muy orgullosa de ti.

—Ay, no. No llores.

Pero sí, sí lo hará. Como ahora comenzará a sacar comida y me contará sus desilusiones amorosas con mi padre y el padre de Leo de nuevo.

Paciencia...

Dios, dame paciencia.

Paciencia y emborracharme, eso es lo que necesito. Y la respuesta a por qué estoy pidiendo una copa en el pub al que dije que no volvería.

Mientras alguna deidad me responde, me insulto a mí misma por ser tan idiota.

Porque qué demonios hago aquí es algo que no entiendo.

Apenas he estado en la oficina hoy y no me he encontrado con Julen. Claro que tampoco es seguro que lo haga, ¿no? No lo conozco, la verdad es que no sé nada de él, pero puedo imaginarme que trabaja aquí y allá y que como empleado de una empresa de mantenimiento, estará de un lado a otro.

Así que tampoco es seguro que vuelva a verlo por el edificio Jazmín y no me he interesado por ello.

Y te preguntarás tú para qué quiero verlo. Pues mira, si encuentras la respuesta haz el favor de dármela porque no tengo ni idea.

Solo sé que aquí estoy, en el pub donde me lo encontré aquella vez, con una copa en la mano y con el móvil en la otra.

Y me sumo en mis pensamientos…

—¿Tanto te cuesta darle al botón de llamar?

Levanto la cabeza tan rápido que me mareo.

Joder, pedazo de bruta.

Y me mareo aún más cuando me doy cuenta de que es él, de que está aquí y de que no es una alucinación.

Con las manos en los bolsillos de su vaquero y mirándome fijamente, serio.

Frente a mí…

—Ese color te sienta bien —pienso mirando la prenda verde que lleva y maldigo cuando lo veo sonreír y me doy cuenta de que no ha sido un pensamiento, sino que lo he dicho en voz alta—. ¿Qué haces aquí? —le doy la vuelta al móvil cuando vuelve a mirarlo.

—Casualidades de la vida. Y ese traje negro entallado también te sienta muy bien —sonriendo al ver que me pongo roja con la mirada que me ha echado, se sienta a mi lado, en otro taburete—. Ponme un refresco —le dice al camarero.

—¿Chico sano? —pregunto.

—Chico listo. Me tocará cuidarte.

Resoplo y miro la copa. Cojo el llavero de peluche que está sobre la barra y juego con él.

—Sé cuidarme sola.

Lo he hecho por mucho tiempo. No he necesitado a nadie para salir adelante ni una mano para salir del pozo negro en el que caí.

—Nunca lo he dudado. Pero me gusta cuidarte.

Resoplo aún más fuerte.

—¿Esa forma de ligar te funciona?

—¿Crees que quiero ligar contigo?

—¿No quieres? —lo miro a los ojos— Aunque por qué ibas a querer si podría ser tu madre.

Vale, puede sonar un poco exagerado, pero como posible, seguro que lo es. No sé qué edad tiene, pero debe ser muy joven y posible es.

Él suelta una carcajada y señala mis manos.

—¿Qué es eso?

—¿Un oso de peluche llavero?

—Hasta ahí llegué. Me refería a qué es eso para ti.

Me encojo de hombros y me quedo mirando el objeto.

—Un mal recuerdo —susurro—. El regalo de alguien que me traicionó.

Y sin decir nada, me lo quita de las manos y veo cómo lo guarda en el bolsillo de su pantalón.

—Entonces no lo uses cuando estés conmigo.

Pestañeo varias veces, descolocada.

—¿El beso del otro día también te da el derecho de hacer algo así?

Él enarca las cejas, se gira en el taburete y me mira. Y yo me maldigo a mí misma por sacar ese tema.

—Tú me has dado el derecho de hacer algo así.

—¿Yo? —abro los ojos de par en par— ¿Cuándo te he dado yo a ti nada?

—En el momento en que te abriste conmigo como no lo haces con nadie más. ¿O le hubieses respondido a cualquiera que te preguntase qué era esa cosa para ti?

No, no lo habría hecho, pero aun así no debería de tomarse tantas libertades conmigo.

—No soy nada tuyo —le recuerdo.

—No quiero que seas mía —dice con seriedad y mirándome fijamente—. Te quiero tuya y conmigo.

Oh, Dios mío.

Me quedo sin respiración, el aire no entra en mis pulmones y abro la boca, pero no me sale la voz.

Maldita sea, ¿a qué mierda ha venido eso?

—Dime una cosa, Paula. ¿Cuántas veces te paraste para no pulsar el botón de llamar?

Muchas, más de las que se imagina.

Siento que me tiemblan los labios, siento que me tiembla todo el cuerpo.

Me levanto, necesito salir de aquí.

Cojo el abrigo y el bolso y tras mirarlo un instante, me voy. Sin decirle nada, sin mirar atrás.

Y él deja que lo haga.

Salgo afuera, me pongo el abrigo, me cuelgo el bolso y dejo que las emociones se apoderen de mí. Dejo que las lágrimas que invaden mis ojos caigan y me preparo para echar a correr.

—No lo hagas —me agarra por el brazo y casi suena a súplica—. Por favor, no te vayas—. Tira un poco de mí y me coloca frente a él—. Mírame— susurra, noto su aliento cerca, su cuerpo casi pegado al mío. Pone las manos en mis caderas y me pega por completo a él—. Mírame, Paula —susurra de nuevo.

No es una exigencia, es una súplica. Y yo, aunque sé que no debo hacerlo, lo hago.

Lo miro a los ojos y me da miedo lo que veo.

—No luches contra esto —me pide.

Y no lo hago, ni siquiera puedo moverme. Estoy completamente hechizada.

Baja la mirada hasta mis labios y vuelve a mirarme a los ojos. Me está pidiendo permiso y no voy a denegárselo.

Y entonces me besa. Sus labios me rozan y lo siento temblar, tanto o más de lo que tiemblo yo.

—Dios, estaba deseando sentirte de nuevo —gime sobre mis labios y vuelve a besarme. Esta vez con más ganas, con más fuerza. Con más pasión.

Esta vez nuestras lenguas no se rozan con timidez.

Esta vez hace que se me aflojen por completo las piernas y tiene que sujetarme con fuerza por la cintura porque siento que me voy a caer.

Dios mío, qué es todo esto que estoy sintiendo.

Una mano alrededor de mi cintura, apretándome contra su erección. La otra en mi nuca, pegándome más a él. Mis manos en su cintura, agarrándolo con fuerza mientras dejo que me devoren esos labios firmes y suaves que me hacen sentir como nunca nadie lo hizo antes.

Si el beso en las escaleras me impresionó, este me va a convertir en una muñeca de trapo.

Porque en este beso no nos estamos guardando, ninguno, nada.

—Dios —susurra cuando termina de besarme, pero no se separa del todo de mí. Sus labios rozan los míos—. Me encantas.

Y vuelve a besarme, esta vez más suave. Más dulce.

Haciéndome temblar otra vez.

—Debería parar —separa sus labios de los míos y me da un beso en la punta de la nariz—. Y debería de separarme de ti también —se queja antes de separarse un poco.

Mira alrededor y solo entonces me doy cuenta de dónde estamos.

En plena calle.

Por Dios, Paula. ¡Que no eres una maldita niña!

—Joder —estoy loca, ¡loca!—. No podemos…

Pongo las manos en su pecho y lo separo de mí.

—¿Qué no podemos? —pregunta pronunciando cada palabra con lentitud.

Sabe lo que voy a decir, lo noto en sus ojos, en cómo frunce el ceño.

—Tú, yo… Esto.

Joder, qué difícil es de explicar.

Él ríe irónicamente.

—Una mierda no podemos —está molesto—. No termines con algo sin ni siquiera darle la oportunidad de comenzar.

Pues lo haré. Porque entre nosotros no puede haber nada. Por Dios, que tengo treinta y ocho años.

Y estoy asustada. Mucho.

—No hay ningún algo entre nosotros —me separo por completo de él, me giro y comienzo a caminar.

No tarda mucho en ponerse a mi lado.

—¿De verdad crees que no hay algo entre nosotros? —ríe con ironía. Yo continúo caminando, no soy capaz de mirarlo— Te has derretido entre mis brazos mientras te besaba igual que lo he hecho yo —aprieto los dientes— Lo hemos hecho en cada uno de nuestros besos. Así que no me jodas con que no hay nada. Joder, para no haber nada, ¡bien que la vida se empeña en juntarnos!

—La vida no se empeña en nada. Y solo ha sido un beso. Nada más —miento—. Lo adultos lo hacen y no pasa nada.

—Así que es por eso —resopla, me coge del brazo y me para, me enfrenta a él—. Es por la maldita edad. Joder, Paula, que no tengo quince años.

Claro que es por la edad. Por la edad y porque tengo miedo. Ya he sufrido demasiado y no quiero volver a hacerlo.

Y esta historia tiene arriba un cartel con luces de neón que pone "Peligro" en grande.

Si es que es evidente que iría de cabeza hacia el desastre y no, no soy tan kamikaze. Mejor terminar con esto antes de que la cosa se líe más.

—¿Y cuántos tienes? —ya que estamos.

—Veintisiete.

Gimo. Si es que lo sabía, incluso acerté de lleno. Once años menos, por Dios, que podría ser mi hermano.

Hasta mi hijo y no exagero.

—Lo sabía, si es que lo sabía —tengo que irme de aquí.

—¿Ese es el problema? ¿La edad?

Entre otras cosas.

—No hay ningún problema —miento—. Nos hemos encontrado un par de veces en situaciones extremas y por la tensión y los nervios hemos

acabado haciendo una tontería. Tú sigues con tu vida, en tu mundo y yo el mío.

Él enarca las cejas.

—Huye todo lo que quieras, pero no llames a esto, a lo único que me ha dado vida en los últimos años, una tontería —dice enfadado.

Sin poder evitarlo, mis ojos se llenan de lágrimas. Ha tocado un tema sensible. Porque yo tampoco me sentía tan viva desde hacía mucho. Y no quiero hacerlo. No quiero sentirme así, porque eso significa sufrir.

—Solo fue un beso —insisto.

—¿Dejas que te bese cualquiera? ¿Es eso?

Mi mano abierta impacta sobre su mejilla.

—No soy una mujer de una noche. ¿Responde eso a tu pregunta? —escupo con rabia.

—¿Crees que yo sí lo soy? ¿Crees que soy un niñato picaflor? ¿Crees que solo busco una noche contigo? ¿Crees que me conformaría con un polvo?

Sí, joder, también pienso eso.

¿Cómo no hacerlo?

Porque las relaciones con diferencia de edad no funcionan.

Porque no tienes ni treinta años.

Porque lo mismo mañana te aburres de mí y te buscas a una más joven y me destrozarías por ello.

Por estas y por tantas otras cosas.

—Julen, yo… No me conoces —él aprieta los labios—. Y lo que te pasa es que tienes complejo de salvador —intento buscarle una razón lógica a su encaprichamiento conmigo que también me pueda servir a mí para no ilusionarme con un imposible—. Joder, ¡mírame! Pero mírame a la luz del sol, donde puedas ver las arrugas y la diferencia de edad.

Él me mira como si estuviera diciendo gilipolleces, pero no lo son.

—¿Crees que no te besaría entonces? ¿Crees que no desearía hacerlo?

—se acerca más a mí— ¿Crees que viendo tus imperfecciones no se me pondrá igualmente dura? ¿Es eso lo que crees, Paula?

Lo que no me puedo creer es el escalofrío que me ha recorrido al escucharlo.

Lo que no me puedo creer es que me excite de esta manera.

Tengo que huir. Y tengo que huir ya.

—¿O hay algún problema más? ¿Tal vez a lo que me dedico? ¿Soy muy poco para ti y te avergonzaría? ¿Eres ese tipo de persona?

Tengo ganas de darle una patada en las pelotas.

—Quizás lo sea —digo con rabia—. O quizás ese es un complejo y un miedo tuyo.

Le he dado un guantazo sin manos. Lo sé al ver su cara.

—Sí, soy yo quien se ve poco para ti y sin embargo me arriesgaría con los ojos cerrados.

No puedo respirar.

—Creo que no podemos armar un drama por un beso —insisto con lo mismo—. Por Dios, que no es para tanto. ¿No te das cuenta que estás exagerando?

—No hay nada de exagerado en esto, Paula —nos señala a los dos—. Hay algo entre nosotros, no puedes negarlo ni hacerlo desaparecer. Lo hubo el primer día, lo hubo el segundo, lo hubo cada vez que nos vemos. Y escúdate en todo lo que quieras, pero no uses excusas tontas como la edad cuando la única razón de que quieras salir corriendo y huir de mí es que lo que te hago sentir te asusta tanto que no puedes con ello. Y maldita sea, a mí también me da miedo lo que provocas en mí.

—Julen… —quiero que se calle, no puedo seguir escuchando lo que me está haciendo daño.

Porque tiene razón. Por completo.

—No seré yo quien se vaya, Paula. Pero sí seré yo quien siga esperando que vuelvas a mí. Porque créeme, volveremos a vernos. La vida nos volverá a juntar. Porque tengo muy claro que esto que existe

entre nosotros está aquí por algo.

Niego con la cabeza y me voy antes de que vea cómo las lágrimas caen por mis mejillas.

—¡No puedes huir de tu destino, Paula! —exclama.

Y yo me pregunto si tendrá razón.

Capítulo 12

Julen

—Necesito un favor.

En la vida hay cosas que asustan. El precio de la luz, que un médico te diga que tendrás que repetirte los exámenes porque hay algo que no sabe muy bien qué es (ya sabes, el típico para descartar que más que eso es para confirmar) y que alguien te diga esta frase.

El "necesito un favor" es lo que más pánico me da en la vida, sobre todo si quien lo pronuncia es nada más y nada menos que Leo. Y si ya es cuando estoy dormido, la cosa empeora.

Así que gimo cuando lo escucho.

—¿Qué hora es?

—Las dos y media.

Pues yo estaba ya en el quinto sueño. Llegué a casa a eso de la medianoche y me quedé dormido en la cama mientras le daba vueltas a la cabeza a lo que había ocurrido con Paula.

La encontré en el pub porque mi compañero me llamó a decirme que estaba de nuevo allí y fui. Y acabamos como acabamos…

—¿Y qué demonios haces despierto a esta hora? —resoplo.

—¿Porque estoy trabajando?

—¿Otra vez?

—Me la jugaron con los turnos —se queja.

—¿No tienes sueño?

—Un montón, pero me toca joderme.

—Pues jódete solo y deja de joder a los demás.

—Necesito un favor.

Resoplo y lo hago muy fuerte.

—No me vas a dejar dormir hasta que te ayude, ¿verdad?

—Chico listo.

Qué por culo da.

—¿Qué favor? —pregunto sin ganas.

—Necesito proteger a mi hermana.

Vale, se me ha quitado todo el sueño de golpe. Incluso me he levantado de la cama como un resorte.

—¿Pasó algo? ¿Algo más? Quiero decir —joder, que la lío—. Que si ocurrió algo para que te preocupes más de lo normal.

Se queda un segundo en silencio.

—¿Estás llorando?

—No —pero casi, porque me he golpeado la rodilla con el pico de la cama y estoy viendo las estrellas. Qué dolor más grande—. Es que aún no me desperté.

—Pues espabila porque esto es importante.

—Está bien —carraspeo e intento que no se me note que estoy alterado al pensar que le puede haber ocurrido algo más. Y esta misma noche, después de haber estado conmigo y que yo no haya estado ahí para protegerla me hace querer morir—. ¿Qué necesitas? —pregunto, intentando sonar despreocupado.

Después de la noche que acabamos en comisaría, Leo me llamó y me contó lo poco que sabía. Me quedó claro que Paula había omitido mucha información y yo tampoco podía darle más.

Así que solo pude decirle que lo mismo era un episodio aislado, ya que no sabía sobre el incidente del arma.

Incluso así, la policía interrogó al dueño de la taser, además de por su altercado con Paula, porque sus características físicas coincidían con el hombre al que perseguí, altura y complexión física parecida. Pero tenía una coartada, así que hasta ellos pensaron que era eso, algo fortuito.

Aunque a mí me queda ahí la duda de que así sea. Pero solo el tiempo demostrará si soy un exagerado o no.

Que me diga que ha ocurrido algo más me pone en alerta.

—Esta noche, mientras paseaba…

—¿Paseaba?

No sé cómo no he gritado.

—Sí, hijo, sí. Yo tampoco entiendo cómo se le ocurre salir a caminar de madrugada, pero dejémoslo ahí.

—Está bien —a pasear, ya…

Cuando pille a esa loca la voy a enterar.

¿Paseando a estas horas? ¿No se fue directamente a casa después del pub?

Joder, Julen, ¡no tenías que haberla dejado sola! Si algo le ocurre…

—Me acaba de llamar, ha tenido que llamar de nuevo a la policía.

Se me hiela la sangre.

—¿Por qué? —joder, ¡habla!

—Mira el mensaje que te acabo de enviar.

Lo hago y suelto una ristra de maldiciones mentales.

—¿Qué mierda es eso? —pero sé qué es, claro que lo sé.

Y voy a matar a ese cabrón.

—La puerta de su casa. Se la ha encontrado así —ZORRA escrito con pintura roja—. Y joder, no quiere que llame a mi madre y yo no puedo irme del jodido hospital. ¿Crees que puedes llamar a alguien o.…? —un nudo se me forma en la garganta. Pide a otro por lo que ocurrió, ¿verdad? No confía en mí cuando es su hermana la que necesita ayuda, ¿es eso? Pero esa hermana es alguien que me importa más de lo que él imagina y no puedo dejarla en manos de nadie más— Es mi hermana, Julen. ¿No podrías hacerlo por mí?

Siento que no puedo respirar.

—¿Hacer qué? —pregunto.

—Cuidar de ella cuando yo no estoy. No le confiaría mi hermana a nadie más.

Maldita sea, voy a llorar.

—Sabes lo que ocurrió… —digo con un hilo de voz.

Y no tienes ni idea que tu hermana ha visto eso sola hoy porque yo la he dejado marchar.

Por más que quiera correr hacia ella, el pasado me aterra.

¿Seré capaz de protegerla?

—Confío en ti. No podría confiarle mi hermana a nadie más —asegura.

Una lágrima cae por mi mejilla.

Es lo que quería escuchar, porque es esa mujer quien me necesita, pero no pensé que… Después de lo que pasó…

Joder, no sabía que confiaría en mí.

Y estoy aliviado en parte porque seré yo, pero a la vez me da miedo. Tengo miedo de volver a fallar y de que a esa mujer le ocurra algo.

No, no puedo pensar en eso. Ni permitiré que eso pase. Moriría yo antes.

—Esto ya no parece ser algo fortuito, ¿no?

—No, no lo parece. Aunque no tiene por qué estar relacionado.

—Ya… No sé si tenga algo que ver, pero mi madre me dijo que Robert volvió.

—¿Robert?

—El ex de Paula.

Aprieto los dientes.

—¿Cuándo?

—Pues no lo sé exactamente. Solo que volvió y que se va a casar. No creo que esto sea obra suya, pero…

—Haré que lo investiguen.

—Gracias.

—Dame la dirección de tu hermana.

—¿De verdad? —pregunta asombrado y agradecido.

—Escríbemela por mensaje, no tardaré en llegar. No le digas que voy.

—Está bien.

—Y trabaja tranquilo, cualquier novedad yo te aviso.

—Vale. Julen…

—¿Sí?

—Gracias —está emocionado.

Pero no más que yo.

Fallé y viví un infierno por ello. He huido de las responsabilidades desde hace dos años. He borrado de mi mente la palabra proteger.

Pero llega esta mujer y pone mi mundo patas arriba. Echa abajo todas mis barreras y consigue que yo vuelva a un mundo donde juré no volver.

Pero lo haré, porque si hay algo que no puedo hacer es permitir que a ella le ocurra algo.

Eso no podría soportarlo.

Capítulo 13

Paula

La policía llegó no hace mucho y ya les expliqué lo poco, o nada, que sé. Porque más allá de haber llegado a casa y de haberme encontrado la pintura en la puerta, no puedo decirles mucho más.

Conocen los incidentes anteriores porque, por casualidades de la vida, uno de los policías estuvo en ambos. Así que aparte de explicar que llegué, los vi y llamé, poco más.

Aunque no había indicios de haber forzado la cerradura, quien hubiese cometido semejante estupidez podía tener acceso a mi casa. Así que he abierto la puerta y he entrado con ellos para revisar que todo está bien. Y aquí estoy en este momento, confirmándoles que no falta nada y que todo está en orden.

—Los vecinos no vieron ni escucharon nada. Ni vieron entrar o salir a nadie extraño. ¿Tiene algún problema con algún vecino que crea que pueda haberlo hecho?
—Ya le dije antes que no.

—¿Está segura?

—Te ha dicho que no.

No sé si me ha impactado más llegar a casa y encontrarme la puerta de esa manera o mirar hacia la puerta y verlo allí, de pie, en todo su esplendor.

Vaya, está guapísimo.

Joder, Paula, que no tienes quince y solo fue un beso. Buenos dos y el último espectacular. Pero no te crees una historia romántica en la cabeza.

¡Y menos con un crío!

Recuerda que son once años de diferencia, ¿vale?

Pero es que lo está, más que cuando me lo encontré en el pub. Y yo que era guapo lo sabía, ciega no es que sea. Pero tiene algo… No sé

qué es lo que desprende, pero ya sea seguridad, confianza o sensualidad…

Vale, esto último no pinta nada aquí, ¿eh? Joder, menos mal que no hemos pasado de los besos, que si no.

Lleno mis pulmones e intento pensar con claridad.

¿Qué demonios hace este hombre aquí?

No lo sé, pero el alivio que siento al verlo no puedo negarlo.

—¿Tú por aquí? —¿el policía suena burlón o es cosa mía?

—¿Puedo pasar?

—Sí —responde el agente de la ley, pero no es a él a quien se lo pregunta, sino a mí. Es a mí a quien mira.

¿Me está pidiendo permiso? ¿No se cree con el derecho esta vez?

Asiento con la cabeza y solo entonces pone un pie en mi casa. De repente todo el lugar se siente diferente. Más pequeño.

Su presencia lo cambia todo.

Estoy loca, muy loca.

Llega hasta mí y ni siquiera me regala una mirada. Se coloca a mi lado y mira al agente a la vez que se cruza de brazos.

—Cuéntame —dice con una seguridad arrolladora.

Yo habría puesto cara de "¿pero de qué vas?". Sin embargo, el policía solo asiente. Y, para mi sorpresa, le hace caso.

¿Pero qué?

Me di cuenta desde las veces anteriores que se conocían, pero no me imaginé que eran tan conocidos el uno del otro. Entre ellos se nota confianza.

¿Por qué o qué?

¿Quién es este hombre que está a mi lado y que parece la mayor autoridad del lugar?

—No hay huellas, no hay nada, ni una pista. No hay trifulcas con ningún vecino. Se les ha preguntado a todos, pero nadie vio nada. Ni escucharon nada. Ni vieron entrar o salir a nadie que no conocieran,

de ahí que pensara que podía ser uno de ellos, pero tampoco parece ser así.

—Ambos sabemos que no es así.

—Pero tampoco tenemos demasiado y lo sabes.

El pecho de Julen se hincha y sus fosas nasales también.

—Vi que la cerradura está en perfecto estado, supongo que no entró, ¿no? ¿En la casa no falta nada?

—No —digo yo, pero sigue sin mirarme.

Aprieta los labios con fuerza, parece que está pensando.

—Está bien. Envíame después todos los informes.

El policía enarca las cejas.

—¿Quieres que me sancionen?

Julen lo mira escéptico.

—¿Desde cuándo te importa que lo hagan?

El policía se ríe.

—Me debes una.

—¿Solo una? —Julen sonríe por primera vez— Pues sí que ha cambiado el marcador.

—No te creas, aparecerán en la lista de pendientes cuando me interese —me mira—. No podemos hacer mucho más aquí, ya el sub… —se calla por completo cuando Julen carraspea— Ya Julen la mantendrá al tanto extraoficialmente, oficialmente seré yo —enarco las cejas por la tranquilidad con la que lo dice—. En principio no hay peligro, puede dormir aquí. Hágalo en otro lugar si se siente incómoda.

—Prefiero quedarme en casa. Pero ¿no puede dejar una patrulla? Me sentiría más tranquila.

—No, lo siento —dice con pesar y mira a Julen.

—Me quedaré con ella.

—¡¿Qué?! —no quise exclamarlo, pero me ha salido así.

—Mejor —dice el policía, ignorándome igual que el otro prenda que

tengo al lado—. Estamos en contacto entonces. Señora… —con un gesto de la cabeza, se despide de mí y tanto él como los policías que aún pululan por la casa se van después de saludar a Julen.

¿Lo conoce todo el mundo o qué?

—¿Pensabas llamarme? —me pregunta en tono de reproche cuando la puerta de la casa se cierra y él se coloca frente a mí.

—¿Cómo supiste? Los conoces a todos, ¿verdad? ¿Cómo…?

—¿Pensabas llamarme, Paula? —vuelve a preguntar, insistiendo.

—No.

Esa es la verdad.

¿Había pensado en él? Sí.

¿Lo necesitaba cerca? Sí.

¿Había pensado en llamarlo? Sí.

¿Iba a hacerlo? No.

No iba a hacerlo. No podía arriesgarme a hacerlo.

—¿Por qué no? —pregunta.

—¿Por qué habría de hacerlo? —altiva.

—¿Por qué no, Paula? —se acerca un poco más a mí y su cercanía me provoca un escalofrío.

El ambiente ha cambiado. Hay algo en él… Algo entre nosotros.

—¿Estás enfadado?

—Decepcionado —responde.

—¿Por qué?

—Te toca a ti —frunzo el ceño al no entenderlo—. Te he respondido, ahora te toca a ti. ¿Por qué no, Paula? ¿Por qué no me llamaste?

Esa electricidad que existe entre ambos.

Soy incapaz de pronunciar nada.

—Te pedí que lo hicieras. Y sé que quisiste hacerlo. El alivio en tus ojos cuando me has visto entrar por la puerta no me lo he inventado. Como no me he inventado esto —nos señala a los dos— que ocurre

entre nosotros. Y sé que querías llamarme. Como ibas a hacerlo en el pub —levanto aún más la cabeza, altanera. Por favor, sigue conteniendo las lágrimas—. Entonces, ¿por qué no lo hiciste? ¿Por qué tienes que pasar por todo esto sola? ¿Por qué pasar miedo sola cuando estoy aquí? ¿Por qué no te tragas el maldito orgullo y tus malditos complejos y haces lo que deseas? Maldita sea, Paula, ¡¿por qué no me llamaste?!

Entonces exploto.

—¡Porque me da miedo! —exclamo yo también, perdiendo el control como lo hace él. Y dejo que las lágrimas salgan, ya no puedo controlarlas más— Maldito seas —lloro—. Me das miedo.

—Paula… —va a tocarme, pero me echo para atrás.

—Me das miedo tú. Me da miedo lo que siento —apenas puedo hablar—. Me da miedo todo esto. Me da miedo necesitarte y, joder, ¡me da miedo volver a sufrir!

Ahí está. Ahí tiene todo lo que quiere saber. ¿O no es suficiente?

Joder, todo me supera, ya no puedo más.

Me mira fijamente, la emoción en sus ojos.

—Niña tonta —dice antes de llegar hasta mí, coger mi cara entre sus manos y besarme como si no hubiera un mañana.

Y me dejo. Y lo beso también.

No tengo fuerzas, en este momento, para luchar contra todo lo que este hombre me hace sentir.

—No luches contra ello —dice, entre besos, como si me hubiera leído la mente—. No luches contra nosotros.

Vuelve a besarme y un gemido sale de mi garganta. Levanto mis manos las pongo sus hombros cuando él baja las suyas hasta mi cintura para apretarme contra él.

Yo tiro de él, sin querer soltar su boca. Devorándolo como necesito. Bebiendo cada sorbo de él.

—No —me quejo cuando separa nuestros labios.

Se ríe y niega con la cabeza.

—No te avergüences —dice al darse cuenta de que lo hago—. Nunca te avergüences por desearme —me da un dulce beso—. Yo siempre te desearé más de lo que tú puedas desearme a mí —jura y mira alrededor—. ¿El dormitorio? —me pregunta mirándome a los ojos, esperando a que le responda o a que me aleje.

—Allí —señalo el lugar sin dudar y una sonrisa se dibuja en su cara.

Me coge de la mano y me guía hasta allí. Entramos, enciendo la luz a su paso y me paro frente a él, delante de la cama.

Levanta las manos y las pone sobre mis mejillas. Las noto temblar y él sonríe, avergonzado.

—Hago un esfuerzo enorme por contenerme.

—¿Por qué te contienes?

—Porque no quiero que termine. Aún no lo hemos hecho y ya pienso en que no quiero que termine. Porque esto es lo que provocas en mí, Paula. Me haces sentir vivo. No, pequeña —limpia las lágrimas que salen de mis ojos con sus pulgares—. No quería entristecerte.

—No lo haces —reconozco—. Es solo que tengo miedo. Tú… Yo… Esto…

—Yo también, pero…

—¿Puedes…? —lo interrumpo.

—¿Si puedo qué?

Dudo en decirlo, porque puedo estar cavando mi propia tumba.

Si continúo con esto, me convertiré en una kamikaze. Yo, quien juró no arriesgarse nunca más, tirándome de cabeza por el abismo.

Por no poder controlar mis jodidas emociones.

Y no puedo. Sé que no puedo y que tengo la batalla perdida.

—¿Puedes besarme? Cuando lo haces no hay miedo.

Ahí está. Acabo de abrirme en canal. Me acabo de convertir en la diana perfecta.

Aquí, dispuesta a sufrir cuando toque.

—Joder, Paula —gime y ataca mi boca de nuevo.

Es duro, no es delicado. Está demostrándome que está tan hambriento de mí como yo de él.

Se separa de mí el tiempo justo para dejarme caer sobre la cama y lo abrazo por el cuello cuando deja caer su cuerpo sobre el mío, dejando que se acomode entre mis piernas, gimiendo cuando me clava su erección en mi entrepierna.

Nos besamos hasta magullarnos los labios mientras, casi sin darnos cuenta, nos quedamos desnudos. El uno junto al otro, mirándonos a los ojos, sintiéndonos piel con piel. Acariciándonos mientras nuestras bocas continúan conociéndose.

Su mano acaricia mi vientre, mi costado y coge mi pecho, apretándolo. Mirando lo que hace, sin perder detalle.

Agacha la cabeza y lame mi pezón.

Gimo de placer.

Me hace tumbarme sobre mi espalda y se pone de rodillas, a mi lado, desnudo. En todo su esplendor.

Es impresionantemente perfecto.

No puedo evitar levantar la mano y tocar sus abdominales. Está más musculado de lo que yo pensaba. Y me encanta lo que veo.

Lo de más abajo también.

Su mano se posa, en esta ocasión, sobre mi sexo y cierro los ojos al sentir cómo abre mis labios con sus dedos.

—Te voy a poseer, Paula —abro los ojos y me encuentro con los suyos—. Empecé entrando en esa linda cabeza. Seguiré por aquí —mete un dedo dentro de mí y creo morir de placer—. Y terminaré allí —mira mi pecho, se refiere al corazón.

Mete otro dedo más y yo creo que, de verdad, voy a desmayarme de placer. Los mete y los saca y me hace temblar en cada movimiento.

Dios, me encanta la sensación.

Muevo las caderas pidiendo más, pero él pone una mano sobre mi bajo vientre, evitando que me mueva y comienza a mover sus dedos más y más rápido.

Más y más hasta el fondo.

Me va a hacer caer…

Cuando roza mi clítoris con su dedo y lo presiona un poco, grito. De puro placer. Rompiéndome en pedazos, estallando como jamás lo había hecho.

Saca sus dedos de mí con delicadeza y abro los ojos cuando noto el contacto de su mano en mi piel. Se baja de la cama y no tarda mucho en volver a subir, protegiéndonos a los dos.

Se tumba sobre mi cuerpo y me da un dulce beso en los labios.

—Quiero ver esa cara cuando sea por mí.

—¿Qué cara?

—La que pones al correrte. Nunca vi nada tan bonito.

—Exagerado —río.

—Hmmm… —coloca su miembro en la apertura de mi vagina— Ya me dirás cuando te veas.

—No voy a ver eso —se me corta la risa y gimo cuando entra un poco en mí.

—Lo harás. Nos grabaremos y nos sentaremos los dos en el sofá, después, para mirar cómo follamos.

—Julen —debería regañarlo por su lenguaje, pero no lo haré. Porque me encanta. Me pone escucharlo decir ese tipo de cosas.

Quién me ha visto y quién me ve.

—Cuando veas eso, cuando veas lo perfecto que no solo se siente, sino también se ve entre nosotros —entra en mí por completo y yo grito de placer—. Entonces te darás cuenta, Paula, de que estos hechos el uno para el otro.

—Dios —echo la cabeza hacia atrás. Qué placer sentirlo—. ¿De verdad lo crees? —abro los ojos y lo miro mientras se mueve sobre mí.

—Haré que así sea —promete antes de bajar su cabeza y volver a besarme.

Ojalá sea como dice.

Seguimos besándonos y moviéndonos al compás del otro. Gimiendo sobre los labios del otro.

Tocando la piel del otro.

—Córrete para mí, pequeña —muerde mi labio inferior, tira de él y aumenta el ritmo de sus embestidas—. Y llévame contigo.

Lo hago. Me rompo de nuevo y los espasmos de mi vagina lo contraen con fuerza, llevándolo, como él pide, conmigo a través del abismo.

Caemos entre gritos de placer y juntos.

Y creo que me voy a quedar aquí, así, con él, por un ratito. No quiero volver a la realidad.

No quiero que esto que siento ahora mismo cambie o desaparezca.

Me aferro a él con fuerza. No quiero soltarlo.

Capítulo 14

Julen

—Desde luego me puede morir esperando a que me llames.

Cierro con cuidado la puerta del dormitorio al salir y me alejo.

—Acaban de irse los policías —miento.

Con lo que odio mentir y a este paso, con Leo, me voy a convertir en un experto.

—¿Y dónde estás?

—En casa de tu hermana.

—Ah… ¿Y por qué demonios susurras? ¿Dónde está mi hermana?

Bueno, dónde está no necesitas saberlo.

—No estoy susurrando, no empieces —resoplo, haciéndome el indignado.

Pero susurro más que antes, no quiero que ella me escuche. Aún no sabe quién soy y cuando eso ocurra…

No sé cómo se lo tomará.

Ella tiene bastantes prejuicios cuando se trata por mí por la edad y no sé cómo va a tomarse que, además de ser más joven, sea el mejor amigo de su hermano.

Lo que tengo con ella es lo mejor de mi vida. Lo que ha pasado con ella en ese dormitorio ha sido espectacular.

Lo que esa mujer provoca en mí es pura vida.

Y yo no quiero perder eso.

Por eso, y porque tampoco tuve aun la oportunidad, sigue sin saber quién soy.

—¿Dónde está Paula?

—¿Paula? ¿Tu hermana?

—Aja…

—En el baño.

—En el baño...

—Sí. Estaba muy nerviosa cuando llegué e iba a tomar un baño relajante mientras yo tomaba huellas —no soy malo mintiendo, soy lo peor.

—¿Tú tomando huellas?

—Increíble, ¿no? A Alberto no le da miedo mi padre.

—¿Tu padre sabe que tú estás en esto?

—No, aún no.

—Hmmm… Y dijiste que mi hermana iba a tomar un baño relajante.

—Eso dijo, sí…

—Ya… ¿Julen?

—Dime.

—Mi hermana odia los baños relajantes.

En pánico estoy y más en pánico entro cuando alguien aparece por detrás de mí y me quita el móvil.

—Pues esta vez necesitaba uno —dice Paula.

Cierro los ojos con fuerza. Maldita sea, ¿cuánto ha escuchado?

Sin querer hacerlo, me giro y me enfrento a ella. Y no sé cómo voy a hacerlo, no me puedo concentrar con esa mujer vistiendo mi sudadera.

¿Acaso hay cosa más sexy en este mundo?

Ya la tengo dura. ¿Cómo es eso posible?

Carraspeo, dejando mis pensamientos a un lado cuando me encuentro con su fría mirada.

—¡Paula! ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —pero no me mira bien—. La policía ya terminó aquí, tu amigo —esas dos palabras no han sonado bien, las ha dicho con retintín— es más obsesivo que tú. A ver si termina y se va.

Enfadada es poco.

—Aja… No hace falta, Leo, me quedaré aquí. Todo está bien

—escucha a su hermano y me da el teléfono—. Quiere hablar contigo.

—Julen, ¿te importa quedarte con ella hasta que yo llegue? —que si me importa. Para nada. Pero viendo lo enfadada que está, no prometo que no me abra la cabeza antes de que llegues— Podré estar ahí en menos de una hora.

—¿No trabajarás toda la noche?

—No, me van a cubrir. No estoy tranquilo.

—Lo entiendo.

Yo tampoco lo estaría.

—Cuida de ella y gracias de nuevo, bro, te debo la vida.

La hostia de mi vida me vas a dar cuando te enteres de lo que ocurre entre tu hermana y yo.

Cuelgo la llamada y dejo el móvil en la encimera. Me había metido en la cocina, pero de poco me ha servido.

Paula está apoyada en el marco de la puerta, sus brazos cruzados. La miro de arriba abajo y evito gemir al mirar esas perfectas piernas.

—Pequeña…

Ella niega con la cabeza, no quiere que me acerque.

—¿Desde cuándo lo sabes?

Sé qué es lo que está preguntando, no tiene que explicarme.

Suspiro, menos mal que al menos me puse el bóxer porque una discusión en pelotas no es algo que me guste si no va a acabar en sexo.

Y esta me da que no terminará así. Por desgracia.

—Até cabos en comisaría y después te vi con Leo.

—¿Y él sabe que nos conocemos?

—No. Me llamó antes para contarme lo de la puerta y me pidió ayuda.

—¿Ayuda a ti? ¿Por qué te pediría…? —levanta la mano y abre los ojos de par en par un instante después— Así que tú eres ese Julen. Si te vi en las fotos que me enseñó mi hermano. Joder, ¿cómo no te reconocí? Eres el poli, ¿no?

Está impresionada, es innegable.

¿Cuánto sabe? ¿Cuánto le ha contado Leo de mí?

Porque yo de ella sé mucho.

Conozco cómo la traicionaron y lo mal que lo pasó. Conozco cómo todo eso la cambió.

¿Pero y ella? ¿Cuánto sabe ella de mí?

—Ya no.

Ríe sin ganas, casi parece que va a llorar.

—Me he tirado al mejor amigo de mi hermano.

—Paula —le recrimino.

—¿Qué? ¿No es eso lo que he hecho?

Resoplo. Ahora soy yo quien se está enfadando.

—No denigres lo que ocurrió —le advierto.

—Maldita sea, Julen. No solo eres once años menor que yo, ¡once! Que debo estar loca para fijarme en un crío —gruño al escucharla—. No solo eres mucho más joven que yo, sino que, para colmo, eres el mejor amigo de mi hermano —se separa de la puerta—. ¡De mi hermano! ¿La vida se está riendo de mí o qué?

Se da la vuelta y va hasta el salón, enciende una pequeña lámpara de pie. La sigo, la cojo a medio camino y la paro agarrándola del brazo.

—¿Cambia algo de eso lo nuestro, Paula?

—¿Que si lo cambia? ¡Claro que lo cambia! —se pasa su mano por el pelo, está desesperada y en parte la entiendo.

Me apoyo en la mesa que tengo detrás, me dejo caer un poco en ella, sin llegar a sentarme, abro mis piernas y la coloco entre ellas.

Está tan concentrada en lo que sea que se le esté pasando por la cabeza que no se da cuenta de la posición en la que está.

—¿Y qué cambia exactamente? —pongo mis brazos alrededor de la cintura y la pego a mí.

—Julen —me advierte cuando se da cuenta.

—¿Qué cambia exactamente, Paula? Dímelo. Quiero saberlo.

—Pues que eres… Eres… —gime cuando mi mano acaricia su trasero desnudo.

—¿Soy…? —si tengo que usar el sexo para quitarle las tontas ideas de la cabeza, lo haré.

Tiene que pensar con la cabeza fría, no con la mente preocupada o con miedo.

—Dios —se deja caer, su cabeza entre mi cuello y mi hombro, el cual muerde para no gritar cuando acaricio su sexo.

—¿Soy Dios? —río.

—Idiota —se queja y me da con la mano en el brazo.

—¿Entonces qué soy?

—Mala persona, eso eres.

—Hmmm… —muerdo su cuello y meto mis dedos en ella— ¿Como has descubierto que soy mala persona ya no me dejarás follarte de nuevo?

Agarro su pecho con la otra mano y la que tenía en su sexo, la saco y acaricio su otro orificio. Un escalofrío la recorre.

Me encanta provocarla así. Tengo tanto que experimentar con ella…

—Julen —suspira.

Me separo de ella, dejo que se apoye en la mesa y río al escuchar cómo protesta. No tardo en volver con el preservativo puesto, desnudo ya. A la mierda el bóxer.

Vuelvo a ponernos en la misma posición.

—Quítatela —le señalo la sudadera.

Lo hace y estoy por decirle que se tape. Mi erección salta, está preparada.

Y no voy a hacerla esperar mucho.

—Apóyate aquí, a mi lado y abre las piernas —le ordeno.

No protesta. No se queja.

Solo obedece, sale de entres mis piernas y apoya sus manos en la mesa.

Yo me coloco detrás de ella. Pongo la mano en su nuca y la bajo, acariciando su espalda. Acaricio su trasero y no paro hasta llegar a tocar su sexo.

Está empapada.

Te gusta que te den órdenes, ¿pequeña?

Me encanta que así sea como me encanta lo madura que es como mujer. Sabe que no es perfecta, como nadie. Pero no deja de mostrarse como es. No se avergüenza de su cuerpo y no hay nada más sexy que eso.

Natural y libre.

—Agáchate —la ayudo a hacerlo y nos pongo en posición.

La agarro por las caderas y tras colocar mi pene en su entrada, empujo. Solo una vez, con fuerza y estoy dentro de ella.

Grita de placer y yo me quedo quieto. Completamente quieto. A punto de correrme aquí mismo. La agarro por la cintura con una mano para mantenerla pegada a mí.

Esta mujer me lleva al límite.

—Cada vez que quieras huir te follaré, Paula —salgo de ella y vuelvo a entrar, haciéndonos gemir a los dos—. Cada vez que encuentres una excusa para no estar conmigo —fuera—, también te follaré —dentro de nuevo. Dios, cómo se siente—. Te dije que si la vida volvía a ponerte en mi camino —fuera—, no volvería a marcharme —dentro, fuerte.

Oh, señor. Los movimientos rítmicos. Duros. Agonizantes. Me muevo con fuerza, llevándola conmigo.

—Julen, por Dios —está a punto, está desesperada.

Acaricio su espalda con mi dedo, dedo que termina en su ano.

—Te poseeré, Paula —salgo—, lo haré con cada parte de tu cuerpo —entro en ella y mi dedo lo hace en su ano.

Oírla gritar así, disfrutando, es el mejor sonido del mundo.

—Conoceré tu cuerpo mejor que tú misma —salgo, dejo el dedo introducido en su ano y bajo la otra mano hasta su sexo—. Será mío, pequeña. Dámelo —entro en ella, pellizco su clítoris y la hago gritar como nunca.

Los espasmos de su vagina aprietan mi pene y un calor me recorre el cuerpo. Es mi momento y lo dejo salir.

—Dios mío —termino sobre su espalda, casi desmayado. Jamás me había corrido de esta manera.

—Julen.

Gruño y me levanto, separándome de ella. La ayudo a incorporarse, la giro y la acuno entre mis brazos.

—Tampoco dejaré que tú te marches —suena a juramento y lo es.

Haré lo que sea que haga falta para que esta mujer no se vaya nunca. Seguramente no lo tendremos fácil y seguramente ella tiene razón en eso, el mundo aún no está preparado para muchas cosas, por más que se quiera.

Pero no me importa los obstáculos que me ponga la vida, no dejaré que lo único que me da felicidad desaparezca.

Siento que un nudo en la garganta cuando ella me devuelve el abrazo.

—¿Eso de antes es poseerme?

Me separo y la miro a los ojos. Sonríe, se ve divertida. Lo cual me gusta.

Pongo la mano en su mejilla y le doy un dulce beso en los labios.

Eso no es poseerla, eso lo haré cuando entre, por fin, en su corazón.

Como ella ha entrado en el mío.

Por muy de locos que pueda parecer.

—Será mejor que te vistas o vamos a meternos en un problema y tu hermano nos va a encontrar así —le advierto.

Su cara pierde el color y yo río.

—Julen, yo… Deberíamos de esperar antes de que mi hermano sepa nada.

—¿Eso significa que hay un nosotros? – río al ver su casa de odio.

——Todavía voy y me arrepiento.

—Jamás —le prometo con seguridad—. ¿A qué necesitas esperar? ¿A que nos conozcamos mejor?

—Tenemos mucho de lo que hablar.

Sí, demasiado.

—Necesitas esperar a que te sientas segura de mí. De ti. De nosotros.

Ella desvía la mirada.

—Lo siento.

—No lo hagas, lo entiendo —hago que me mire de nuevo—. Lo nuestro no debe de ser un problema para ninguno de los dos. No vamos a convertir algo bonito en eso. Así que si necesitas tiempo, lo tendrás.

—Gracias.

—No me las des, no será fácil para ti tampoco el mantener esto en secreto.

—No veo por qué no debe de serlo.

Un rato después, cuando Leo llega para quedarse a cargo de su hermana y yo la beso mientras él va al baño y ella protesta porque el beso termina demasiado pronto entiende, por fin, a qué me refería.

Ocultar lo que Paula significa para mí no va a ser fácil. Y mentirle a Leo, ocultándole algo así, tampoco es algo que me guste.

¿Pero qué puedo hacer?

Me despido de los dos y me marcho a casa. Reticente, porque no quiero irme, no quiero alejarme de ella.

Tenemos tanto de lo que hablar, tenemos tantas cosas que conocer el uno del otro que no quiero separarme ni un momento de ella, pero me toca.

Salgo del portal y, como siempre suelo hacer, echo un vistazo alrededor.

Y es entonces cuando algo llama mi atención.

¿Tendré razón yo?

Capítulo 15

Paula

—¡Buenos días! —llego al bufete y entro en mi oficina después de saludar a mis compañeros— ¿Sí, jefe? Dígame, ¿en qué te puedo ayudar? — pregunto cuando este entra en mi despacho detrás de mí.

Dejo el bolso y mi abrigo en el perchero y me siento tras el escritorio. Lo miro con una sonrisa y él abre los ojos de par en par.

Entonces mira hacia fuera, después me mira a mí. Así como cuatro o cinco veces.

Enarco las cejas y espero con paciencia.

Espera, ¿con paciencia? ¿Yo? Pues eso parece, sí.

Lo que le cambia a una el humor con un buen polvo.

Suelto una risita. En realidad fueron más de uno.

Y ni siquiera el que mi hermano pasase la noche en casa y no me dejase ni a sol ni a sombra con la jodida preocupación agrió mi humor.

—Abogada Noriega —me habla con cautela, casi temeroso.

No sé a qué tiene miedo exactamente, no soy un cachorro salvaje que en cualquier momento se va a abalanzar sobre él.

—Jefe…

—Esto… Verás… —mira hacia fuera de nuevo y otra vez a mí— ¿Estás bien?

Estupendamente.

Mejor que nunca.

Tengo la entrepierna escocida, ¿no es eso estar bien?

—Sí, ¿y tú?

Creo que le ha entrado algo en el ojo.

—Muy bien, gracias.

—De nada —sonrío—. ¿Te puedo ayudar en algo?

—¿Eh? No, no. Solo quería asegurarme de que estabas bien después del incidente del bicho ese, ya sabes.

Pongo una mueca de asco.

—Esperemos que no se repita.

—Sí, eso mismo pido yo. Que sigas bien.

Qué rara es la gente, ¿no? A saber qué le pasa.

Saco los auriculares del bolso y me los coloco. Camela y Cuando zarpa el amor, ¿algo mejor que eso para tener un buen día?

El jefe

—Yo creo que la mordió la rata o algo, esto no es normal —frunzo el ceño mientras miro a las dos secretarias y a los abogados del bufete que se reúnen alrededor de ellas cuando me ven aparecer.

—Yo pienso lo mismo, jefe —una de las secretarías está de acuerdo conmigo.

—Yo creo que se droga. Otra cosa no me cuadra —dice el Abogado Larios, el tocapelotas, como lo llamaría la Abogada Noriega.

—Pues a mí me suena a amor —dice la otra secretaría.

—¡¿A amor?! —exclamamos los demás, a la vez.

—Cuando zarpa el amor, navega a ciegas es quien lleva el timón. Cuando sube la marea al corazón. Sabe que el viento sopla a su faaaaavor. No podemos hacer nada por cambiar el rumbo que marcóóóóó para los doooooossss. ¡¡¡Cuando zarpa el amor!!!

—El amor —suspira la chica.

Todos miramos, aterrorizados, hacia la puerta del despacho de la

Abogada Noriega, quien canta a todo pulmón.

—Si existe un hombre capaz de soportarla, yo quiero conocerlo —dice el abogado tocapelotas.

—Y yo. Y yo.

Se merecerá el cielo el pobre hombre.

—Bueno, tampoco es para tanto —resopla una de las abogadas más antiguas—. Ella no siempre fue la mujer de hielo, ¿o ya nadie se acuerda?

Busco en mi memoria. Y busco más.

Niego con la cabeza.

—No, no me acuerdo.

La abogada niega con la cabeza.

—Siempre fue una chica dulce, cariñosa y buena. Pero el cabrón que la dejó por otra la convirtió en esto —señala hacia donde ella está—. Si llegó alguien y volvió a sacar su lado humano y dulce, habrá que felicitarla.

Eso sí, eso seguro. Y a él habrá que ponerle un altar.

El abogado tocapelotas se queda embobado mirando a la puerta.

—Yo sí lo recuerdo —suspira—. Pero de esa mujer ya no queda nada —dice con pesar.

Entonces vienen momentos a mi memoria de cuando ellos dos eran buenos compañeros y suspiro, también, pesaroso.

—Pues parece que esa mujer está ahí —miro hacia la puerta—. Solo tenemos que hacer que vuelva a salir.

—¿Cómo? —preguntan los demás a la vez.

Me encojo de hombros.

No lo sé, habrá que averiguarlo.

—Abogada Noriega.

Miro hacia la puerta y sonrío.

—Dime, Carlos.

Él abre los ojos de par en par. ¿No es así como se llama?

—Esto… —carraspea— ¿Estás bien?

—Sí, ¿y tú?

—Yo bien, bien. Es que como no me has llamado abogaducho o tocapelotas.

Sonrío.

—Si quieres lo hago.

—¿Qué? No, ¡no! —niega rápidamente con la cabeza— Sigue así.

—¿Así cómo?

—Como sea que estés.

—Ah —me río mientras lo veo desaparecer.

—Por cierto —vuelve a asomarse—. ¿Cómo se llama él?

—¿Quién es él? —y se tapa la cara con los brazos.

Enarco las cejas y espero a que baje los brazos y me mire de nuevo.

¿Estaba esperando que le tirase algo o qué?

Qué exagerado.

—Pues no sé, eso es lo que estoy preguntando. ¿Quién es él?

Sonrío y vuelvo a centrarme en los papeles.

Él es… Él.

—¿Con quién? —mi amiga tiene la cara completamente desencajada— ¿Con el guaperas?

Le he contado todo lo de los últimos días y en vez de preocuparse por

la parte policiaca, se preocupa por la sexual.

Laura y sus cosas.

—Shhh… Baja la voz, que se va a enterar todo el bar.

—Deberían, sí. Para celebrarlo con nosotras —suelta una carcajada—. Hija de puta y parecías tonta.

Evito sonreír, pero en verdad quiere hacerlo. Pero termino frunciendo el ceño.

—¿Cómo sabes que es guapo?

—Porque lo conozco.

—¿Lo conoces? ¿De qué lo conoces? —y no, no son celos.

—Me lo encontré uno de los días que fui a tu casa a recoger mi comida. Además, te lo dije.

—Aun no entiendo por qué te llevas la comida de mi casa.

—Porque tu madre me la prepara.

—Aun no entiendo por qué te la prepara.

—Porque me quiere.

—Aun no entiendo por qué te quiere.

—Porque soy mejor hija que tú —se bebe media cerveza y ríe—. Qué cabrona. A mí se me cayeron las bragas cuando lo vi. Menudo bombón.

—A ti se te caen las bragas con cualquiera.

Y por eso no le di importancia a la cantidad de elogios que usó cuando habló de él.

Ya podía haberlo hecho y haberlo conocido antes. Mi entrepierna lo habría agradecido.

Por Dios, Paula, ¡qué salida!

Salida no, necesitada que estaba.

—Eso también es verdad.

Las dos soltamos una carcajada.

—¿Tu hermano lo sabe?

—No.

—¿Tu madre?

—No.

—No tardarán —niega con la cabeza—. A esos dos no les puedes ocultar las cosas. Tu madre tiene complejo de bruja Lola. O a lo mejor tiene una bola de cristal y ve las cosas incluso antes de que pasen, así que se dará cuenta de que algo pasa y tu hermano sí es medio tonto, pero como sigas con esa cara de felicidad de mujer recién follada, y follada de verdad, además. Hasta él se va a dar cuenta.

—Qué bruta eres.

—Todo lo bruta que quieras, pero si quieres mantener el desliz en secreto. Shhh…. —pone un dedo sobre los labios.

—El desliz —suspiro y ahora soy yo quien se bebe media cerveza—. ¿Solo es un desliz?

—Contigo lo dudo. ¿Pero qué hay de él?

—Él parece tenerlo más claro que yo.

—Normal, no tendrá tantas tonterías como tú que ya estarás pensando en lo que va a decir la gente por la diferencia de edad.

—Es que existe, Laura.

—¿Y qué? Mi mejor polvo fue con uno de veinticinco cuando yo tenía treinta y seis —bufa—. Y podía haber seguido siendo así si no me hubiera asustado.

Recuerdo esa historia. Nunca supe quién es él, no llegué a conocerlo. Pero sé que Laura lo pasó mal.

—Entonces me entenderás.

Ella asiente con la cabeza.

—Sí. Y por eso mismo te diré que me arrepiento de lo que hice. Porque mal puede salir siempre, pero al menos me habrían quedado bonitos recuerdos. ¿Pero así? ¿Huyendo sin ni siquiera darle la oportunidad a nada? —niega con la cabeza— Me pregunto cada día si de haberme arriesgado, él seguiría a mi lado.

—Lo sigues queriendo —y me impresiona saberlo.

Laura siempre alardea de uno y de otro, yo sé que en el fondo es más sentimental de lo que aparenta ser, pero de ahí a que continúe enamorada hasta ese extremo de ese chico que la marcó, no me lo esperaba.

—Lo querré siempre.

—¿No lo has vuelto a ver?

—Nos vemos a menudo, pero le hice mucho daño —sonríe con pesar—. Si tienes sentimientos por él, no lo dejes, Paula. No dejes que el mundo te joda lo poco bonito que nos da —se limpia un lágrima y termina su cerveza.

—No solo es la edad, es el mejor amigo de mi hermano.

—A tu hermano que lo follen —escupe y yo suelto una carcajada.

No lo puede ni ver.

—Y a ese de allí que os mirará mal, que lo follen también. Y a la malfollada alcahueta que está en el supermercado y que os mirará mal y dirá "si podría ser su madre", que la follen también.

—Amén.

—Nadie te decía nada cuando estabas con el hijo de puta que parecía perfecto y te destrozó. Vino esa mala pécora y se lo llevó. No permitas que nadie vuelva a quitarte algo si te hace feliz.

—Joder, estás fuerte, ¿eh?

—Fuerte el tío ese, Paula. Dios mío, dime que en la cama es como creo que es.

Me pongo roja. No, ¡grana! Y ella suelta una sonora carcajada.

—Dios, lo sabía. Y menos mal que tuviste suerte, porque a esa edad no son todos muy buenos, ya sabes que con la edad y con la experiencia no cualquiera nos hace pasar un buen rato. Y para colmo es poli —ríe—. ¡Camarero, otras dos, por favor! —exclama entre risas— Es poli y te va a proteger. ¿Ese tío tiene algún defecto?

Niego con la cabeza, Laura y sus locuras.

Me río con ella, pero en el fondo siento pena.

No me gusta verla llorar por alguien. No me gusta que lo siga pasando mal.

Sé que se guarda cosas, a la vista está que no me ha contado nada de cómo se siente con respecto a ese hombre, pero lo tiene ahí.

La herida está abierta y todavía le duele.

Ojalá sane algún día y ojalá vuelva a ser feliz.

Si puede ser con ese hombre.

Si no, con alguien que la quiera como se merece.

Capítulo 16

Julen

—Hola, Sara. Esta vez he tardado demasiado en venir a verte, ¿no? Lo siento. He estado un poco ocupado, pero no me he olvidado de ti —dejo el ramos de flores en su sitio, me siento a su lado, en el suelo. La cartera ya en mi mano y de ella saco la fotografía que guardo. La desdoblo y suspiro con pesar al ver su cara—. Nunca me he olvidado de ti, ni un solo día te has ido de mi mente. Sabes que siempre serás parte de mí —suspiro con pesar—. Me siento mal. Y la verdad es que he tardado en venir porque me siento culpable. He conocido a alguien, Sara. Y yo… —aprieto los labios, no quiero llorar— No quiero hacerte daño —miro al frente e intento respirar. No es fácil venir aquí, nunca lo es. Me duele el pecho siempre que lo hago y a veces siento que me voy a volver loco por los recuerdos, pero siempre vuelvo. Se lo debo— Me siento mal por haber encontrado el amor. Me siento mal porque ella me necesita y por ella he decidido volver a ponerme el uniforme. Me siento mal por fallarte —cojo aire—. ¿Sabes qué? Sé que te gustaría. Seguro que seríais amigas. Es una gran mujer. La gente piensa que es desagradable y fría, pero no es así. Ha sufrido mucho y tiene una enorme coraza. Yo haré que poco a poco se olvide de ella. Sé que cuando me conozca, lo hará. Es mayor que yo, once años —me río—. Sí, sé que estarás poniendo los ojos en blanco y preguntándote qué importa eso. A mí no me importa, pero para ella… Para ella es diferente. Tiene miedo al qué dirán. Tiene miedo a sufrir de nuevo. No lo haré, Sara. Me conoces y sabes que nunca le haría daño —limpio las lágrimas y vuelvo a coger aire—. Te la presentaré. Estoy seguro de que querrá saludarte —miro la foto y dejo que las lágrimas sigan fluyendo—. Lo siento —susurro—. Siento no haber podido salvarte —me limpio la cara con rabia—. Espero que algún día puedas perdonarme.

—¿Cuándo vas a perdonarte tú?

Me levanto al verla, guardo la foto y la cartera en el bolsillo y limpio

mi cara de lágrimas.

Ella sonríe con tristeza, deja el ramo de flores sobre el nicho de su hija y suspira.

—Hacía un tiempo que no te veía por aquí y pensé que, por fin, habías pasado página.

Niego con la cabeza, no es algo que pueda hacer.

—¿Cómo está?

—Perdí a mi hija, nunca volveré a estar bien. Pero sobrevivo. ¿Y tú? ¿Cómo estás tú? No quise escuchar, pero… Me alegro de que haya alguien.

Las lágrimas vuelven a salir sin control.

—Lo siento.

—¿Lo sientes por vivir? —niega con la cabeza, también llorando— Mi hija te adoraba, Julen, pero ya no está. Incluso si estuviera, no la correspondías del mismo modo y no es tu culpa. En cualquier momento habría aparecido alguien. Nunca habría sido ella.

—Siempre la quise.

—Lo sé —sonríe, coge mi mano entre las suyas y la aprieta—. La vamos a sacar de aquí, me llevaré sus cenizas a casa. Esto es una tortura para mí.

—Lo entiendo.

—Despídete de ella, Julen. Ya es hora de que la dejes ir y de que vivas tu vida —levanta una mano y la pone en mi mejilla—. No fue tu culpa, no fuiste tú quien la mató. Ni podías haberlo evitado.

La abrazo y dejo que todo lo que tengo salga afuera.

—Gracias —digo al separarme de ella.

—¿Es guapa? —asiento con la cabeza y ella sonríe— Se te iluminan los ojos, así que debe de serlo. Haz que Sara, donde esté, te vea siempre feliz. Nada le gustaría más que eso. Y yo también quiero verte feliz.

—¿Cómo está…? – no sé ni cómo preguntarlo.

—¿Luis? —suspira— Sigue en su mundo. Sigue con tratamiento

psiquiátrico. Se pasa la vida en el taller y trayéndole flores a Sara. Y yo tras él, recogiéndolas cuando se amontonan. Es lo que hice hace un rato.

—Estaba muy unido a ella.

—Sí. Lo sigue pasando muy mal.

—¿Me sigue culpando?

—Él no está bien, Julen. No se lo tomes en cuenta.

—Ojalá mejore.

—Ojalá. ¿Tú volviste a ponerte el uniforme?

—No —¿cómo hacerlo?

—Qué cabezota fuiste siempre. Sara te daría dos collejas y te obligaría a ponértelo.

—Sí —sonrío—. Ella era así.

—Te siguió en tu sueño, ¿no crees que es injusto que no lo cumplas? A ella no pudiste salvarla, pero a otras personas sí podrás —me da unas palmaditas en la mano—. Mira hacia adelante, Julen. Y recupera tu vida. Eso querría ella.

—Lo sé.

—Ahora vete. Y prométeme que la próxima vez que nos veamos, estarás vestido de uniforme.

Asiento con la cabeza, le doy un beso en la mejilla y tras mirar el nicho por última vez, me marcho de allí.

—Pensé que era una broma pero no, estás aquí.

Miro cómo mi padre pasa por mi lado y se sienta tras su escritorio.

Se acomoda en el sillón de piel y me observa detenidamente.

—¿Vas a volver? —pregunta.

Como siempre, directo al grano.

—Necesito tu ayuda.

Él enarca las cejas y espera a que continúe.

No es fácil, hace mucho tiempo que no veo a mi padre. Me ha impactado ver que los años no pasan en valde y que está bastante más envejecido de lo que me esperaba.

Pero sigue siendo él. Sigue siendo ese hombre alto y atlético tan parecido a mí. Lo único que nos diferencia y que yo he heredado de mi madre es el color de pelo. Mi padre es rubio. Por lo demás, soy una calcamonía de él.

Quizás, por ser tan parecidos, hemos chocado siempre tanto.

Por eso y porque me sentí muy solo por su culpa.

—¿El caso de la abogada?

Ni siquiera me sorprende que lo sepa.

—¿Cuánto sabes?

—Todo —saca un sobre del cajón y lo pone sobre la mesa—. Sabrás de cuándo es esto —saco las fotografías y resoplo.

Son fotografías de la noche anterior. Yo saliendo del portal. Yo mirando alrededor… Frunzo el ceño. El coche que vi con alguien sospechoso dentro.

—¿Y esto?

—La matrícula es falsa y como solo fue un segundo, no se pudo fotografiar bien al conductor. Demasiado oscuro. Ni siquiera podemos asegurar que esté allí por ella, pero después de todo lo que ha pasado, la posibilidad es grande. Se marchó nada más verte salir, lo siguieron, pero logró despistar a los agentes.

—¿Y esto qué significa? —lo miro, de nuevo, a los ojos.

—Yo mandé a un par de agentes encubiertos. También siento que aquí hay algo más. Iba a llamarte, pero te has adelantado.

Llaman a la puerta y saludo a Alberto al verlo entrar.

—Cómo me encanta verte por aquí —me da unos golpecitos en el

hombro.

—¿Algo nuevo? —pregunta mi padre.

—El ex del que nos avisó Julen y del que se puede desconfiar porque los asaltos comenzaron justo cuando él llegó a la ciudad, tiene coartadas sólidas. Así que descartado.

—Al menos por ahora —digo.

—Sí. Y el dueño del arma tenía coartada para la anterior, pero ninguna sólida para la pintada de la puerta. Nos desubica un poco porque lo del callejón parece ser que es algo aislado, pero lo de la puerta cuadra con algo que haría el agresor del arma y físicamente cuadran.

Es así, tal como lo explica Alberto.

—¿Y los peritos? ¿Algo nuevo? —pregunta mi padre.

—El coche es pintado, no es su color original. Entre eso y la matrícula…

—No iba a dejar que lo cogiéramos —termino yo por él.

—Básicamente, tonto no es —confirma Alberto.

—Pero listo tampoco —dice mi padre—. Volverá a actuar y cada vez será menos cuidadoso —me mira—. Tiene protección las veinticuatro horas.

—¿Cómo lo conseguiste? —pregunto.

No es tan fácil.

Él se encoge de hombros.

—Para algo soy el comisario. No tienes que preocuparte por eso, es cosa mía. Lo único que tienes que hacer es coger la placa y la pistola y volver de una jodida vez. ¿O vas a seguir con la pataleta?

Aprieto los dientes.

—Vuelvo por ella.

Mi padre pone un mohín en sus labios.

—Tus razones son cosa tuya. Y tu lugar este. Así que me da igual qué o quién te haga volver mientras lo hagas —mira a Alberto, el

subinspector de policía que tengo al lado—. Supervisa que la vigilancia de la abogada esté bien organizada, no quiero que la pierdan de vista ni un momento. También quiero que controlen al portador del arma de la primera trifulca. Aunque mi instinto me dice que no es él y, además, no lo perdáis de vista. También quiero que me mantengáis controlado al ex. No me importa si usas a media comisaría, ¿me entiendes?

—Sí, comisario.

—Tú —espera a que mi compañero se marche y me mira—. No puedo darte el caso. Ya no solo porque acabas de reincorporarte, sino porque estás involucrado sentimentalmente con ella.

—No me puedes dejar al margen.

—No lo haré, pero supervisaré todo.

—Está bien.

—Sé que piensas que no me importas, Julen pero no es así. Y en el fondo lo sabes. Sé que lo sabes. No he sido el mejor padre, no lo he hecho bien. Y si puedo ayudar ahora, lo haré. Puedes estar tranquilo, no voy a dejar que pierdas a la mujer que te importa.

Noto la emoción en su voz y sé que los recuerdos de mi madre vienen a él.

La echa de menos, lo sé. Lo he sabido siempre. Y no ha sabido gestionarlo.

Al final me voy a parecer más a él de lo que pienso.

—Recupera tu placa y tu arma y ven. Necesito que me cuentes todo lo que sabes. Hasta el color del pijama favorito de esa mujer si es necesario, ¿está claro?

—Sí, comisario.

—Bien… Otra cosa. Cuando esté caso termine, daré validez, de una vez, al ascenso. Así que céntrate de una vez y coge las riendas de tu vida.

Nunca legué a convertirme en subinspector. La desgracia ocurrió antes de que fuese oficial.

Me levanto y marcho hacia la puerta. Me quedo parado con la mano en la manilla y suspiro.

—Papá… Gracias.

Noto cómo llena sus pulmones de aire. Sé que está emocionado.

No acabamos en buenos términos. Cuando Sara murió, me culpé tanto, me autodestruí tanto que él no podía entenderlo. Él había perdido a alguien a quien amó y siguió adelante y yo…

Yo dejé todo mi mundo, solo me dediqué a sobrevivir con la culpa.

Quizás ahora lo veo todo desde otra perspectiva. Ahora hasta puedo entender no solo que en su momento hizo lo que pudo, mejor o peor. Entiendo que pudiese odiarme al ver cómo tiraba mi vida por la borda.

El tiempo me ha ayudado a madurar.

—Cuando todo esto acabe, hablaremos —dice él.

Sí, eso haremos.

Cuando toda esta pesadilla termine y yo coja al cabrón que quiere hacerle daño a la mujer que quiero.

Capítulo 17

Paula

—Joder, qué ganas tenía de verte.

Y me arrea un beso que ni en las películas. Un beso que hace que mis piernas se vuelvan de mantequilla y no me sujeten, por lo que termina sujetándome él.

—Hola —susurro contra sus labios cuando termina el beso.

—Hola —susurra él y me da un beso en la frente.

Es tan dulce…

Se separa de mí lo suficiente para mirarme.

—Tienes demasiada ropa encima —me río, le doy en el brazo y entro en la casa. La puerta ya sin la pintada—. Que no me malinterpretes, te queda perfecta. Joder, te hace un buen culo.

—¿Solo me quieres por mi cuerpo?

Grito cuando tira de mí y caigo sobre su cuerpo, en el sofá.

—¿Es malo que me guste?

Me acomoda sobre él y me mira.

—Es malo que solo te guste eso.

—¿Crees que eso es lo único que me gusta de ti?

—No creo que te gusten mis canas —intenta bromear, pero es un tema que me preocupa.

Se pone serio.

—La edad no es problema para mí, Paula. Sé que no me crees y no tienes que hacerlo. Aún tengo que demostrarte que puedes confiar en mí y en mi palabra. Te lo demostraré y espero que con el tiempo consigamos que a ti tampoco te importe.

Sonrío. Y aunque intento que el tema no me afecte, claro que lo hace.

Me da un dulce beso en los labios.

—Tenía pensado llegar y follarte hasta dejarte sin aliento, pero creo que antes vamos a tener que hablar y tranquilizar a esta preciosa cabecita —dice tocándola.

Me muerdo el labio, pícara. Me muevo y me siento encima de él, con una pierna a cada lado de su cadera.

Pone las manos en mi trasero y los ojos se le oscurecen.

—¿Y no podemos seguir con tus planes y después hablar?

Me aprieta contra él y pone una mueca.

—Demasiada ropa entre los dos para eso.

Dejando a un lado la vergüenza, me pongo de pie y, sin dejar de mirarlo a los ojos, comienzo a desvestirme.

Me deshago de la camisa y sonrío cuando mira mis pechos desnudos y se lame, inconscientemente, el labio.

Entonces me desabrocho el vaquero, lo cojo por la cinturilla y comienzo a bajarlo lentamente. Pero paro y él protesta.

—Tú también tienes demasiada ropa.

Suelto una carcajada cuando, segundos después, vuelve a estar sentado en la misma postura, completamente desnudo y con el preservativo a mano.

—No tengo paciencia hoy —se excusa—. Sigue.

Me deshago del pantalón y me quedo solo con el tanga.

Julen ha estado pendiente a cada movimiento. Ha observado cada pedazo de piel que quedaba al descubierto. Y ahora me mira a los ojos.

Fijamente.

Intensamente.

—Sigue habiendo una barrera entre los dos.

Sí, la hay. Y la hago desaparecer.

—Acércate —me ordena y yo lo hago—. Pon una pierna aquí… La otra aquí —y las suyas quedan entre las mías—. Ábrete un poco más y cierra los ojos.

Lo hago y lo siguiente que siento son sus manos ahuecando mi trasero y su aliento sobre mi sexo.

—No hace falta.

—Oh, sí. Créeme que sí —dice antes de posar su boca abierta sobre mi sexo.

Es lo más erótico que he vivido en la vida.

Introduce la lengua entre mis labios vaginales y me lame desde el clítoris hacia abajo. Mi cuerpo tiembla de puro placer.

Se ayuda con las manos para apretarme contra su boca y yo termino por perder por completo el pudor y comienzo a mover mis caderas mientras su lengua trabaja sin descanso.

Me lame.

Me muerde.

Succiona.

Bebe de mí.

—Dios mío…

Deja mi sexo libre y se deja caer en el suelo. Lo miro a los ojos e intento entender qué es lo que me está pidiendo.

—Ofrécemelo.

Joder, ¿cómo espera que haga eso?

Sin vergüenza ninguna, así es como lo espera.

Coloco las rodillas sobre el sofá y bajo hasta que le pongo mi sexo en su boca.

—Oh, sí. Esto se merece un orgasmo.

Y trabaja para ello. Joder si trabaja.

Lo cojo por el pelo y lo aprieto contra mí. Pidiéndole más.

Más fuerte.

Y me lo da. Mete un dedo en mi vagina y otro en mi ano a la vez que succiona mi clítoris y siento que todo me da vueltas.

Capítulo 18

Julen

—¿Esto se puede repetir?

Me río cuando escucho su pregunta.

Estamos tumbados en el sofá, ella sobre mí. Yo acariciándola mientras los espasmos del orgasmo la abandonan.

—No es que se pueda. Es que se debe —le doy un beso en los labios—. Así que espero despertarme un día con tu coño en mi boca porque sea eso lo que desees hacer. Yo me lo comeré con gusto.

Suelto otra carcajada al ver su cara de horror por mi lenguaje. Pero sé que está excitada y mucho. Y que si toco entre sus piernas, me dará la razón.

—¿Tengo el mismo derecho a probarte?

Mi polla salta al escucharla decir eso y mi mente ya se está imaginando…

No, no se tiene que imaginar nada, porque ella ya ha bajado y me ha metido en su boca.

—Joder, Paula.

Y Paula sabe muy bien lo que hace.

Me cago en todo, esto va a ser vergonzoso, voy a durar un suspiro.

Y es que no estaba preparado para sentir su aliento ahí, ni para que me lamiese, ni para que se la metiese por completo en la boca.

—Dios —gimo cuando me lame desde la base hasta la punta, donde succiona levemente antes de volver a introducirme en la boca—. Sí, pequeña, así.

Agarro su cabello y la ayudo moviendo mis caderas. Un poco más.

Otro poco más.

Una de sus manos aprieta mi erección y la otra juega con mis testículos.

Nada, no voy a durar nada.

—Paula —me quejo, pero ella no para. Ella sigue. Un poco más. Y más… — Cariño, déjalo o me corre… Oh, joder.

No he podido terminar la frase porque ella ha succionado con más fuerza y aquí estoy, tocando el cielo con las manos, corriéndome en su boca.

Me ha llevado al jodido cielo.

—Ven aquí —la levanto y la acuesto sobre mí nada más reaccionar. La abrazo con fuerza.

Si en esta vida hay alguien mejor que esta sensación, yo no la conozco.

Como no hay nadie mejor que ella.

—Me gusta cómo sabes —dice en mi oído.

Es perfecta.

Jodidamente perfecta.

—El día que me enteré que había conseguido convertirme en subinspector de policía, tuve un accidente.

Noto cómo se tensa y la abrazo con más fuerza.

Estamos en el sofá, esta vez vestidos, con la televisión puesta de fondo. Después de poseerla tras tan espectacular sexo oral, nos vestimos y pedimos algo de comer.

Ahora estamos aquí, descansando. El uno junto al otro.

—Sara siempre fue mi mejor amiga. Ella y Alberto, el policía que conoces y yo siempre estábamos juntos. Alberto y yo siempre quisimos ser policías. Sara estaba enamorada de mí y nunca supe si por eso eligió el mismo camino que nosotros o si era algo que ella quería hacer —suspiro. Paula se ha girado y me mira a los ojos, acaricia mi

cara con su mano, dándome ánimo para continuar—. Entre ella y yo nunca hubo nada, yo no tenía esa clase de sentimientos por ella. La veía como a una hermana. Ese día discutimos. Me declaró sus sentimientos y yo no pude corresponderle. Se sintió dolida y me echó muchas cosas en cara y terminé entrando en una discusión que no quería. Yo nunca sentí nada más. Nunca le prometí nada más. Para mí era injusto escucharla decir algunas cosas. Ahora me arrepiento de haber entrado en la reyerta, quizás… —¿quizás qué? ¿Se habría salvado?

Eso no es así, Julen.

—No lo hagas si no estás listo. Esperaré a que estés preparado. Y si nunca lo estás… —Paula se encoge de hombros— Tu pasado no va a cambiar nada.

Joder, cuánto la quiero.

Porque lo hago. Estoy enamorado de esta mujer.

No sé si desde el primer día.

O desde el primer beso.

O quizás desde que escuchaba sobre ella.

La cuestión es que lo estoy, completamente loco por ella.

—Necesito hacerlo —digo tras besarla. Ella asiente y me mira con ¿admiración? No, no merezco eso— Estaba enfadada y se fue del trabajo antes. Trabajábamos juntos, nos repartíamos los turnos para que dos de nosotros tres siempre estuviéramos juntos. Así que siempre, o Alberto o yo la acompañábamos a casa. Ese día no lo hice. Ese día no llegó con vida a su casa.

—Oh, Julen —limpia las lágrimas que caen por mis mejillas, sus ojos anegados por ellas—. Lo siento, cariño.

—Se defendió todo lo que pudo, pero esos tíos eran más y más fuertes que ella. La dejaron moribunda. Alertados por su madre porque no llegaba y no podía localizarla, salimos a buscarla. Íbamos en el coche de policía cuando nos llegó el aviso por radio y cuando llegué… —qué difícil es revivir todo aquello— Si yo la hubiera acompañado...

Podría estar viva.

—No. No —me coge la cara y hace que la mire a los ojos—. No digas eso y no creas eso. No es tu culpa. De haber ido con ella a lo mejor habrías terminado igual. Así que no, no permito que te culpes por algo de lo que no eres responsable.

Pero yo no puedo evitar sentirme así.

—Fue la primera vez que vi a Leo, fue el médico que la atendió en urgencias y quien nos informó de su fallecimiento. También fue duro para él.

Ella limpia mis lágrimas y se olvida de las suyas propias.

Cojo la foto de mi cartera y se la enseño. Es una foto en la que salimos Alberto, Sara y yo vestidos de uniforme.

—Qué guapa —sonríe Paula con dulzura.

Sí que lo era.

—A veces me pregunté si las cosas no hubieran sido diferentes si pudiera haberla correspondido —la miro a los ojos—. Pero no pude hacerlo y no podía obligarme a ello —guardo la foto de nuevo—. Mi madre murió cuando yo era pequeño de cáncer y mi padre se enfrascó en su trabajo. Tanto que se olvidó de mí. Quería hacerme policía para ser como él y porque él quería que lo fuera. Buscaba su atención en el fondo.

—Lo entiendo.

—Cuando pasó lo de Sara, no supe gestionarlo. Dejé la policía, bebí demasiado. Me autodestruía la culpa. Y él no ayudó. Ahora creo que, a lo mejor, no sabía cómo hacerlo.

—Ay, amor…

—He huido de todo esto durante dos años. Dejé mi trabajo, me fui de casa y me dediqué a sobrevivir. Chapuzas aquí y allá, no necesitaba más que eso. Dejé de lado a todos. No le cogía el teléfono a nadie. Nadie sabía dónde vivía. Excepto tu hermano. Fue él quien evitó que me hundiera en la mierda por completo.

—Menos mal.

—Tengo miedo, Paula. Desde la primera vez que te vi en peligro, supe que tenía que protegerte, pero también he tenido y tengo mucho miedo. Tengo miedo a fallar y a perderte a ti también.

Esa es mi gran verdad.

—Joder, Julen. Eso no va a pasar.

Ojalá fuera tan fácil de creer con solo escucharlo, pero la vida no es así.

No hay nada seguro.

Aun así, hay que confiar.

—Sé que no, no permitiré que nadie te haga daño —juro—. Pero… Cuando tu hermano me pidió el día de la pintada de la puerta que te protegiera… ¿Cómo podía confiar en mí conociendo mi historia? ¿Cómo puedo hacer que tú confíes en mí después de aquello?

—¿Cómo no voy a confiar en el hombre que me ha salvado tantas veces? Aquello no fue tu culpa ni tu responsabilidad, Julen. No puedes juzgarte por ello. Ni puedes pretender que lo hagamos los demás. Confío en ti y sabes que es así.

—No dejaré que te pase nada —juro de nuevo.

Ella sonríe, demostrándome que me cree.

—Lo sé —dice con seguridad—. Me dolió cuando insinuaste que tus trabajos podían ser un impedimento para mí o que podría verte diferente porque fueras abogado o camarero o peón.

—Lo siento.

—No, lo entiendo. Son tus miedos. Yo también tengo los míos. A mí me da igual si limpias tuberías o si arreglas coches. Me da igual si eres policía o no. No es eso por lo que estoy contigo. Solo quiero que elijas lo que elijas ser, no lo hagas por falsas culpas o responsabilidades. Haz lo que de verdad te haga feliz.

Lo haré. Y de la mano con ella.

—He vuelto a por mi placa. Voy a protegerte, Paula.

Ella niega con la cabeza.

—Si es por mí no lo hagas. Ponte solo ese uniforme si es por ti.

—¿Te vale si te digo que es por los dos?

Ella suspira y yo callo su queja con un beso.

—Es por mí —le aseguro—. Y para protegerte a ti.

—Qué cabezota eres —ríe al final.

De no haber sido así no estaríamos así, ahora.

—Tu turno.

—¿Mi turno?

—Aja. Quiero conocer tus secretos.

—¿Todos?

—Todos y cada uno de ellos.

—¿Cuánto sabes de mí?

—Digamos que nada. No me creeré nada que no salga de ti.

Sonríe al escuchar eso. Y se levanta.

—¿Adónde vas?

—Necesito alcohol.

Me río, después de todo lo que le he soltado es normal.

Trae una botella de vino y dos copas. Las sirve y me ofrece una. Bebemos un poco y volvemos a dejarlas sobre la mesa.

—Mi madre se embarazó del tonto del pueblo por un polvo de una noche y nací yo. Después se enamoró de otro tonto y nació mi hermano. ¿Todo esto lo sabes?

—Aja.

—Bien, entonces pasamos directamente al cabrón.

—Sí.

—Lo conocí cuando estaba en la universidad, accedí a conocer al hijo de una amiga de mi madre y empezamos a salir. No tenía ni veinte años, estuvimos más de dieciséis años juntos.

—Tu madre y sus citas.

—Ya te digo.

—Joder…

—No, joder jodimos poco —bromea.

—Eso espero —refunfuño, haciéndola reír más.

Me encanta verla reír.

—Trabaja como cirujano y, como sabrás, nuestros trabajos nos absorbe, a veces, más de lo que nos gustaría. Los últimos meses nos veíamos poco, pero con el trabajo no le di importancia. No le di importancia ni a que no hubiese besos. No había una demostración de cariño —se encoje de hombros—. Un día salí antes de trabajar y fui a buscarlo al despacho. Ahí estaba él, tirándose a una de mis amigas. Hacía meses que estaban juntos. Así que imagina la cornamenta que tenía.

La escucho con atención. Dejo que se termine la copa, seguramente necesita matar a sus demonios.

—Era mi culpa, eso me dijo. “Es que ya no me excitas y me tuve que buscar…” “Es que ya no luces igual y no se me levanta…”

—Maldito hijo de puta —si lo tengo delante le destrozo la jodida cara.

¿Cómo pudo decirle eso?

¿Cómo pudo pisotear su autoestima de esa manera?

Normal que tenga miedo a arriesgarse de nuevo.

—No solo fue el engaño o que la boda de mis sueños y mi futuro en familia desaparecieran de un plumazo, sino que me odié a mí misma. No vales una mierda, Paula. Ya estás vieja, ¿cómo va a estar contigo? Ella luce más joven —me mira con determinación. No se va a permitir soltar una lágrima por él. Pero es que no es por él, es por ella. Y todo mejorará cuando lo haga—. Me juré que nunca permitiría que nadie más me hiciera sentir menos de lo que era. Juré que nunca, nadie, me volvería a hacer sentir que valgo una mierda.

Le tiemblan los labios, no va a aguantar más.

—Esta soy yo, Julen —y rompe a llorar.

La dejo hacerlo y la abrazo mientras lo hace.

Solloza hasta que el corazón se le calma y solo entonces me mira a los

ojos.

—¿Ese peluche que me quitaste y que aún no me devolviste? —asiento con la cabeza— Lo he mirado durante horas y horas. Fue un regalo suyo, pero se convirtió en un amuleto para mí. Mirarlo me hace recordar que puedo caer, pero que me levantaré de nuevo. Mirarlo me hace recordar que podré. Que siempre hay una salida.

—Te lo devolveré entonces. Pero no necesitas nada para recordar eso, Paula. Lo eres. Y ese recuerdo solo puede dañarte. Pero lo verás con el tiempo. Ahora lo único que tienes que hacer es ser tú misma. Ser siempre tú —la beso con suavidad—. Y te demostraré que yo no soy como él.

—Lo sé. Sé que no lo eres.

—Pero no puedes evitar sentir miedo —ella asiente con la cabeza—. Nos tocará trabajar en ellos y en los míos. Lo haremos juntos y nos ayudaremos a que cada uno venza a sus demonios particulares. Danos la oportunidad de hacerlo, te juro que no te vas a arrepentir.

Yo me encargaré de que eso no ocurra.

Como me encargaré de protegerte de todo y de todos.

La beso, sellando mis promesas.

—¿Te quedas a dormir?

Sonrío y la beso de nuevo.

—Obvio que lo haré. ¿O crees que te dejaría quedarte en esta casa sola? Hasta que esto acabe, ya sea conmigo o con tu hermano, no volverás a estar sola en este lugar.

—¿Tan grave es?

—Estamos en ello, Paula. Y te contaré lo que pueda contarte.

—Se trata de mí, ¿no debo de saberlo todo?

—¿Y no lo sabes? Ya te lo hemos explicado. No cuadran las cosas. El altercado del callejón parece ser algo fortuito. Lo de la pintada de la puerta parece ser obra de ese loco dueño del arma. Pero aún tenemos que confirmarlo. Trabajamos rápido y cuidamos de ti ante todo, tu seguridad es nuestra prioridad.

—Lo entiendo.

—Por lo demás, tienes que seguir con tu vida normal o te volverás loca. De lo demás me encargo yo.

—Está bien.

Sé que le cuesta, pero nadie puede hacer más.

—¿Por qué no me dijiste que volvió?

Ella frunce el ceño.

—¿Te refieres a…?

—Tu ex.

—¿Creéis que él…? No, por Dios, no es ese tipo de persona.

—De todas formas, por tu seguridad y no porque soy un tipo celoso, no deberías de guardarte esas cosas.

—Lo siento.

—Mi padre los tiene vigilados y a ti protegida.

—¿Tu padre? ¿Que también es poli?

—El comisario —río al ver su cara—. No preguntes cómo lo sabe. Solo duerme en paz sabiendo que entre todos, de existir una amenaza, terminaremos pronto con ella.

Porque le prometí protegerla y lo haré.

Capítulo 19

Julen

—Buenos días, peque —froto mis ojos, tengo mucho sueño.

Ha sido una noche intensa, no he podido quitarle las manos de encima y nos quedamos dormidos por puro cansancio.

La he abrazado toda la noche, he dormido con ella entre mis brazos y ha sido la mejor experiencia de mi vida.

Estoy deseando abrazarla de nuevo. Y eso es lo que voy a hacer.

—Buenos días, príncipe —una voz que no es la de mi pequeña loca me despierta de golpe.

Abro los ojos como platos.

Ella me mira.

Yo la miro.

Ella me da un repaso y enarca las cejas.

Yo me doy un repaso a mí mismo y me tapo, como puedo, con las manos.

—Oh, joder —gime una voz a mi espalda.

—Sí, creo que joder es la palabra que mejor… —me señala— Define la situación.

—Buenos días, madre —tendré que saludar, ¿no?

Paula gime al escucharme, pero ya está hecho.

—Mamá, ¡¿qué demonios haces aquí?!

La mujer niega con la cabeza y entra en la cocina para dejar las bolsas que trae.

Miro a Paula, el terror en los ojos de los dos.

Necesitaba tiempo para hacerse a la idea de que nosotros somos una realidad y para poder contárselo a su familia.

Pues el tiempo se acabó.

—Traje comida, ¿para qué vendría si no?

Paula me da un cate en el hombro para espabilarme y me hace señas para que me marche a la habitación.

La cojo de la mano y tiro de ella.

—¡¿Pero qué haces?! —exclama en un susurro.

—Tendrás que vestirte tú también, ¿no? —está mojada de la ducha, con una minúscula toalla alrededor de su cuerpo.

Resoplo, ¿no es más cómodo y calentito un albornoz? De esos que llegan hasta los tobillos.

Tomo nota mental, tendré que comprarle uno.

—Ve tú primero —se queja—. Cómo me voy a meter ahí contigo —los ojos desencajados.

—No es que no sea eso lo que debes haber estado haciendo toda la noche —la madre de Paula aparece y nos mira a los dos. Uno a uno, después al agarre de nuestras manos.

Nos soltamos rápidamente.

—Mamá, no es lo que piensas.

Es evidente que Paula entró en pánico, pero a ver, que hay cosas que no cuelan. Y la cara con la que la mira su madre se lo confirma. Pero si no es así, la cara con la que la miro yo lo hace.

—Vestíos, creo que tenemos mucho de lo que hablar.

Ya con la ropa puesta y sentados en el sofá, cada uno en una punta. Con nuestras propias manos entrelazadas apoyadas en nuestras rodillas. Paula con el tembleque, moviendo las piernas arriba y abajo.

Me acerco y pongo una de mis manos en ella.

—Para —le pido y sin pensar en que esa mujer está frente a nosotros, cojo una de sus manos y la aprieto—. Todo está bien. Estoy aquí.

Ella aprieta mi mano en señal de agradecimiento y me suelta cuando su madre carraspea.

Sentada frente a nosotros, una mujer que lo mismo luce una cara angelical que una demoníaca.

—Mamá, verás, nosotros… —Paula suspira.

Sé que le resulta difícil. Sus miedos por la diferencia de edad y todo lo que eso conlleva lo hace complicado para ella.

—¿Es esto algo de una noche sin compromiso? —pregunta su madre.

—No —digo rápidamente y con firmeza. Me mira a los ojos y le mantengo la mirada.

—Julen —me advierte Paula, que no sé qué me quiere advertir, además, pero sea lo que sea, la ignoro.

—No estoy jugando con Paula. Para mí esto no es algo sin importancia.

—¿Y qué es?

Cojo la mano de Paula, entrelazo sus dedos con lo mío y vuelvo a mirar a su madre.

—Sé que Paula tiene miedo y le ha costado aceptar que hay algo entre nosotros. Creo que aún no lo aceptó del todo. También sé que necesita tiempo y que soy yo quien tiene que demostrarle que no soy un simple crío que quiere jugar con ella. No soy alguien inmaduro que no entiende que muchas veces no nos lo pondrán fácil. Sé que no será fácil, pero lucharé por ello —escucho cómo Paula suspira, pero sigo mirando a su madre—. La quiero —confieso—. Y no me importa el mundo, no la voy a dejar.

—¿Y te importa lo que diga yo?

Joder con la madre, esa sí que es una pregunta trampa.

—Sí. Pero no por mí, por ella. Sé que le haría daño no contar con su apoyo y que eso terminaría alejándonos. Yo podría vivir sin su consentimiento, ella no —esa es la verdad—. Entonces sí, sí me importa. Si ella sufre terminaré sufriendo yo.

La seriedad en su rostro.

—¿Cuántos son? ¿Once años? ¿La misma diferencia que tienes con tu hermano?

Paula asiente.

—No te lo pondrán fácil —le advierte su madre—. Escucharás comentarios que herirán. La sociedad, aunque lo venda, aún no está lista para que sea la mujer la mayor en la pareja.

—Lo sé —dice ella.

Su madre suspira largamente y nos mira a los dos.

—¿Pensáis en esto a largo plazo entonces?

—Sí —respondo yo—. Si ella me deja, no me moveré de su lado nunca.

Hasta ese momento no había dicho nada así, pero se lo había dado a entender con otras palabras.

La miro y levanto la mano para limpiar la lágrima que le cae por la mejilla.

—No te estreses —sonrío—. No voy a ponerme de rodillas hoy ni te voy a pedir un hijo mañana.

—Pues tampoco tardes mucho que se le pasa el arroz —resopla su madre.

Paula pone los ojos en blanco y yo río.

—Te prometí que iríamos a tu ritmo, poco a poco —aunque yo haga que las cosas avancen rápido —. Así lo haremos todo. Esperaré lo que haga falta para que estés lista.

Ella sonríe con gratitud.

Su madre se levanta, se acerca a su hija y coge su cara entre sus manos. La mira a los ojos unos segundos.

—¿Te hace reír?

Ella, llorando, asiente.

—Entonces todo está bien —sonríe su madre. Me mira y se le corta la risa—. Como la hagas llorar, te mato. Y ¿de usted me hablas ahora? Habrase visto…

Y vuelve a irse a la cocina.

Joder, pues sí que es clara.

—¿Leo lo sabe? —pregunta.

—No —decimos a la vez y la madre de Paula suelta una carcajada.

—No me quiero perder ese momento.

A lo mejor no es tan malo, ¿no?

Capítulo 20

Paula

—¿Ya vas para casa?

—No —me cuelgo el bolso y salgo del despacho—. He aceptado la invitación de mis compañeros y voy a tomarme algo con ellos.

—Me alegra oír eso.

Sonrío, sé que es verdad. A mí también me alegra dejar de usar esa barrera estúpida con la gente. Me he dado cuenta de que, al final, yo soy quien peor lo pasaba. Era yo quien se sentía amargada e infeliz al alejarlos a todos. Al final sufría más así.

—¿Y a ti? ¿Cómo te fue el primer día de trabajo?

—Te lo cuento después cuando te vea. No vas a deshacerte de mí esta noche.

—No quiero hacerlo —sonrío.

—Me alegro, porque tengo mucho estrés que soltar.

Me río.

—Esperando con ansias —susurro, mis compañeros están esperándome en la puerta del bufete—. Te veo luego, mis compañeros están aquí.

—Disfruta, pequeña.

—Lo haré —le prometo.

Pero, al parecer, cuando ando unos pasos más me doy cuenta de que no podré cumplir mi promesa.

—¿Qué haces aquí?

Se separa de la pared donde estaba apoyado y sonríe.

—Hola, Paula. ¿Podemos hablar?

—¿Pero este no es…? —mi jefe para susurrar no sirve.

—Lo es —afirma una de las secretarias.

Pues sí que se acuerdan de él.

Estuvimos muchos años juntos y aunque nunca mezclé mi vida personal con la laboral, alguna vez que me trajese o que me recogiese en el trabajo o por la foto que tenía en mi escritorio… Lo conocen, esa es la cuestión.

—Abogada Noriega, ¿quiere que le dé una patada en las pelotas? Aquí donde me ve, soy cinturón negro.

Miro al abogaducho y sonrío, agradecida.

—Gracias, lo tendré en mente para la próxima.

—No se corte, para eso estamos.

Cómo cambia el mundo cuando una cambia, ¿no crees?

—No creo que tú y yo tengamos nada de lo que hablar.

—Por favor —insiste.

Suspiro y recuerdo la conversación con Julen. Sigo pensando lo mismo, que Robert, por más cabrón que haya sido conmigo, no sería el perpetrador de nada.

Miro a mis compañeros.

—Tendremos que dejarlo para otro momento.

—¿Estarás bien? —me pregunta mi jefe.

Asiento con la cabeza, claro que lo estaré.

—Nos vemos mañana —les aseguro.

—Cualquier cosa nos avisas —dice Carlos.

—Gracias.

Fijo la mirada en Robert y enarco las cejas.

No cambia, sigue siendo el mismo chico castaño de rasgos normalitos y mirada interesante.

Tenía mucha labia y seguirá siendo igual. Eso era lo que lo convertía en un ligón. Así enganchaba a las mujeres.

Después, era y sigue siendo alguien muy normal. Menos por sus ojos verdes, lo demás no era ni es nada especial.

Es guapo en su conjunto, no puedo negarlo. Y tiene su autoestima alta,

así que esa seguridad también gusta. Como el que se cuide.

Pero mirándolo ahora… Tampoco sé qué le vi para enamorarme tanto, la verdad.

Se queda en mojón pinchado en un palo al lado de Julen.

—¿Y bien?

Sentados en un bar, con una cerveza yo porque necesito alcohol para aguantar a este hombre y una botella de agua él porque es así de insoportable, espero a que hable.

—Se te ve bien.

Vaya frase más típica y estúpida para comenzar.

—¿Qué esperabas? ¿Qué estuviese llorando por las esquinas?

—No, por supuesto que no. Me alegra verte así. No te deseo ningún mal, Paula.

Qué menos, si no le hice nada malo. Fue él quien me traicionó y quien me hirió.

—La he dejado.

Enarco las cejas, eso sí que no me lo esperaba. Pero la verdad es que…

—Teniendo en cuenta cómo terminaste con una relación de más de dieciséis años en un minuto, tampoco me sorprende.

Ríe con ironía.

—La cagué.

—Bueno, al principio pensé que sí. Pero no, me doy cuenta de que no y me di cuenta de que tengo mucho que agradecerte. Me has evitado que viva una vida de mierda —sonrío— a tu lado —noto cómo se tensa—. Y no merezco eso.

—Mereces a alguien mejor que yo.

—Por descontado —afirmo—. Pero no te deseo nada malo, Roberto

—sé que odia que lo llamen así, pero ese es su nombre, ¿no? Yo no tengo que tener ya ninguna consideración con sus traumas y con sus gilipolleces— Espero que te recompongas de lo que sea que te esté sucediendo y de que conozcas a alguien que sí te haga sentir que valga la pena.

—La conozco y la tengo frente a mí.

Si llego a estar bebiendo, le escupo todo el líquido en la cara. ¡Pero tendrá morro!

—¿A qué viene eso?

—A que me he dado cuenta de lo estúpido que fui y de cómo he terminado con nuestros sueños por un simple desliz.

Me acomodo mejor en la silla y lo miro con curiosidad.

Lo conozco y muy bien. Y antes, mientras estaba enamorada, a lo mejor no veía la realidad, pero ya no es así.

Al menos no es a él a quien mi corazón le pertenece.

Entonces todo se ve más claro. Y una entiende muchas cosas. Y adivina otro tanto más.

—Te ha dejado ella, ¿no? —aprieta la mandíbula y yo me río— ¿Por alguien más joven? ¿Más guapo? ¿Con más dinero? —una carcajada es lo que suelto en este momento y lo siento, me disculpo si ofendo a alguien, pero no lo puedo evitar.

Yo no soy una santa. Soy una mujer normal. Que no se alegra del mal de nadie, pero que también sabe reconocer cuando el karma actúa y que me haga un poquito de ilusión que esté bebiendo de su propia medicina no me convierte en mala persona.

—No es por eso por lo que te busqué.

—¿Entonces por qué me buscaste? Porque créeme, no hay razón ninguna para que tú y yo compartamos el mismo espacio ni respiremos el mismo aire.

—Has cambiado.

Sí, lo he hecho. Y la persona que está entrando por la puerta del bar tiene mucho que ver.

No me importa qué hace aquí, cómo me encontró o si es casualidad que lo esté viendo. Solo sé que verlo me alegra.

Con las manos en los bolsillos, con un vaquero y un jersey negro que le sienta de maravilla, mira alrededor y posa sus ojos sobre mí cuando me ve. Su rostro se mantiene impasible mientras me mira.

Sí, he cambiado y él también ha tenido que ver.

—Menos mal, ¿no? —miro de nuevo a mi ex —No iba a ser la tonta que corriera a tus brazos después de todo —abro los ojos al entender que era eso, precisamente, lo que esperaba.

¡La tendrá dura!

Me levanto de la silla, cojo mi abrigo y mi bolso, dispuesta a marcharme, pero su mano me para al agarrarme cuando paso por su lado.

Noto que Julen hace el amago de venir hacia mí, pero niego con la cabeza. Esto es problema mío y seré yo quien lo solucione.

—Tampoco te lo creas tanto.

Ahí está quien de verdad es. Ahí está quien hace daño gratuito porque no sabe perder.

Me suelto de su asqueroso agarre y lo miro. Y sin decir nada más, me marcho de allí.

Me acerco a Julen, tengo que contarle que quiero tirar ese llavero de peluche.

Me he preguntado, muchas veces, qué sentiría al ver de nuevo al hombre que tanto daño me hizo. Quizás no me he comportado tan digna como imaginé en mi cabeza, pero hice lo que Julen me dijo, ser yo.

Y al expresar lo que me dañaba, creo que he conseguido cerrar, de verdad, una etapa.

Me paro cerca de él y sonrío.

Él niega con la cabeza y frunzo el ceño. Entonces veo cómo, tras él, aparece mi hermano. Intenta que no meta la pata, intenta darme el tiempo y el espacio que necesito para que se sepa lo nuestro.

Pero eso no es justo para él.

Ni es justo para mi corazón.

Sonrío aún más y termino de recorrer la distancia que nos separa. Llego hasta él y lo abrazo con fuerza.

Y esto no es por el idiota que tengo a mi espalda, sino por mí y por el hombre que se merece que yo también me arriesgue por él.

No soy yo quien tiene que avergonzarse por nada.

No soy yo quien tiene que pedir perdón por amar.

Y si el mundo no quiere entenderlo, tampoco me debe de importar.

He sufrido mucho, ¿por qué no agarrar la felicidad cuando me la ofrecen?

Noto que duda un instante, pero termina abrazándome.

—¿Estás bien? —pregunta en mi oído.

Asiento con la cabeza y la levanto para mirarlo. Sonriendo. Me pongo de puntillas y le doy un dulce beso en los labios.

—Ahora mejor —sonrío.

Escucho un carraspeo a nuestro lado. Sigo sonriendo. Julen pone una mueca de fastidio.

—Sabes que tu hermano está aquí, ¿verdad?

—Aja…

—Y también sabes lo que va a hacer, ¿verdad?

Esta vez, quien pone una mueca soy yo.

—Lo siento —me disculpo por adelantado.

Me separo de Julen y miro a Leo. No sé cómo describir la expresión de su cara.

Me mira a mí. Después a Julen y aprieta los dientes.

—Quítate, pequeña —Julen me desplaza un poco hacia el lado, se coloca frente a frente a Leo y abre los brazos.

—Vamos, suéltalo.

Mi hermano no tarda nada en atizarle un puñetazo en la mandíbula.

Julen cae al suelo, el bar entero conmocionado.

Yo pongo los ojos en blanco.

Voy a ayudar a Julen, pero Leo le ofrece antes la mano y lo ayuda a levantarse.

—¿Eso es todo? —se acaricia la mandíbula.

—Hazla llorar o deja que le pase algo y vas a conocerme.

Julen pasa su mano alrededor de mis hombros y me pega a él.

—¿Estás bien? —le pregunto, mirándole la mandíbula.

—Sí —me da un beso en la mano con la que le toco la cara y sonríe—. Has perdido fuerza —sigue sonriendo al mirar a Leo.

—¿Verdad? Es que con las jodidas guardias no tengo vida —resopla—. ¿Y qué demonios haces con ese tipo, Paula? —Robert sale del bar, enfadado al parecer. Leo lo sigue con la mirada— ¿Quieres que me líe a golpes de nuevo?

—Solo estaba cerrando un capítulo —miro a Julen—. Podemos quemar el peluche.

Sonríe ampliamente, entendiendo lo que significa.

—Esa es mi chica —y me da un beso en los labios—. —La foto de Sara tampoco está, todo terminó cuando te lo conté —me confiesa.

Esta vez, quien lo besa soy yo.

—Ay, no —gime mi hermano—. No estoy listo para esto.

Julen y yo nos reímos y, por primera vez, siento que todo entre él y yo puede ser posible.

Estamos en un bar más tarde, cenando, bebiendo y riendo. Y alguna mirada de gente metiche ha habido, pero la mayoría… La gente tiene bastantes problemas en su vida como para estar mirando a los demás.

Así que me dejo llevar al darme cuenta de ello y que lo que cuenta es que yo sea feliz y disfruto de una velada maravillosa con las personas que de verdad me importan.

Y olvido a las demás.

Olvido al mundo.

—No fue casualidad, ¿verdad?

Es de noche y estoy tumbada con Julen en la cama, acariciando su pecho desnudo después de haber hecho tenido sexo del bueno.

—No.

—Es cierto que mantenéis la vigilancia.

—Sí.

—¿Qué hacía Leo allí?

—Había quedado con tu hermano y recibí el aviso de que estabas con ese tipo.

—Y estarías allí por si necesitaba protección.

—Sí.

—Porque es sospechoso.

—En realidad no lo es, pero se trata de ti. No dejaré las cosas al azar.

—¿No hay novedades?

—No —se nota que está frustrado.

—A lo mejor todo es así, cosas que no tienen nada que ver y dándole un aviso al loco de los huevos y de la puerta, todo termina.

—Ojalá —pero por su tono de voz sé que piensa que hay algo más.

Me levanto de un salto y me apoyo sobre mis rodillas para mirarlo.

—Confío en ti, sé que todo estará bien.

Sé cómo le emociona escuchas esas palabras y sus ojos me dicen que es así.

—¿Tienes una idea de lo que significas para mí?

Niego con la cabeza y él levanta su mano y acaricia mi clavícula.

—¿Ni una mínima idea?

Ya no habla serio, ahora suena pícaro.

—No —me muerdo el labio cuando acaricia mi pecho y dibuja círculos con su dedo alrededor del pezón.

—¿Ni un poco?

Gimo esta vez cuando coge mi pecho y lo aprieta.

—No —digo con la voz ahogada.

Chasquea la lengua y niega con la cabeza.

—Creía que te había explicado qué es lo que provocas en mí. No debo de haberlo hecho muy bien —suelta mi pecho y pone la mano en mi cadera—. ¿Dónde está tu dildo?

Eso sí que no me lo esperaba.

Señalo el cajón de la mesilla de noche.

—Cógelo. Y ponte sobre tus rodillas, cada una de tus piernas a un lado de las mías.

Lo hago. Cojo el consolador y cuando se sienta en la cama, me coloco como pide, quedando frente sobre él con las piernas abiertas, de rodillas.

Pone sus manos a cada lado de mi cadera y las sube lentamente. Acaricia mis costados y me encojo por las cosquillas, haciéndolo sonreír. Llega a los pechos y ahueca los dos.

—Quiero que hagas esto —me mira a los ojos.

Pongo el consolador sobre su mano cuando me lo pide y lo lamo cuando me lo mete en la boca.

Joder, qué cosa más erótica.

—Solo mi polla te follará la boca.

Es lo más rudo y sexy del mundo.

El consolador, mojado, baja por mi garganta. Acaricia mis pechos y mi vientre y se para en mi pubis.

Lo miro al ver que se queda quieto y él sonríe.

—¿Esto o yo?

—Tú —no tengo ni qué pensarlo.

Sonríe aún más.

—¿Qué tal los dos?

Me muerdo el labio, excitada al máximo.

—Joder —dijo cuando acciona el botón y el conejito vibra sobre mi clítoris.

Lo coloca en posición e introduce el dildo dentro de mí.

—Tus pechos —me recuerda.

Los cojo y los aprieto como me dijo y cierro los ojos, gimiendo, cuando se acerca a mí y lame mis pezones.

Y los aprieta entre sus dientes.

Con la mano que tiene libre, acaricia mi trasero y un dedo empieza a jugar con mi otro orificio.

—Te voy a poseer por completo —jura—. El segundo orgasmo será por aquí. Pero vamos a por el primero.

Mueve el consolador con maestría, sabe exactamente cómo hacerlo y cómo llevarme al límite en pocos minutos.

—Mírame —me exige y lo hago. Abro mis ojos y me encuentro con los suyos—. Bésame.

No tiene que pedírmelo dos veces. Lo devoro por completo.

Mis manos, que antes habían permanecido apoyadas en el colchón, se enredan en su pelo y lo beso como si no hubiera un mañana.

—Más —digo entre sus labios.

Más rápido.

Más fuerte.

Lo hace, tanto por delante como por detrás y grito cuando el orgasmo se apodera de mí.

—Joder —ha sido increíble. Pero él no me deja ni recuperarme.

—Aguanta el dildo, que no salga.

Lo cojo y dejo que se mueva y nos acomode como quiera. Se ha bajado de la cama y escucho, a mis espaldas, el sonido del plástico al

romperse.

—Échate para atrás y ponte a cuatro patas. No saques el dildo.

Le gusta mandar, no hay duda.

Y a mí me pone burra que lo haga, para qué voy a mentir.

Noto cómo su cuerpo roza mis nalgas y sus manos sobre mi espalda. Me acaricia con delicadeza, desde el cuello hasta mi trasero y su dedo termina en el orificio de atrás.

—¿Lo has hecho antes?

Asiento con la cabeza y él mete el dedo dentro.

—¿Duele?

—No —gimo.

—Iré con calma —me promete.

Y noto la presión de su pene queriendo entrar en mí poco a poco, lentamente. Mi cuerpo luchando, por inercia, para expulsarlo y la excitación es extrema.

—Saca el dildo y mételo —dice con la voz tomada—. Quiero que te masturbes a la misma vez que te follo. Y quiero que me digas cuando vayas a correrte, ¿entendido?

—Sí —mi voz no suena mucho menos alterada.

—Vamos, pequeña —entra más y más en mí—. Méteme en ti.

Lo hago, le permito que entre por completo y siento que me voy a desmayar.

—Julen.

—Oh, joder, Paula —tiene la voz estrangulada—. Eres increíble.

Sale y entra de mí y yo, como puedo, mantengo el ritmo con el consolador. Noto cómo caen gotas de sudor por mi frente y cómo mi cuerpo tiembla.

—Julen, no creo que…

—¿Qué, pequeña? Oh, Dios —exclama con placer.

—Me voy a correr —consigo decir.

—Hazlo —me ordena.

Y me dejo ir, mi cuerpo convulsionando mientras él me embiste un par de veces más para terminar con un grito de placer.

Joder, ha sido increíble.

Me dejo caer en la cama cuando sale de mí y tengo la sensación de haber perdido hasta la conciencia.

—Ven aquí —lo escucho decir. Noto el frío en mi trasero y doy un respingo.

—¿Estás bien? ¿Te duele? ¿Te hice daño?

—Estoy bien —le aseguro.

Me está limpiando y eso sí que es erótico.

Me da la vuelta, me tumba sobre mi espalda y me limpia por delante.

—Me gusta —digo.

Él sonríe.

—¿El qué?

—Esta sensación.

—¿La de recién follada o la de limpia?

—¡Julen! —me quejo y él ríe— Las dos —termino por decir.

—Entonces nunca te faltará ninguna de las dos.

Termina de limpiarme, se lleva todo y vuelve, segundos después. Se tumba a mi lado, me pone sobre su pecho y nos tapa.

—Ojalá siempre sea así —digo adormilada.

Me encanta todo lo que vivo con él. Hace poco que está en mi vida, casi nada en verdad. Pero todo lo que hemos vivido es tan puro y tan intenso que no quiero dejar de sentirlo nunca.

Me reía de estas cosas. Siempre dije que el amor a primera vista no existía y ahora me siento un poco estúpida.

Sé que es increíble, que es difícil de creer, que apenas lo conozco, pero estoy enamorada de este hombre.

No sé si me enamoré en el momento en que cogió mi mano el día del

incidente de los huevos.

No sé si fue cuando me quitó el peluche en el pub o cuando me salvó de una desgracia esa misma noche.

No sé si me enamoré de él en el primer beso antes de matar a la asquerosa rata

O si fue cuando apareció en mi casa tras la pintada para protegerme.

No lo sé. ¿Tal vez me enamoré de quién era mientras mi hermano me hablaba de él?

Es todo un poco de locos, pero es real. Lo que siento por él es real y quiero que dure para siempre.

Desde hoy, no volveré a dudar ni del destino, ni de los amores predestinados ni del amor a primera vista.

Y tú tampoco deberías hacerlo. Porque a todos nos puede pasar.

¿Verdad?

Capítulo 21

Julen

Los días han ido pasando y no ha ocurrido nada. Paula está bien, nadie ha vuelto a molestarla. El agresor del arma tuvo que pagar una buena multa, el ex de Paula volvió a marcharse de la ciudad. Y hasta aquí, todo sin incidentes.

Y nosotros…

Nosotros vivimos un sueño.

Así es como yo lo siento y sé que así es como lo siente ella. Sigue con sus dudas y con sus momentos de terror, pero estoy ahí, a su lado mientras supera sus inseguridades.

No puedo luchar contra sus demonios por ella, de poder, lo haría. Pero sí puedo agarrarla de la mano en esa lucha y demostrarle que no está sola, que estoy con ella y que siempre me tendrá ahí. Como tendrá mi mano para que, si se cae, pueda agarrarla y volver a levantarse.

Ella hace lo mismo conmigo.

Y yo agradezco a la vida que haya puesto a alguien así en mi camino.

En su trabajo, con la cantidad de veces que he ido a buscarla, ya me conocen. A alguno lo había visto mientras trabajaba en mantenimiento de pasada, pero conocerlos fue una gran experiencia.

Ninguno de sus compañeros ha mencionado el tema de la edad. La verdad es que nadie de nuestro entorno lo ha hecho. No es algo a lo que le den importancia.

Y a la gente de la calle le pueden dar mucho por el…

Pues eso.

Con su familia todo bien. Demasiado bien. Y se agradece.

Y con mi padre…

Las cosas están aún tensas y nos debemos una buena charla, tenemos mucho que decirnos. Pronto lo haremos y estoy seguro de que nuestra

relación mejorará.

Yo ya no soy ese niñato inmaduro y él me está demostrando estar ahora aquí, cuando lo necesito. Y eso es lo que cuenta, el pasado quedó atrás.

En resumen, todo va bien.

Paula y yo vivimos juntos, pero tampoco pasamos las noches separados. Ya sea en su piso o en el mío, estamos siempre juntos.

Aun así, llevamos las cosas con calma.

Tenemos planes de vida, tenemos planes de pareja, tenemos planes de futuro y, poco a poco, los iremos cumpliendo todos.

Juntos.

Como todo pareció volver a la normalidad, Paula ya no tiene que estar vigilada.

Al menos oficialmente.

Porque el comisario Leiva, a escondidas y bajo su responsabilidad, hace todo lo que puede.

Y le estaré agradecido toda la vida por ello.

—¿Entonces vas ya a casa?

—Sí. Necesito un baño relajante.

Sonrío, menos mal que no le gustaban, al final conseguí que no pudiera vivir sin ellos.

—¿Sin mí? —pregunto con picardía.

—No tardes en venir, a lo mejor me encuentras en la bañera.

Gimo mentalmente al imaginármela ahí.

Riendo, me tira un beso y se despide de mí. Me deja así, con mi mente calenturienta y mi cuerpo más caliente aún.

Me muevo en la silla, de repente el pantalón me aprieta demasiado.

Vaya tarde más larga me espera.

—Subinspector Leiva—sí, por fin lo soy. Levanto la mirada de la mesa, hoy toca papeleo y miro a Alberto.

—¿Cuándo vas a dejar de llamarme así?

—Cuando me aburra —sonríe.

—Cualquiera diría que eres mi subordinado.

—Tenía muchas ganas de llamarte así. Vamos.

—¿Adónde?

—Han encontrado el coche.

No tiene que decirme nada más, me levanto como un resorte. Y un rato después estamos en un desguace, frente al coche que conducía quien estaba parado, aquella noche, frente al edificio donde vive Paula.

—¿Algo que sirva? —pregunto nada más llegar al desguace.

Un par de agentes forenses están ya allí.

—Tenemos un par de pelos para analizar, huellas y algo que parecen pétalos de flores.

—¿Pétalos de flores? —Alberto pone la misma cara que yo— ¿Qué tipo de flores?

—No lo sabremos hasta que los analicen.

—Está bien, dadle prioridad a eso —le ordeno.

—Sí, señor.

Nos quedamos allí un buen rato. Mirando, esperando a que el análisis forense termine y solo entonces decidimos marcharnos.

—Los forenses ya se marcharon con las pruebas —digo al teléfono.

—Bien, llamaré personalmente para que le den máxima prioridad —dice mi padre al otro lado del teléfono.

—Gracias.

Sonrío cuando me cuelga sin decir nada. Le cuesta y ahora lo entiendo.

Abro el mensaje que me ha llegado de Paula y frunzo el ceño.

Paula no me enviaría un mensaje de texto.

“Gracias por las flores.”

¿Flores? ¿Qué flores?

Flores por aquí, flores por allá… La cosa va de flores.

Yo no le he enviado flores.

Yo no he sido quien ha mandado las dichosas flores.

—Me he acordado de Sara.

Miro a Alberto, quien conduce el coche de policía.

—¿De Sara? —pregunto desubicado.

¿Quién demonios le ha enviado flores? Porque yo no he sido. Y quien sea que haya sido se las puede meter por el culo.

No soy celoso, pero hay cosas que considero íntimas. Y el enviar flores es una de ellas si de Paula se trata.

—Pero no me refiero a eso, las flores del maletero me han recordado a ella, no sé por qué.

Mi cuerpo lo entendió antes que mi mente y un escalofrío me recorrió desde la nuca hasta los pies.

Oh, joder.

No tiene sentido, ninguno. Pero ¿y si es cierta la locura que se me ha pasado por la mente?

Paula…

El terror se apodera de mí.

—Joder, ¡es él!—exclamo—. Y está con ella.

El corazón me da un vuelco.

Llamo a Paula, pero no me coge el móvil y la sangre se me hiela en las venas.

—A casa de Paula, ¡ya! —grito desesperado.

—¿Qué? ¿Por qué?

Llamo a mi padre.

—¿Y si el blanco no es ella? ¿Y si el blanco soy yo? —hablo atropelladamente.

—¿De qué hablas? —preguntan los dos a la vez, tanto mi padre como

mi compañero.

—El incidente de los huevos y de la taser refuta esa idea —me recuerda Alberto.

—Pero los otros no.

—Explícate —ordena mi padre y pongo el manos libres.

Si puedo dejar de temblar, lo haré.

—El incidente primero es indiscutible que fue una agresión hacia ella y por ella, pero eso puede ser un hecho aislado. Los demás puede que sí esté relacionado y que todo lo haya cometido la misma persona.

—¿Qué tiene que ver contigo? —pregunta Alberto.

—Todo ocurrió desde que tú entraste en su vida —entiende mi padre.

—Sí.

—Y crees que todos los ataques hacia ella son porque es la manera de hacerte daño a ti.

—En cierto modo sí —le confirmo al comisario.

—Sigo sin entenderlo —interviene Alberto—. ¿Quién puede odiarte tanto como para hacerle daño a alguien que ni siquiera era nada tuyo en ese entonces? No tiene ningún sentido.

—Para una mente perturbada sí —afirmo.

Alberto me mira de reojo.

—¿Perturbada?

—¿A quién te han recordado esas flores? —le pregunto.

Se queda unos segundos en silencio.

—Oh, joder —gime.

—Por mi culpa él perdió a su hija —comienzo.

—Y él hará que pierdas a la mujer que amas. Qué mejor castigo que ese. Que verte sufrir como él —termina Alberto.

—Maldita sea —la mala sensación no se me va del cuerpo—. Ese es su coche, era dueño de un taller. Paula me ha enviado un mensaje de texto y me ha dado las gracias por las flores. Yo no he enviado ningún

jodido ramo. Ni ella enviaría un mensaje de texto. Y en el jodido coche se han encontrado pétalos de flores. ¡Joder! Estaba obsesionado con las flores, me lo dijo su mujer. Maldita sea, ¡cómo no lo vi antes! —golpeo el salpicadero del coche.

—Comisario, ¿te vale con eso? —pregunta Alberto, quien ha encendido la sirena del coche patrulla y ha acelerado al máximo.

—¿Sabes dónde está Paula? —me pregunta mi padre.

—En su casa, supongo. Al menos iba para allá. Hemos quedado allí para ir a cenar a casa de su madre. La llamo pero no contesta.

—¡Quiero a todos los agentes preparados! —grita a pleno pulmón y cuelga.

Vuelvo a llamarla.

—Maldita sea, Paula, coge el teléfono. ¡Joder! —exclamo cuando me salta el buzón de voz sin que ni siquiera haya sonado un tono.

—Llegaremos a tiempo —dice mi compañero.

Eso espero. O no sé de lo que seré capaz si ese hijo de puta le hace algo.

Bajo del coche a toda prisa, pistola en mano. Algunos policías allí despejando los alrededores, otros policías llegando a la misma vez que yo.

Corro hasta el edificio y entro. Mi compañero me cubre las espaldas y yo subo rápidamente por las escaleras hasta el tercer piso, seguido por algunos agentes más.

Alberto pasa delante de mí y camina con con lentitud hasta la puerta de la casa de Paula.

Me hace señas y miro en esa dirección.

La puerta no está cerrada del todo.

Nos hablamos con la mirada, sé lo que ha visto y ambos sabemos lo que tenemos que hacer.

Alberto alarga la mano y empuja la puerta con fuerza. Yo salgo desde detrás, con el arma en las manos.

No tardo en apuntar a la cabeza de ese desgraciado.

—Sabía que lo entenderías —sonríe.

Está detrás de Paula, la tiene agarrada y tiene un cuchillo en su cuello. Sabe dónde ponerlo, donde no pueda salvarla nadie.

Maldito cabrón.

La miro el tiempo necesario para saber que está bien. Está llorando, está asustada. Pero está viva.

Voy a matar a ese hijo de puta.

Me ha puesto a prueba.

¿Desquiciado? Sí.

¿Loco? También.

¿Tonto? No. De tonto no tiene un pelo.

El hombre que tanto se parece a Sara (aunque más bajo y rechoncho, igual que el dueño de la taser) ha jugado con nosotros. Y ha calculado cada movimiento al detalle.

No ha sido coincidencia que encontráramos el coche hoy. Ni que los pétalos de las flores estuvieran en él.

—Julen —susurra ella.

El desgraciado aprieta más y la hace gritar.

Lo voy a matar si le hace daño.

—¿Llorando por él? Mi hija también lloró por él. ¿Verdad, Julen? —me mira con odio y yo me desplazo, muy poco a poco, casi imperceptiblemente, hacia adelante.

—A Sara no le gustaría ver esto.

Noto cómo aprieta la mandíbula, sé que eso le ha afectado.

—Pero Sara no está. ¿Y quién tiene la culpa de ello? —me mira como

un desquiciado mental.

Como lo que es.

Da miedo y más aún cuando la vida de Paula es la que está en sus manos.

—Yo —estoy solo con él, no verá a nadie más. Alberto cumplió con su papel, ahora tiene otra cosa que hacer. Sé que hay algunos agentes en el pasillo esperando una orden. Pero lo haremos a la manera de mi compañero y mía, no voy a ponerla en peligro—. Yo maté a tu hija. ¿Entonces por qué no vienes a por mí?

—Ella te dolerá más.

Maldito desgraciado.

Aprieta el brazo que tiene alrededor de su cintura y ella gime de dolor.

Le voy a cortar las malditas manos.

—No te acerques más —me advierte o la mataré.

Paula comienza a sangrar, el hijo de puta le ha hecho daño.

Me paro y levanto las manos, como si me rindiera.

—Está bien —veo a mi compañero en el balcón.

—Tienes miedo, ¿verdad? —mira a Paula— Mi Sara también lo tenía y todo por culpa de este asesino.

Un mal movimiento por su parte es lo que necesitamos. Ha quitado el cuchillo de su cuello y entonces todo ocurre como a cámara lenta.

Alberto lo agarra desde atrás, inmovilizándolo. Le dobla el brazo y golpea su mano con la rodilla, haciendo que se deshaga del cuchillo.

Paula ya está en mis brazos ya estoy sacándola de allí.

Los agentes entran en el piso mientras yo saco a mi chica del infierno.

—¡¿Y los jodidos médicos?! —grito a todo pulmón mientras camino, con ella, quien sangra.

—Espera —me ruega y paro.

Respira con dificultad.

—Dios, Paula —estoy aterrorizado.

Está sangrando y está tan blanca…

—Lo intenté, pero no pude por el cuchillo.

—¿De qué hablas, pequeña?

—Si no es por el cuchillo, habría golpeado sus pelotas.

Y sonriendo, rueda sus ojos y su cuerpo se desploma.

—Dios, no. ¡Paula, no! —grito— ¡¿Dónde están los jodidos médicos?! —la cojo en brazos y corro con ella.

No sé ni quiénes ni cómo me ayudan a bajarla de allí.

—Por favor, despierta —lloro—. ¡Dios, ella no!

Y noto que la felicidad se me escapa de las manos.

Capítulo 22

Julen

Seis meses después

Han pasado meses desde aquel fatídico día.

Meto las manos en los bolsillos y miro al infinito. A la nada.

Los recuerdos de aquel día permanecen grabados a fuego en mi mente. Y se quedarán ahí durante mucho tiempo. Porque no es fácil olvidar su cara cuando me vio aparecer por la puerta, no es fácil olvidar el miedo que sentí mientras ese hombre amenazaba su vida con un cuchillo. El terror que sentí cuando, sangrando, se desplomó en mis brazos.

No le deseo a nadie, ni a mi peor enemigo, que sufra algo así.

Porque ver cómo en segundos pierdes completamente todo es la peor sensación que existe.

Escucho sus pasos y siento sus manos acariciándome los brazos. Me abraza por detrás y apoya la cabeza en mi espalda.

—¿Cuándo vas a olvidarlo?

Nunca.

Me giro entre sus brazos y la coloco entre mis piernas.

—¿Cómo sabes en qué estoy pensando?

—Porque te conozco. No me pasó nada, estoy bien, deberías borrarlo de tu mente.

—¿Lo olvidaste tú?

Niega con la cabeza.

—Pero ya no tengo pesadillas.

Las semanas siguientes lo pasó mal. Estuve ahí, cada noche, junto a ella. Calmándola cuando los malos sueños la despertaban.

Y al enterarse del suicidio del padre de Sara las pesadillas volvieron.

Pero con el tiempo y con ayuda ya está mejor.

No le deseé nunca ese final, no se lo merecía. Había sufrido mucho, pero eso no le daba derecho a querer ver sufrir a nadie más.

Lo sentí mucho por la madre de Sara, no se merecía nada de lo que vivió. Lo de su marido fue un gran mazazo, pero estoy seguro de que saldrá adelante.

Siempre lo hace.

Miro a mi pequeña y, dejando los pensamientos malos atrás, sonrío.

—Ni ojeras —le guiño un ojo, cuánto se quejó de eso.

—Ni canas —bromea.

Me río, el tema de las canas es complicado para ella.

—Sea como sea, estás preciosa —le doy un dulce beso en los labios.

—¡Paula! ¡¿Se puede saber qué estás haciendo ahí?! —mi futura suegra nos mira horrorizados— ¡No os podéis ver!

—Suegra, eso no es así.

—Es así porque lo digo yo y punto —me mira con ojos demoníacos y joder, da miedo.

Me quito a Paula de encima en un santiamén.

—Traidor —refunfuña.

—Tira. Tira o seré yo quien tire ¡pero de tus orejas! —exclama la madre— Leo, ¡róbale las esposas para poder amarrar a tu hermana a la cama!

Leo dice que sí con la cabeza e ignora a su madre. Yo, aunque no quiera porque Paula me está mirando de mala manera mientras su madre tira de ella y yo no hago nada por ayudarla, me río. No puedo evitarlo.

—Te gusta el riesgo, ¿eh?

—No fui yo, yo estaba tranquilo, pensando. Fue tu hermana —me defiendo.

—¿Y antes quién fue?

Una tonta sonrisa en mis labios.

—Es que la echaba de menos.

Leo pone los ojos en blanco.

—Vives con ella, ¿cómo demonios la vas a echar de menos?

—Cuando te pase, me contarás.

—No me va a pasar en la vida.

—Ay que no.

—¿Qué tengo que ver yo? Esto tiene que ver contigo y con tu dependencia amorosa. Que es la misma que la de ella. Menos mal que desde hoy ya solo la muerte os separará.

—¿Aún se sigue diciendo eso?

—Pues no lo sé, yo pensaba que las bodas no se llevaban y mira, aquí estamos. En un complejo perdido de la mano de Dios con la gente más rara que he visto en la vida y a punto de celebrar la boda de mi hermana con mi mejor amigo que, para colmo, tiene mi edad. Es decir, que podía ser el hermano de mi hermana —pone cara de asco—. Joder, de verdad que todo es muy extraño, ¿eh?

Enarco las cejas.

—¿Terminaste?

—Por ahora.

—Bien.

Nos quedamos en silencio un par de segundos.

—¿La gente rara quién es? —pregunto.

—Joder, pues todos. Desde tus compañeros hasta los de mi hermana. Con decirte que la única que creo que se salva es Laura.

—¿Laura?

—Aja…

—¿Esa de la que estás completamente enamorado desde hace tiempo y que te dejó por el miedo a la diferencia de edad y por eso dices odiarla pero que, en realidad, amas?

—Esa sí —afirma hasta que se da cuenta y pone cara de horror—. Espera, ¡¿qué?

Mi cara muestra lo satisfecho que me siento conmigo mismo por lo inteligente que soy.

—¡¿Qué?!

Después de ese grito, lo que hago es poner una mueca.

Leo me mira, horrorizado.

—Lo siento —susurro—. No sabía.

Paula lo ha escuchado y está con las manos en las caderas y mirando a su hermano con cara de asesina.

—¿Que tú y Laura qué? ¿Entonces tú eres…? —se le descompone la cara— Ay, Dios, la voy a matar.

—Si yo no maté a este, tú no matas a nadie —refunfuña Leo, refiriéndose a mí.

—Aquí la única que va a matar a alguien soy yo ¡como no entres en la habitación de una maldita vez! —exclama la madre de ambos— ¡Que va a empezar la ceremonia y aún no estás vestida! —me mira y me mata con la mirada— ¡¿Y tú qué esperas?!

—Ya voy, madre.

Tira de nuevo de Paula y suspiro.

—¿No está todo el mundo muy susceptible hoy?

—Susceptible tengo yo el puño, que no te lo clavo en la cara porque te vas a casar que si no… En el estómago no se notaría, ¿verdad?

—Por cierto, Leo —su madre vuelve a aparecer—. De verdad, hijo. Te creía un poquito más luchador, ¿eh? No se iba a ir la chica, si ni insistente. Tener hijos para esto, ¡solo para que me den disgustos!

La cara de mi amigo es un poema y yo no puedo más que soltar una sonora carcajada.

Esta es mi suegra, con ella nadie se aburre.

Cuando llegó al hospital y vio a Paula viva, fue ella quien se desmayó. Así fue la impresión que se llevó. Leo ya le había contado todo lo que le habíamos ocultado y pensé que esa mujer se volvería loca.

Le pedí perdón de rodillas, pensando que me culparía. Porque joder,

tenía la culpa. La atacó para hacerme daño a mí.

Pero esa mujer se agachó y me abrazó, agradeciéndome que su hija hubiera salido ilesa.

Desde entonces, un vínculo especial entre ella y yo se creó.

Siempre para y por Paula.

—¿Lo sabía? —gime Leo.

—Sabía lo mío y lo de tu hermana y se hizo la tonta. No me quiere contar cómo lo supo.

—Al final va a tener razón Laura y tiene una jodida bola de cristal.

—Pues no me extraña.

Y ambos terminamos riendo.

Uno a veces se empeña en ocultar tanto algo que parece ser tan evidente para los demás que cuando te das cuenta, te sientes tremendamente idiota.

Nos ha pasado a todos, ¿no?

—Así que te vas a casar.

Asiento con la cabeza.

—Con tu hermana.

—Con mi hermana, sí —suspira—. No pude imaginarme que algo así podía pasar, aunque había pensado en juntaros alguna vez, pero no me vi capaz de soportarlo —ríe y yo también—. El día que la vi abrazarte me costó entenderlo. Pero también sentí alivio —confiesa—. Mi hermana había sufrido mucho y supe que si te elegía a ti, no volvería a sufrir.

Sus palabras me emocionan.

Haré lo que sea para que no vuelva a sufrir.

—Gracias por estar ahí para ella. Y sé que no tengo ni qué pedírtelo, pero lo haré. Hazla feliz y sé feliz. Sois dos de las personas más importantes de mi vida y os deseo lo mejor.

—Gracias —le doy un abrazo, mostrándole mi gratitud.

—Te quiero, bro.

Me separo de él rápidamente.

—¿Por qué siempre te cargas los momentos felices?

—¿Por qué me lo cargué? ¿Por decirte que te quiero o por lo de bro?

Pongo cara de asco y comienzo a caminar. Leo ríe y me sigue.

—Quita —digo cuando me pone la mano encima de mis hombros.

—Pero eres mi bro. Y cuando te cases más.

—Que te den.

—Mi bro casándose, qué fuerte.

—¡Que me dejes!

Pero me río con él y termino poniendo mi mano en su espalda, contribuyendo al abrazo.

Leo es una de las personas más importantes de mi vida, lo quiero tanto o más de lo que él me quiere a mí.

Capítulo 23

Paula

—¿Puedo pasar?

—No —dice Laura y yo me río.

Mi hermano, con cara de orto, entra. Y solo entonces, después de saber lo que de verdad ocurre entre ellos dos, entiendo muchas cosas. Desde el amor que se tienen hasta lo complicado que se les ha hecho todo. Sobre todo a ella.

Por eso me decía que lo hiciera, que no me arrepintiera como ella.

Es la misma historia.

Espero que ellos dos también terminen siguiendo a su corazón.

Laura de cuñada, ¡ay, Dios!

—Vaya —mi hermano me mira emocionado y yo sonrío—. Yo…

—No estabas preparado para esto, ¿eh? —sonríe Laura.

—No —sonríe él con timidez y la mira con cariño.

Ay, qué tontos. ¿Hasta cuándo van a sufrir?

Porque esa es otra, ¿cuán mal lo ha pasado mi hermano y nunca, ni una sola vez, me ha dicho nada? ¿Sabrá Julen algo sobre esto y tampoco me dijo? Que siendo un secreto de mi hermano, entendería que no me lo contase.

¿Sabe algo alguien?, esa es la cuestión.

—Os dejo solos —sonríe mi amiga, me da un abrazo y sale de la habitación.

—Nunca pensé que tendría que tomar este papel. Estás preciosa.

Él es quien me va a entregar. A falta de un padre, tengo al mejor hermano del mundo.

Me coge de las manos y me mira con cariño.

—El día que supe que estabas en peligro, no dudé en llamarlo. No

sabía cómo pedirle, no sabía si tendría que rogarle, pero estaba dispuesto a ello. No estaría seguro dejándote al cuidado de nadie más.

—Leo —la emoción en mi voz al escucharlo.

—Él ha sufrido mucho y para mí es alguien especial. Espero que no te moleste que diga que está casi al mismo nivel que tú en la escala —me río, sin evitar que las lágrimas aneguen mis ojos. Niego con la cabeza—. Nunca me imaginé que hubiese algo entre vosotros, pero al saberlo, no solo me sentí feliz porque sabía que él nunca te haría daño y nunca permitiría que nadie te lo hiciera. Sentí alivio porque vi a dos de las personas que más me importan en este mundo con la oportunidad de ser felices.

—Ay… —lagrimones. Ya sin control.

—El día que llegaste al hospital, ese hombre estaba destrozado. Yo no sabía si iba a volverse loco. Lo miré a los ojos y vi el terror que sentía. Se ha culpado mucho, Paula. No solo por Sara, también por ti.

—No fue su culpa —sollozo.

—No hay mejor hombre en el mundo y nadie podrá hacerte más feliz. Quiérelo, se lo merece.

Asiento con la cabeza repetidamente y me doy aire con la mano.

—Mierda, mamá me va a matar como se me corra el maquillaje.

—Estás preciosa incluso así y ese loco te querrá como sea. No dejes que nadie termine con esto.

—Gracias, Leo.

—Para eso estamos —está emocionado, aguantando las lágrimas—. ¿Vamos?

—Sí.

Me agarro al brazo de mi hermano y salimos de la habitación.

—¿Cuándo vas a ser feliz tú? —le pregunto— ¿Cuándo vas a luchar por ella?

Se queda parado y limpia una lágrima que le cae por la mejilla. Por fin se permite ceder.

Me mira.

—Ya me toca, ¿no?

Le guiño un ojo.

—Desde luego, eso es devolvérmela bien. Estamos a la par, ¿eh?

Suelta una carcajada y eso me hace soltar la tensión.

Las palabras de mi hermano han quedado grabadas en mi mente.

Miro al hombre que me espera en el altar y sonrío. Feliz.

No lo vamos a tener fácil, lo sé.

La gente se va a meter, también lo sé.

Pero voy a ser la mujer más feliz del mundo.

Eso también lo sé.

Capítulo 24

Julen

Carta a una madre

Hola, mamá.

En poco tiempo estaré uniendo mi vida a la de Paula y no sé explicarte cómo me siento. Seguro que me dirías que no es necesario. Que eres mi madre y que me conoces. Sabes, incluso mejor que yo, qué es lo que siento.

Adoro a esa mujer y me siento el hombre más afortunado del mundo. Te gustaría, tanto como tú le gustas a ella.

Papá está muy ilusionado con la boda. Las cosas entre nosotros han mejorado mucho y aunque le cuesta, se ha integrado en mi nueva familia y más de una vez viene a comer con todos nosotros.

Y sonríe. Mucho. Me gusta verlo así.

Te echo de menos, mamá. Estés donde estés, por favor, cuida de papá y cuida de la mujer que es mi vida.

Te dejo por ahora, no quiero dejarla esperando en el altar.

Te quiero, mamá. Y te prometo ser feliz toda la vida.

Epílogo

Julen

—¡Abogada Noriega! ¡¡¡Abogada!!!

Veo cómo Paula se para y lo mira con una sonrisa. Hace un tiempo esa sonrisa habría sido puro hielo. Pero ya no lo es.

La Paula de antaño no existe.

Ahora solo está la mujer que me vuelve loco y que me provoca con cada respiración.

Me apoyo en el coche y me cruzo de brazos, esperando a que termine. No sé qué es lo que le estará diciendo su jefe, pero ella no deja de sonreír.

Tras un asentimiento de la cabeza, ella lo despide con la mano y él hace lo mismo.

—¡¡¡Subinspector!!! —grita y me saluda.

Yo hago lo mismo.

—Es pesado, ¿verdad?

El bote que doy es pequeño. Miro a mi lado y me encuentro con el abogado tocapelotas (yo también lo llamo así, es buena gente pero los motes son los motes).

—Joder, me asustaste —me quejo.

—Pues muy mal. No mires a tu mujer tan embobado y presta atención a la… —mueve la mano— Lo que sea. ¿Es pesado o no lo es? El jefe digo.

—Lo es, lo es —ríe Paula al llegar hasta nosotros.

—¿Ya terminaste? —le pregunta el abogaducho (su otro mote).

—Sí, nos vemos el lunes. Buen finde.

—Que lo disfrutéis —sonríe y también se despide con la mano.

Y hacemos lo mismo.

—¿Es necesario? —frunzo el ceño.

—¿El qué? —pregunta Paula y yo muevo la mano cual reina, ella ríe— No cuesta nada.

¿Ves? Esa es mi chica.

Abro los brazos y ronroneo cuando se refugia en ellos.

—Te eché de menos —suspiro contra su pelo.

Levanta la cabeza y le doy un beso en los labios.

—Yo a ti también —me encanta oírla decir eso.

—¿Qué quería el jefe?

—Había perdido el número de Benito y Manolo y le dije que ahora te lo pediría y se lo enviaría.

—¿Y eso?

Ella se encoge de hombros.

—No sé, algo de una remodelación en la oficina. Ya nos va a estresar, verás.

—Eso no es malo, yo después te desestreso —la beso con ganas y termino gimiendo en su boca—. Joder, Paula. ¿Sabes lo que provocas en mí?

Ella sonríe y espero ver esa sonrisa siempre.

Paula

Hace meses que este hombre es mi marido. Supongo que aún me cuesta asimilarlo.

Lo que no me cuesta asimilar es lo que siento por él.

Estamos en la cama de nuestra nueva casa (un adosado que

compramos entre los dos, mucho más grande que nuestros dos pisos juntos). Tenemos muchos planes de futuro y una casa era el primer paso que teníamos que dar para formar una familia.

Sí, porque hablamos de eso y lo haremos. Sin agobiarnos. Sin presiones.

Llegará cuando tenga que llegar.

Además, para hablar sobre el tema ya está mi madre. Menos mal que ahora toca que le dé la tabarra a otro. Y a otra.

No veía la hora de que eso ocurriera. Incluso yo me apunté para joder. Porque se lo debo a los dos. Por pesados y cansinos.

Una es, cuando quiere, mala pécora.

Estamos tumbados después de una buena sesión de sexo y él está sobre mi pecho desnudo. Juego con su pelo, el cual está un poco más largo de lo normal.

—¿Te llamó mi hermano?

—No —responde adormilado—. ¿Por qué? ¿Pasó algo?

—Está pesado con los preparativos de la boda —bufo.

Julen ríe.

—Ahora es el hombre enamorado más cursi del mundo.

—¿Verdad? —rio con él— Me gusta verlo así.

—Y a mí —coincide él.

Por fin se decidió a luchar por Laura y me encanta verlos felices a los dos.

La más feliz es mi madre, que de tenernos a los dos como casos perdidos, se ha visto con dos bodas en nada de tiempo.

Feliz de la vida.

Le encanta Laura, de siempre. Y adora a Julen. Incluso creo que lo quiere más que a mí y lo entiendo, este hombre es un completo encanto. ¿Quién podría resistirse a él?

Mi madre no y sus amigas tampoco. Así que ahí va por la vida, hablando de su yerno policía y metiendo al pobre en algún que otro

lío cuando le monta encerronas y termina recogiéndola en una clase de croché o cosas así. El pobre acaba rodeado de viejas salidas y enamoradizas que se mueren por un uniforme. Y no es un insulto a las mujeres mayores, no me malinterpretes. Es que las amigas de mi madre lo son.

Y mi madre una de ellas también, sí. ¿Cómo esperaba ella tener hijos normales?

En fin…

Me da un beso en la barriga y se levanta. Se mueve de lado y se tumba frente a mí.

Me mira embobado y me hace sonreír.

—¿Qué?

Se encoge de hombros.

—Me gusta mirarte —acaricia mi rostro—— ¿Todavía te sientes insegura?

Pienso en ello detenidamente. Nunca le oculto las cosas y él a mí tampoco. Lo nuestro funciona porque lo hablamos todo y cuando hay un problema, estamos ahí los dos.

Como estamos para ayudar a derrocar a los demonios del otro.

—Sí —reconozco—. Supongo que es inevitable. Para mí es por mi edad. Para otra persona será por su peso. O por su talla. O por miles de razones. La seguridad no existe.

Siempre está interesado en cómo me expreso y siempre me ha gustado esa parte de él.

A mí también me gusta escucharlo y me ayuda, es alguien muy maduro.

—¿Entonces cómo se hace?

—Siguiendo adelante. Inseguridades vamos a tener siempre. Como complejos. Como miedos. Somos humanos, supongo que es nuestra naturaleza. Tenemos que aprender a vivir con ellas de la mejor manera y trabajar para mantenerlas a raya o erradicarlas por completo día a día.

Se queda tan serio que me pone nerviosa.

—Me encanta lo que tienes aquí —señala a mi cabeza—. Y aquí —señala al corazón.

—Gracias —le guiño un ojo.

—¿Te sientes insegura de mí?

—No —no tengo que pensarlo, no lo hago.

La emoción en sus ojos.

Sé que él también tiene sus inseguridades y sus miedos, como persona que es. Y también trabaja muy duro para mejorar.

—¿Y tú de mí? —le pregunto.

—No —dice con la misma rapidez y seguridad—. Así que dímelo.

—¿Que te diga qué? —me hago la tonta.

—Lo mucho que me quieres.

Me río.

—No seas creído.

—¿Creído? ¿No es la verdad? Bueno, entonces tendré que empezar yo.

—Hmmm…

—Te amo —dice mirándome fijamente a los ojos, desnudando su alma, como siempre hace—. Eso es lo que provocas en mí, Paula.

—Yo también te amo.

Le doy un dulce e intenso beso en los labios.

Adoro a este hombre y no tendré nunca cómo agradecerle a la vida que lo haya puesto en mi camino.

No somos una pareja común ni común es nuestra historia.

Y somos felices así, con lo que provocamos el uno en el otro.

NOVELAS

Vega Manhattan

01 — Emmanuel
02 — Huyendo del príncipe azul
03 — Ódiame... Pero quédate conmigo
04 — Una propuesta arriesgada (Propuesta 1)
05 — Una propuesta peligrosa. La historia de David (Propuesta 2)
06 — En las manos del Duque
07 — Siempre fuiste tú (FBI 1)
08 — Nunca imaginé que fueras tú. La historia de Noah (FBI 2)
09 — Siempre serás tú. La historia de Alan (FBI 3)
10 — La seducción del Highlander
11 — ¡No lo hagas! La organizadora de bodas
12 — Para mi desgracia, mi jefe
13 — Todo por sentir
14 — Toda una vida
15 — Un lugar para refugiarse
16 — No callaré para siempre
17 — Cambiaste mi vida
18 — Sin mirar atrás
19 — Te protegeré siempre (FBI 4)
20 — Mi lugar eres tú (Relato Navideño)
21 — Prometo no amarte hasta que el pacto nos separe
22 — Cupido. ¡La madre que te parió!
23 — Lo que provocas en mí.

Recopilaciones

Serie Propuesta
Serie FBI